

ESTRELLA DEL MAR.





237.025  
C 372  
1883

ESTRELLA DEL MAR.

HISTORIA

DE

# LA VIRGEN MARÍA

Instrucciones familiares dedicadas á las niñas

POR

D.<sup>A</sup> ISABEL CHEIX Y MARTINEZ.

Obra declarada de texto para las Escuelas.

2.<sup>A</sup> EDICION.

**BIBLIOTECA**  
**Facultad de Teología**

**Nº 175084**

**Compañía de Jesús**  
**GRANADA**



SEVILLA.

Imp. de los Sres. A. Izquierdo y sob.<sup>o</sup>  
Francos, núms. 60 y 62.

1883.

Esta obra fué declarada de texto para las Escuelas por Real Orden de 7 de Enero de 1880.

Recomendada por la Junta de Instrucción Pública de la Provincia de Sevilla en Circular del 27 de Julio de 1876.

Aprobada por la Autoridad Eclesiástica por Decreto de 22 de Junio de 1882.

---

Es propiedad.

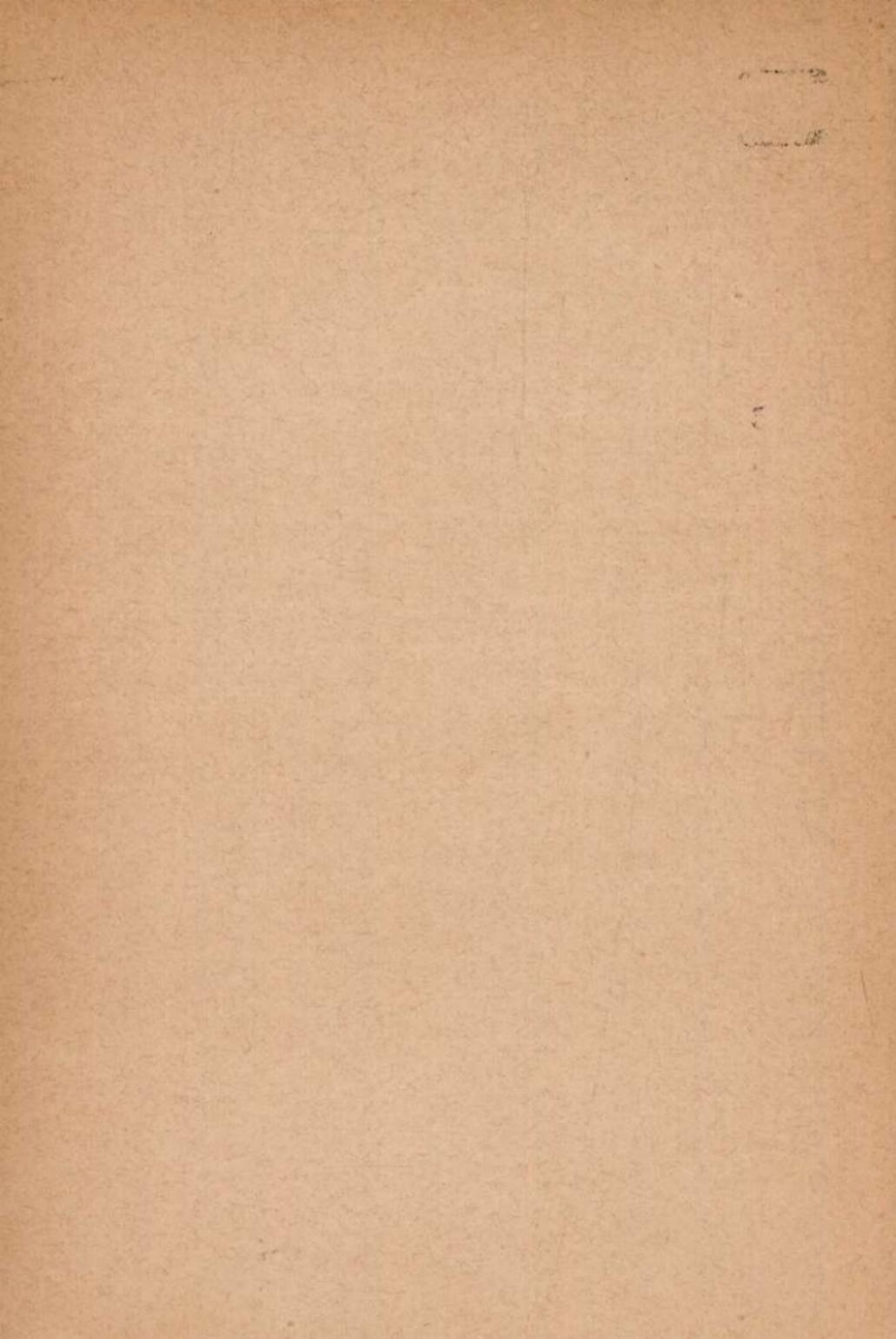
---

## Á MIS LECTORAS.

---

*Para vosotras, tiernos capullos de unas flores destinadas á perfumar el hogar doméstico, he escrito estas páginas y procurado reunir en ellas la historia de la Virgen Maria, á la que habreis invocado muchas veces y á quien, sin embargo, algunas de vosotras no conocerán como merece ser conocida, aunque sintáis hacia Ella esa dulce y amorosa atracción que se despierta en nuestras almas con los primeros besos de nuestras madres.*

*En su vida tenéis un modelo que imitar durante toda la vuestra. Si la seguís paso á paso, seréis hijas sumisas, esposas tiernas y amorosas madres.*





## INTRODUCCION.

—¡Qué hermoso día, Ángela; bendito sea Dios, que lo manda para alegrar á sus criaturas! Mira, cómo sacuden las flores sus corolas perfumadas, y erguidas sobre los tallos dan gracias al Creador con el mudo lenguaje de sus aromas. Las aves cantan en el bosque, y frente de nosotras el maracompañía con el suave rumor de sus olas el magnífico himno, que todo lo criado eleva á su poderoso Hacedor.

Esta reflexion hacía una mujer, jóven y hermosa, á una niña de seis años apenas, mientras subían la pendiente de un monte y admiraban las deliciosas vistas que se descubrían.

Treinta años podía contar la madre y ya surcaban su frente prematuras arrugas debidas á tempranos pesares: entre sus negros cabellos blanqueaban algunas canas, pero su aire noble y modesto y la dulce

melancolía que velaba sus ojos, inspiraban sentimientos de respetuoso cariño: llamábase MARÍA, como la Virgen Madre del Hombre Dios.

La niña era un retrato suyo, aunque más dulce, más vago y delicado. Su tez parecía una mezcla de rosas y nieve, azules los ojos como el cielo sin nubes, y dorados sus cabellos como las espigas en sazón.

Era ANGELA de nombre y ángel de alma.

Á causa de la delicada salud de María le había sido recomendado el cambio de aires, y su esposo, que la amaba con el extremo que merecían sus nobles virtudes, se apresuró á enviarla con su hija á una hermosa hacienda de su propiedad, situada en el Condado de Niebla, siéndole á él imposible por sus negocios separarse de la ciudad.

Madre é hija se dirigían á una ermita, que se alzaba en la cumbre del monte, extraordinariamente venerada en aquellos contornos: era el primer día del mes de Mayo, *mes de las flores*, que la piedad cristiana consagra con este título á la Madre de Dios y de los hombres: á un lado y otro del camino, entre las piedras y zarzas-rosas crecían esos magníficos lirios del campo, cuyo espléndido atavío «ni Salomon en to-

da su gloria pudo igualar jamás;» Ángela, deslumbrada con su hermosura, cortaba cuantos podía para formar un ramillete, que, al llegar á la puerta de la ermita, tenía ya proporciones colosales.

—Madre, mira cuánto lirio, ¿qué haremos con ellos? preguntó la inocente niña, llena de alegría con su tesoro de flores.

—Hoy es el primer día del mes de la Vírgen, así es que todos se los dedicaremos á Ella.

La puerta estaba abierta, y un rayo de sol inundaba con una lluvia de oro el magnífico cuadro de la Vírgen de la CORONADA.

Ángela al verla cayó de rodillas casi en el umbral; juntó las manos en un éxtasis de cándida admiracion y una alfombra de lirios cubrió el suelo.

La sorpresa de la niña era natural: nada más bello que este cuadro, verdadera maravilla del arte. Representaba la Asuncion de la Santa Vírgen al cielo y su gloriosa Coronacion.

La cabeza de la divina María era un conjunto de cuanta hermosura y pureza es posible imaginar; parecía que el artista en un momento de inspiracion había adivinado los rasgos, que únicamente convenían á la Madre de Dios, y que obediente el pincel les prestó la suavidad y frescura de colorido

necesaria, para que pareciera animado el divino rostro. Un grupo de nubes rosadas, como si la luz del sol las hiriera dulcemente, sostenía á la Vírgen, á quien rendían humilde adoracion algunos ángeles, cuyos perfiles purísimos y vagos se destacaban entre el vapor trasparente que parecía flotar en todo el cuadro. Las ropas de la Vírgen, diáfanas y suaves, caían hasta sus piés, envolviéndola castamente. Sólo un extremo del manto azul flotaba sobre fondo luminoso.

En la parte superior del cuadro se veía la Santísima Trinidad en el solemne instante de la Coronacion. Á la derecha, el Padre, admirable trasunto de la majestad divina, parecía que al coronar á su bendita Hija, experimentaba régia y santa alegría; á la izquierda, el Hijo gozoso con el triunfo de su Madre, envuelto en el manto rojo por la sangre derramada en la redencion del hombre; y en el centro el Espíritu Divino, bajo la misteriosa forma de paloma, de quien se desprendían rayos de luz, que esparcidos en admirable combinacion de tintas, daban á la mística imágen de María una belleza verdaderamente celestial.

—Madre, dijo al fin Ángela, que permanecía extasiada ante la Vírgen, ¿quién es esa hermosa Señora, que parece vestida con las luces del sol?

—Es la Madre de Dios y de las criaturas, el consuelo de nuestras aflicciones y el amparo de todas las desgracias y miserias de la vida.

—¿Es á Ella, á quien me has enseñado á decir: *Santa María, Madre de Dios, ruega, Señora, por nosotros?*

—Sí, porque es la medianera más poderosa entre el pecado del hombre y la misericordia de Dios.

—Oh, madre, yo deseo saber su historia; debe ser muy interesante; quisiera imitar sus virtudes: ¿sería esto posible?

—Todo el que es humilde y tiene viva fé, esperanza firme y ardiente caridad puede imitar este maravilloso modelo, aunque imperfectamente por las condiciones de la humanidad; pero Dios agradece los esfuerzos de los buenos corazones y los ayuda con su gracia. Yo te contaré esa bendita historia que anhelas conocer, y si hasta ahora has amado mucho á la Santísima Vírgen, cuando sepas todos los dolores que sufrió en su carrera mortal y por los cuales ha merecido el glorioso título de Reina de los Mártires, la amarás con el extremo que merece ser amada.

—¿Y cuando empezarás?

—Cuando reces tus oraciones de la mañana.

Ángela inclinó la frente, cruzó las manos y su oracion, pura como la de sus hermanos los ángeles, subió hasta el trono de María.

Cuando acabaron sus preces, salieron de la ermita.

Delante de la puerta se elevaba una cruz de piedra, toscamente labrada con gradas al rededor; la yedra se había extendido en ella y colgaba en largos festones desde los brazos para volver á bajar y enredarse á su pié.

Sentáronse frente á la ermita; desde su asiento veían á la Santa Vírgen, envuelta en una aureola luminosa, que le formaban los rayos del sol.

—Antes de empezar, dijo la amorosa madre, voy á decirte lo que haremos.

Este mes, que hemos de pasar en la hacienda, es el que toda la cristiandad dedica á la Vírgen María; las flores de los campos y las de la oracion se le ofrecen juntas. Vendremos todas las mañanas á presentarle unas y otras, y despues te referiré un pasage de su santa é inocente vida.

Medita en ella, Ángela; niña eres, pero tu inteligencia supera á tu corta edad. Aprovecha los ejemplos de pureza, fé; resignacion, caridad, amor de Dios y humil-

dad que atesora, y si procuras imitarla, serás digna de llamarte hija suya.

Ángela prometió hacerlo y su madre empezó así:





## DIA I.

### CONCEPCION.

En la inmensidad de su poder Dios crió el mundo con la eficacia de su palabra, y despues de enriquecerle con cuantas maravillas contiene, le quiso dar reyes y para su gloria hijos que le conocieran y amáran. El hombre, apenas formado del limo de la tierra y animado por el soplo de vida del Altísimo, cayó en profundo sueño; Dios, durante él, formó de uno de sus huesos una compañera para Adan, hermosa é inocente como él.

Ambos debian, obedeciendo á Dios, ser el tronco de generaciones benditas y santas; pero el demonio, bajo la forma de serpiente, entró en el Eden, se deslizó entre las flores é hizo oir su dulce voz á la mujer, que vagaba encantada por la tierra vírgen, cuyo mejor adorno era, para ofrecerle la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Eva escuchó sus falsas promesas; tomó

el fruto prohibido por el Señor y á su vez hizo desobedecer á Adan.

La naturaleza entera se estremeció á este crimen; la tierra se convirtió en estéril bajo las plantas del hombre y sólo á fuerza de sudor y trabajo permitió arrancar de su seno el alimento del rebelde. Las fieras, antes sumisas, le declararon guerra y le persiguieron con estraño encono. En fin, los culpables huyeron del Paraiso, cuya puerta quedó guardada por la espada de fuego del Arcángel; sujetos á la muerte, las enfermedades y todas las miserias que lleva consigo la humanidad como una herencia de lágrimas.

Pero, cuando estremecidos escuchaban Adan y Eva la sentencia de su Dios y Señor, templó éste el dolor que sentian con una promesa consoladora:

«Si una mujer, dijo, ha sido la causa de la ruina del género humano, otra lo será de su eterna redencion». «La serpiente le pondrá asechanzas, pero ella quebrantará su cabeza y se alzará triunfante sobre todas las generaciones.»

Esta bendita criatura, en quien desde entónces se fijaron las esperanzas de la doliente humanidad, era la Vírgen María.

Los profetas anunciaron su grandeza, describieron en magníficas alegorías las perfecciones de que estaría adornada y el mun-

do esperó con ansia la hora de su venida, para levantar la frente humillada por la justa maldicion del Eterno.

Cumplióronse, en fin, los dias señalados por el dedo invisible de Dios y el alma de María, la mas preciosa de sus hechuras, bajó desde el trono del Altísimo al seno milagrosamente fecundo de Ana.

Ana, esposa de Joaquin, santos y venerables ancianos; vivían en Nazareth en una medianía muy próxima á la pobreza y sufrían resignados el desapego de las gentes, que los trataban con desdeñosa indiferencia.

Porque Ana era estéril, y entre los hebreos la esterilidad marcaba en la frente de la mujer el estigma de universal reprobacion.

Èsperaban al Mesías del árbol de Judá, y cada rama que se secaba sin fruto era mirada con desdeñosa compasion.

Muchas veces habían propuesto á Joaquin, que repudiara á su esposa segun las leyes de los hebreos; pero él la amaba con estremo y se negaba siempre.

Por esta negativa, hasta sus mismos deudos le envolvían en la antipatía que Ana inspiraba.

La triste esposa no ignoraba nada de esto, y mientras tuvo esperanzas de sucesion, lloraba y pedía á Dios un hijo con todas las fuerzas de su alma.

Llegó á la vejez sin este consuelo y entonces afligida de continuo se retraía en su casita, sin osar tener trato ni amistad con nadie.

Pero un dia sintió latir su seno de una manera estraña y para ella desconocida.

Dios, para quien nada hay imposible, había querido que empezára la redencion del hombre con la milagrosa é inmaculada concepcion de María.

Ana era Madre.

· · · · ·  
Hé aquí, Ángela, quién es esta dulce y clemente Señora, hija predilecta del Altísimo; su alma fué milagrosamente preparada para ser luego trono del Verbo de Dios. Más pura que la perla en su concha de nácar y la gota de rocío en el cáliz de la flor, desde el primer instante de su Concepcion santísima, se complace en el candor é inocencia de las niñas y las ama más, á medida que son más puras. La inocencia, Ángela, es una flor que el más pequeño roce marchita, un fanal que lo rompe el aire más leve y un espejo que con el más ligero aliento se empaña. Conserva la tuya, hija mia; ruega por ella sin cesar á la Santa Vírgen, y la Vírgen hará que brille en el tímido rubor de tus mejillas y en la bondad de tu corazon.

Al concluir estas palabras, ambas se le-

vantaron, la madre se santiguó devotamente, la niña envió un tierno beso á la santa imágen y murmuró:

—Madre, hazme buena é inocente, para que sea digna de tí.





## DIA II.

Al rayar el alba Ángela despertó á su madre; el deseo de oír la continuacion de la historia de la Vírgen ahuyentaba el sueño de la niña.

Una hora despues habian llevado su ofrenda de flores, rezado al pie de la immaculada María y sentadas junto á la cruz, la madre continuó así:

### NATIVIDAD.

Una animacion extraordinaria se notaba en casa de Joaquin; los parientes de ambos esposos entraban y salían, dándose parabienes por el feliz alumbramiento de Ana.

En la mejor habitacion, cuidadosamente envuelta en las ropas de su lecho y rodeada de las mujeres de su familia, estaba la noble anciana, que apenas podía creer su felicidad y que, sin atender á los que la rodeaban, di-

rigía todos sus pensamientos á la tierna niña, que en brazos de Joaquin, parecía sonreír á cuantos se acercaban á mirarla.

¡Hermosa era! blanca como una perla, con lábios rojos como la flor del terebinto, su semblante radiaba con tanta majestad que, admirados los parientes se decían unos á otros:

—¡Jamás el árbol de Judá ha producido flor más hermosa! ¡Bendita sea la rosa de Nazareth!

El nombre de la reciennacida era objeto al mismo tiempo de acalorados debates; cada uno de los ancianos proponía el de alguna mujer célebre en la historia del pueblo hebreo; símbolos todos de esclarecidas virtudes.

Joaquin guardaba silencio y sonreía dulcemente, mientras estrechaba en sus brazos el milagroso consuelo de su ancianidad.

—No os canseis, hermanos, dijo al fin; esta criatura es la estrella que ha parecido en el oscuro mar de nuestras tribulaciones para colmarnos de alegría. Así, pues, su nombre no puede ser otro, que el dulcísimo de *Miriam*.

—Es verdad, repuso el más autorizado de los parientes, su vista consuela como la del lucero precursor del alba. Llámala *Maria*, hermano; es el solo nombre que le conviene.

¿Cómo pintar el embeleso de Ana y el

delirio de su amor maternal? ¡cuán débil sería cuánto pudiera decirse para esplicarlo!

La alegría entró con la tierna niña en el triste y solitario hogar. Ana y Joaquin se disputaban el placer de mecerla y acariciarla, cuando dormía los santos esposos velaban al lado de su cuna de mimbres en un éxtasis de humilde adoracion y esperaban con ánsia el momento en que abriera sus grandes y hermosos ojos.

María al despertar fijaba en ellos una dulce y radiante mirada y les sonreía de tal modo, que creían sentir las delicias de la bienaventuranza.

—¡Bendito sea el Dios de nuestros padres! murmuraban, que en la noche de nuestra ancianidad nos ha concedido la estrella del consuelo.

· · · · ·  
Dichosos, Angela, los padres que, como los de la santa Virgen, sólo tienen en sus hijos motivos de alegría; y desdichados mil veces los que, en vez de criaturas, dan á luz mónstruos, que los atormentan sin piedad. María, al nacer inundó de felicidad los tiernos corazones de Ana y Joaquin, les sonreía en la cuna y formaba con sus bracitos lazos amantes, en que se extasiaban los benditos ancianos.

Hija, la que quiera imitar á la Santa Vír-

gen, ha de ser buena y amorosa con sus padres, y amarles, despues de Dios, más que á todas las cosas de la tierra.

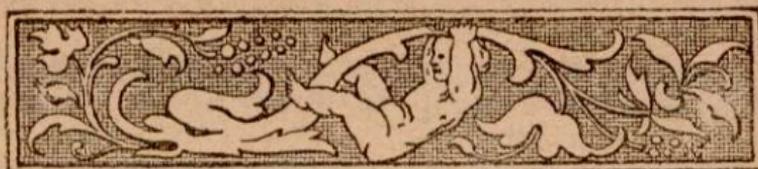
—¿Cómo no, madre? ¿qué habria en el mundo que me impidiera amarte, como te amo?

—Angela, la criatura es débil; pide fuerzas á Dios por medio de la Santa Vírgen; Él es el que puede hacer que los gérmenes, que brotan en tu alma, lleguen á dar frutos de perfectas virtudes. Ama á tus padres, como María amó á los suyos, si quieres parecerte á Ella.

Esta reflexion concluyó el diálogo; pero Angela aprovechaba tan sublimes lecciones, y caían en su corazon, como el rocío sobre las plantas para refrescarlas y embellecerlas.

Ni una mirada, ni una palabra contraria á la humildad notaba su madre en Ella; así es que, llena de alegría, daba gracias á la Santa Vírgen y la amaba cada vez más.





### DIA III.

El primer rayo de sol halló á María y Ángela sentadas al pié de la cruz.

La ermita parecía un canastillo de flores; estimuladas con el ejemplo de la madre y la hija, las jóvenes montañesas llevaban diariamente ramos, que no por ser de flores silvestres, eran menos bellos. El brezo rosado, las madreselvas, adelfas magníficas, lirios y flores de jara formaban adorno y alfombra á la Santa Imágen.

Ángela fijaba en ella una mirada de intenso amor; jamás niña alguna ha sido más dichosa.

María, sumida también en deliciosa contemplación, oraba fervorosamente desde lo íntimo de su alma.

—Habla, madre mía, dijo al fin Ángela con voz más suave que el soplo de la

brisa; habla y te escucharé, sin dejar de mirar á nuestra Señora.

María empezó:

### INFANCIA DE MARÍA.

La pura rosa de Nazareth crecía y á la par desarrollaba una belleza más que humana. Ana y Joaquin se miraban en ella como en un espejo y hubieran querido adivinar sus deseos para satisfacerlos; pero María nada deseaba.

No había en el alma de aquella niña tan pequeña más que una aspiracion.

La caridad.

Si un anciano rendido de fatiga, si un peregrino estenuado de cansancio pasaban ante la casita de Ana y Joaquin, aparecía como por encanto en el umbral una niña, de apenas tres años, blanca y rosada, cuyos labios purpúreos, como los capullos de Saron, tenían una sonrisa tan dulce y atractiva, que el viajero asombrado se detenía y murmuraba:

—¡Dios te bendiga, perla de Nazareth!

La niña no contestaba, pero sonreía siempre y el viajero atraído por ella, como el acero por el iman, avanzaba bajo el verde emparrado y dejándose caer casi arrodillado

en el umbral, fijaba en la niña ansiosas miradas y repetía:

—¿Quién eres, dí? tenía hambre, tenía sed y al mirarte soy tan dichoso, que nada siento, ¿cuál es tu nombre, rosa de Sion?

—María, contestaba ella, con voz más dulce que la armonía de las arpas celestiales.

—María! tornaba á decir el peregrino, debí adivinarlo al ver tu rostro; ¡bendita sea la estrella del mar!

Y con un respeto, casi igual á la adoración, besaba la orla de su blanca túnica.

Mientras el anciano se extasiaba en contemplar esta hermosa criatura, ella con inexplicable viveza entraba en la casa y al cabo de un momento volvía con el bondadoso Joaquín, que suplicaba á el abatido caminante, aceptára el pan de la caridad.

Y bajo el verde emparrado María recibía de manos de Ana y daba al peregrino la torta de harina amasada por la virtuosa madre, los sabrosos dátiles y el ánfora de poroso barro, que contenía agua fresca y deliciosa del inmediato manantial.

El agradecido caminante aceptaba con lágrimas el modesto banquete, comía y bebía sin apartar sus ojos de la niña y al separarse de la casa, decía al afortunado padre:

—Dios te premie, hermano, y la bendi-

cion del Altísimo descienda sobre tí y tú, niña bendita, ruega por mí al Dios de Jacob, porque desde hoy te aseguro, que tu imágen grabada en mi alma será la estrella que alumbrará los senderos de mi vida.

¡El cielo te guie, hermano! contestaba Joaquin.

Esta escena se repetía con frecuencia y los buenos padres eran dichosos al contemplar la hermosura del alma de su hija.

Ana la llevaba al templo y presentábase con la sonrisa en los lábios ante los que otras veces la abrumaban con su despreciativa compasion.

Por donde transitaba oía repetir:

—¡Dios bendiga á la niña nazarena; el Señor guarde á la perla de Judá!

Ana era feliz, como jamás lo ha sido madre alguna y á cada bendicion que oía, murmuraba en lo íntimo de su corazon:

—¡Gracias, gracias, Señor Dios mio! ¿qué he hecho yo para merecer tanta dicha?

Si ante la casa de Joaquin ó en sus paseos con su padre ó madre observaba María esas riñas, que son entre los niños tan frecuentes como perjudiciales, bastaba que con dulce voz les mandára abrazarse, para que toda rencilla concluyera y sólo les quedase la vergüenza de que los hubieran visto reñir.

Si sabía que estaban hambrientos, les

repartía su pan y sus frutas, dando la preferencia á los más débiles y pequeñitos y les decía, como más tarde había de repetir su divino hijo:

—Amaos unos á otros, todos sois hermanos, el que tenga pan que lo parta con el que no lo tenga.

Al caer el sol, Joaquin se envolvía en su talech, tomaba la mano de la niña y la llevaba á pasear.

María con su larga túnica blanca, el manto azul flotante, y los cabellos que como una cascada de oro caían al rededor de su cuello, era la admiracion de los transeuntes.

En la campiña contemplaba extasiada la puesta del sol, su alma purísima, obra perfecta y maravillosa del Eterno, se inundaba de dulce y vaga melancolía; quizás su espíritu, iluminado en aquellos momentos por revelaciones proféticas, veía en los rojos arreboles del crepúsculo vespertino el reflejo de la divina sangre, que debía fecundizar un dia el árido terreno del Calvario.

Miéntras la hija se elevaba de la tierra, Joaquin la contemplaba extasiado.

¡Dios Eterno! repetía, gracias por tu misericordia.

De vuelta de sus paseos, María llevaba á su madre, ya una flor preciosa, ya una fruta

delicada, que la noble anciana recibia con ardiente gratitud.

—Esta era, hija mia, la infancia de la Virgen, dijo María al llegar aquí; amada con delirio por sus padres jamás abusaba de este cariño, para satisfacer caprichos pueriles; modesta, humildísima obedecía con santa alegría sus órdenes, en sus lábios sólo se encontraban sonrisas y palabras suaves.

—¿Qué te parece debe hacer la niña que desée imitarla?

—Ser afable con todos, dócil para su familia, amorosa con sus padres y partir su pan con el pobrecito que no lo tenga.

—¿Y te creés capaz de todo esto, Ángela?

—¡Oh! yo lo procuraré y la Santa Virgen me ayudará.

Despidiéronse de la divina imágen, que parecía sonreír á la buena niña y bajaron las perfumadas sendas del monte para volver á la hacienda.

Habian tomado diferente camino que los dias anteriores y tenian que atravesar una especie de mercado ó feria, donde muchos vendedores ambulantes levantaron tiendecillas de lienzo, para resguardar los frágiles objetos de su comercio, de los rayos del sol.

¡Qué espectáculo para Ángela! á un la-

do veía muñecas vestidas con vivos colores y brillantes dorados; de otro, canastos de frutas y cestos de tortas y rosquetes cubiertos de azúcar y colocados sobre blanquísimos paños. Ángela no sabía dónde atender, y sus miradas lo abarcaban todo con el deseo de poseerlo.

Antes que la niña le pidiera, María colocó en su manecita algunas monedas.

—Ya que la casualidad nos ha traído por este lado, le dijo, compra lo que quieras, pero elíjelo bien.

¿Qué elegiría Ángela, cuando todo le agradaba?

Lo que estaba más cerca era un gran canasto de roscos, Ángela compró el mayor é iba llena de alegría á adquirir una muñeca, cuya cabecita rubia ostentaba un vistoso sombrero azul, cuando vió un grupo formado de una pobre mujer haraposa, demacrada, con un niño de pecho dormido y otro de apenas tres años, que fijaba ansiosas miradas en el atractivo rosquete.

Ángela tuvo una inspiracion repentina; recordó la historia de la Vírgen, miró á su madre que inclinó la cabeza, como para responder á su pensamiento y alargó á la vez el dinero que le quedaba á la mendiga y el rosco al niño, que se apoderó de él con una espresion de alegría imposible de pintar.

—¡Bendita seas, hermosa niña, el Señor te premie y te dé salud, balbuceó la mujer enternecida y admirada.

Ángela se despidió de ella sonriendo y se alejó de la feria al lado de su madre, que la contemplaba con natural orgullo pero que, sin manifestarlo, le dijo sencillamente:

—Has hecho bien, hija mia; tu eleccion es la más acertada que puede hacerse.

Satisfecha la niña con la aprobacion de su madre y la voz de su conciencia, no se volvió á acordar del mercado y siguió su marcha risueña y tranquila.





## DIA IV.

—Estoy muy contenta, decía María á su hija en la siguiente mañana, de ver con qué docilidad procuras copiar en todos los momentos de tu vida las excelsas virtudes de nuestra amorosa y bendita Madre.

—No quiera Dios, repuso dulcemente la niña, que me parezca nunca en olvidar tus palabras á esos troncos viejos, que el tiempo llena de agujeros, por donde entra y sale libremente el aire, sin que retengan nada de sus ecos.

María sonrió levemente al oír esta comparación.

—El premio de tu buena conducta es la continuación de la historia de la Vírgen; oye y empieza á comprender, hasta qué extremo se debe obediencia á Dios y á los padres.

### PRESENTACION EN EL TEMPLO.

Era la estación en que los torrentes

principiaban á enturbiarse con nuevas aguas y las altas cumbres del Líbano recibían el primer sudario de nieve.

La santa familia dejó á Nazareth y bajando las perfumadas sendas del Carmelo, atravesó las praderas en busca de la *ciudad santa*, donde, segun la promesa que habían hecho, debían en el templo devolver á Dios, el presente, que de él habían recibido. Ana caminaba muy triste; á veces en el delirio de su amor maternal estrechaba contra su pecho aquella hija adorada y una lágrima enturbiaba sus ojos. María, con un conocimiento superior á su corta edad, le pagaba en dulcísimas caricias y se esforzaba en prodigarle consuelos. ¡Ay! en vano eran sus afanes! Ana, que cada vez comprendía mejor el valor del tesoro que iba á perder, necesitaba de su grande é inmensa confianza en Dios y su sin igual resignacion á la voluntad divina, para sufrir aquella dolorosa prueba.

Despues de varios dias de inauditos afanes llegaron á Jerusalem.

Joaquin empleó algun tiempo en tomar descanso y luego que reunió sus parientes, eligió por sí mismo un corderillo blanco, como la nieve, para el sacrificio y Ana preparó el pan de flor de harina.

Rodeado de los ancianos de su familia, mientras las mujeres acompañaban á la ma-

dre, Joaquin tomó las ofrendas y seguido de el numeroso pueblo, á quien atraía la tierna edad y singular hermosura de la niña nazarena, se dirigió al templo.

¡Santa y sublime ceremonia! unos padres amorosos, cual ningunos, iban á desprenderse de su único tesoro para ofrecerlo á Dios, porque solo *El*, consideraban que debía poseerlo.

. . . . .  
Las trompetas sacerdotales han resonado y sus metálicos ecos se estienden en el espacio. La gran puerta de Nicanor se ha abierto, Joaquin y los ancianos penetran en el templo y se adelantan poseidos de religioso temor.

Presentan al sumo sacerdote las piadosas ofrendas y en breve éste, hunde el cuchillo sagrado en las entrañas de la humilde víctima: mientras la sangre corre, corta en pedazos la carne palpitante y la entrega á Joaquin, para que haga con ellos la repartición acostumbrada; el pan se quema sobre los sagrados leños y al mismo tiempo el fuego consume parte de la víctima.

Entretanto, celestiales armonías se esparcen por los ámbitos del templo, ocultas las vírgenes á las miradas profanas pulsan sus arpas y salterios, y entonan á el *Altísimo* alabanzas tan puras como ellas mismas; el

incienso en perfumadas nubes se eleva á las bóvedas sagradas y todos los circunstantes, poseídos de respeto, humillan sus frentes y bendicen á Dios.

El sacerdote llega al patio de las mujeres para concluir la ceremonia. Ana, con el corazón desgarrado y la frente serena, toma en sus brazos á María y presentándola exclama con voz tranquila, que encubre su inmenso dolor, como la vejetacion de un monte oculta el volcan que encierra.

—Recibe el presente que Dios me hizo y que yo le devuelvo.

—¡Hija de David! exclama entonces el sacerdote con acento solemne, ven al templo donde te llama el Señor!

María se deslizó suavemente de los brazos de Ana y subió las gradas entre los murmullos de admiracion, que se oían á su paso.

Al llegar al umbral se detuvo.

Dos perlas, más ricas que las preciadas de Basorá, enturbiaban el brillo de sus pupilas; hizo un signo de despedida á su tierna madre, cuyo dolor se manifestaba á pesar de sus vanos esfuerzos por disimularlo, y entró.

Durante algunos momentos se vió flotar el extremo de la blanca túnica y las puntas de su manto azul.

¡Despues, nada!....

Cerróse la sagrada puerta, las mujeres rodearon á Ana y ésta se dirigió al encuentro de Joaquin.

Al mirarse los dos ancianos, un inmenso dolor les desgarró el alma.

—¿Qué haré sin ella? murmuró la madre, es la vida de mi vida y la luz de mis ojos.

Y Joaquin le respondió:

—Devolvemos al Señor lo que le pertenece; *El* nos consolará.

Y los tristes esposos se alejaron del templo y fueron á ocultar su dolor en una humilde posada de la opulenta Jerusalem.

—Querida madre, exclamó Ángela, al ver que guardaba silencio; ¿vas á concluir ya?

—Sí, es necesario que no escuches mucho, para que comprendas bien.

—¡Pero te oigo con tanto gusto!

—Otro dia te complaceré más tiempo; baste lo dicho hoy, para que aprendas á obedecer á Dios, y á tus padres en cuanto te manden, por doloroso que sea para tu corazón.

—Con tanto más gusto lo haré, cuanto que así me pareceré en algo á la Santísima Virgen. ¡Dulce madre mía! añadió la niña, dirigiendo hácia ella sus hermosos ojos azu-

les, si te hiciste esclava de la voluntad de Dios desde tan tierna edad, ¿quién, que te ame, osará ser orgullosa ni desobediente?

Conmovida María selló con un beso la pura frente de su hija y bajaron la montaña, llenas de dulce tranquilidad.





## DIA V.

Un grupo de jóvenes aldeanas de bellos ojos y hermosas trenzas, sentadas al pie de la cruz, formaban ramos y coronas de flores.

—Cuando venga hoy la señora, decía la que presidía aquella alegre reunion, vamos á suplicarla que empiece con nosotras una novena á la Santa Vírgen.

—¿Y querrá? preguntó candorosamente la más jóven.

¡Pues no ha de querer! si ella y su hija son dos ángeles que han bajado del cielo para consolar nuestras penas.

—Decían que todos los ricos eran orgullosos, añadió otra, pero ya he visto que nos engañaban, al hacernos creer esto.

—¿Y por qué quieres que se haga la novena, Antonia?

—Para pedir por la salud de Rosa, la niña más buena y más linda de toda esta comarca, y como las súplicas de los buenos, dice el señor cura, llegan al cielo más pronto

que las de los pecadores y yo creo que doña María y Ángela son mejores que vosotras y que yo; hé aquí por qué deseo que ellas hagan la novena.

Madre é hija llegaban en este momento delante de la ermita; las muchachas se levantaron y corrieron á ellas para besarlas y abrazarlas con una efusion que, si parecia falta de respeto, en cambio estaba llena de verdadero cariño.

Ambas devolvieron caricias por caricias y enteradas luego del deseo de las montañesas, se prestaron gustosísimas á él.

—Hijas mias, dijo María, desde mañana se dirá una misa en la ermita ántes de salir el sol; vosotras vendréis á oirla con vuestra ofrenda de flores, la novena se hará cuando concluya la misa, y todas pedirémos á Dios y á la Vírgen de la *Coronada* por la salud de vuestra jóven compañera.

Ruidosas exclamaciones de alegría acogieron estas palabras; las montañesas depositaron en el altar sus ramos y coronas, y despidiéndose de las forasteras con nuevos estremos, se alejaron.

Algunos momentos despues, Ángela, sentada en las gradas de la Cruz, esperaba la continuacion de la historia de la Vírgen.

Su Madre no la hizo aguardar y anudó así la narracion del dia anterior:

## LA VÍRGEN EN EL TEMPLO.

Una existencia dulce y tranquila empezó para María en la casa del Señor. Sólo la afligía el recuerdo de sus padres, á quienes amaba en extremo y de los cuales se habia separado para obedecer la voluntad divina.

Ana y Joaquin no abandonaron á Jerusalem, ya que no poseían la perla, se contentaban con ver la concha que la encerraba; y acompañaba su soledad y mitigaba su dolor el pensar, que el mismo aire que respiraban venia perfumado con el purísimo aliento de su hija.

Esta crecía y era la admiracion de cuantos la rodeaban. Su espíritu, elevado con frecuencia en la oracion y el silencio á la region del infinito, comprendía con estraña lucidez las sagradas profecías y veia claramente que el reino de Dios se aproximaba.

La situacion del pueblo hebreo era cada dia más intolerable y cruel: disperso, dominado por las águilas romanas, esclavo en toda la acepcion de esta horrible palabra de un soberano indigno, que ocupaba, como tributario de Roma, un sólio vergonzosamente manchado con toda clase de crímenes; los que permanecian fieles al Señor temblaban y se estremecían, porque los vicios de la córte

pululaban entre el pueblo y nadie se creía al abrigo de una traición.

Mucho tiempo hacia que las hijas de Israel tenían abandonados sus melodiosos instrumentos, y en vez de armonías dulcísimas elevaban sollozos al cielo, para implorar la misericordia del Señor sobre aquel pueblo, tan poderoso otras veces y tan abatido entonces.

María comprendía todos estos sufrimientos; cada uno de ellos despertaba ecos desgarradores en su corazón y al pie del ara derramaba purísimo llanto é invocaba la clemencia de Dios.

En uno de estos éxtasis, que el entendimiento humano ni ha sabido ni sabrá nunca comprender, María hizo al Eterno la ofrenda de su pureza inmaculada.

Ofreció vivir por *Él* y para *Él* y renunciar á todos los goces y esperanzas de la tierra, para ser únicamente como un vaso de alabastro, donde las flores de su inocencia elevarian al cielo continuos y delicados perfumes.

Lo que Dios se complació en estos votos, lo prueban las maravillas que obró en su favor.

Obediente, humilde, la primera en la oración, la última en el reposo, la niña nazarena era considerada como un prodigio: sus

manos delicadas se ocupaban en el trabajo de los objetos destinados al culto, obligacion de las vírgenes que moraban en el templo. El oro, la seda, la púrpura y el lino adquirian formas, que en vano procuraban imitar las más hábiles de sus compañeras. Lo muy delicado y lo más precioso, por una tácita condescendencia, se le daba á labrar á María.

Buena siempre, afable, piadosa, era amada por todos, como una criatura de condicion superior al débil barro, de que se forma la humanidad.

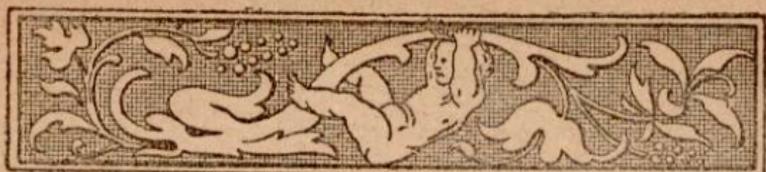
—Medita bien esta leccion, dijo al llegar aquí la tierna Madre, he observado siempre que, al par que te gusta la lectura y te divierte el escribir, te enfada la costura y te cansas de ella con suma facilidad.

Ángela se puso encarnada como una amapola é inclinó la cabeza sin responder.

—La santa Vírgen, añadió la Señora, se aplicó á las labores propias de su sexo desde la más tierna edad y se inclinaba sobre su trabajo, como una flor en su tallo. No te reconvengo, hija mia, porque te agrade leer y escribir, lo que deseo es que todas las demás ocupaciones te sean igualmente atractivas.

—Te prometo no olvidar tu consejo y enmendar mi falta de aplicacion.

Y la niña envió un tierno beso á la Vírgen en señal de despedida.



## DIA VI.

¿Qué rumor en alas de la brisa vaga suave y dulcísimo, uniéndose al canto de las aves y al murmullo lejano de las olas?

Unos ecos llenos de poesía, pero de una poesía hija sólo de la naturaleza, se perciben allá en el fondo de la pequeña ermita.

La tarde anterior María habia ensayado á las montañesas un himno á la Vírgen, que en aquel momento cantaban.

La misa habia concluido. Angela y su madre arrodilladas en primer término y rodeadas de las hermosas montañesas, como dos rosales delicados en medio de un grupo de flores magníficas pero incultas, dirigían la novena; la madre con su voz dulce y de melancólica vibración, la niña repitiendo sus palabras, con un eco dulcísimo y armonioso.

El altar desaparecia bajo las guirnaldas y ramos que le adornaban; algunas luces entre ellos medio iluminaban la ermita, pues

el azulado reflejo del alba aún no había disipado las sombras.

Cuando, concluido todo, pisaban el umbral, el primer rayo de sol centelleante, como una banda de oro entraba á saludar á la Vírgen de la *Coronada*.

—Hijas mías, dijo María á las montañas que se apresuraban á demostrarle su gratitud; Dios acepte nuestras súplicas, segun la pureza de intencion con que las hacemos; volved al valle y llevad á la pobre afligida el consuelo, de que están satisfechos sus deseos y encomendada su curacion, á la que es la medicina del cielo.

Casi con la rapidez que se desprenden los pedazos de nieve de la cumbre de los montes, las muchachas bajaron, riendo y cantando, las suaves pendientes de la colina y muy pronto sus voces mezcladas con los trinos de innumerables aves, llegaron sólo como ecos á oídos de la madre y de la hija.

Ángela bañada por los rayos del sol y embebida desde su asiento en contemplar á la Vírgen, podía servir de modelo para pintar el ángel de la oracion.

María fué á colocarse á su lado, la rodeó cariñosamente con sus brazos y empezó así:

## MUERTE DE JOAQUIN Y ANA.

Una tarde rezaba la santa niña; su corazón bañado en dulce melancolía se elevaba á Dios, su Padre, en fervientes súplicas y algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Una sombra se interpuso entre el rayo de luz que bañaba su rostro. Era el anciano sacerdote, que la había recibido en el templo y le servía de padre en él.

Estaba pálido y agitado.

—María, le dijo, ven conmigo; ha llegado el momento, en que demuestres la fortaleza de alma que debes á Dios.

Un triste presentimiento oprimió el tierno corazón de la Virgen; mas sin responder nada se envolvió en su manto y siguió á su protector.

Era el anochecer y una inmensa multitud recorría las calles de la populosa Jerusalem: nadie reparó en aquel anciano y aquella niña, que rápidamente caminaban hasta llegar á una humilde casita.

La puerta se hallaba abierta; María entró, y seguida del Sacerdote pasó á la habitación, donde agonizaba el santo Joaquin.

Ana traspasada de dolor sostenía su no-

ble cabeza y enjugaba el frío sudor que bañaba la frente del anciano.

Al leve ruido que produjeron las pisadas de María, Ana volvió á la puerta los ojos arrasados en lágrimas y el moribundo entreabrió sus párpados pesados como el plomo.

—¡Padre mio! exclamó la niña oprimida de pesar, mientras besaba una mano de Joaquín, que caía de un lado del lecho, helada ya por el frío de la muerte.

—¡Hija! respondieron como un eco los amorosos padres.

Y Joaquín halló en su alegría una fuerza pasajera para incorporarse y abrazar á la dulce Vírgen con todo el extremo de su amor.

—¡Luz de mis ojos, balbuceaba acariciando sus sedosos cabellos; bendita seas que iluminas las tristezas de la muerte con el resplandor de tu presencia!

Ana estrechaba con un brazo á su hija y con el otro sostenía siempre á Joaquín: para aquella amante madre y tierna esposa las palabras eran inútiles. Joaquín contemplaba á su hija, y el sacerdote, retirado á un ángulo de la habitacion y cubierta la cabeza con su taleh, lloraba y rezaba.

Por un momento, pareció extinguirse la vida del santo anciano, mas luego volvió á

reanimarse, sonrió dulcemente y murmuró:  
— ¡Estrella del mar, que Dios te bendiga! criatura celestial tan obediente como hermosa, voy á dar gracias al Eterno, porque te permitió venir á nuestros brazos.

Y espiró.....

¡Oh, cuánto hubiera deseado María acompañar á su madre en su angustiosa soledad!

Ana no lo permitió.

— Perteneces á Dios, la dijo, vuelve al templo; yo te ofrecí á *El*.

Y María, obediente á su madre, volvió al templo, cubierto su rostro con el manto, para que los ociosos habitantes de la ciudad no vieran sus lágrimas.

Desde entonces, un velo de tristeza se esparció en sus bellísimas facciones.

Dios iluminaba con intensos resplandores aquella niña, que debía ser trono del Verbo, y María crecía en virtud y en ciencias, ignoradas de ella misma por su extraordinaria humildad.

¿Cómo pintar el amor de Dios, inmenso é infinito que ardía en su alma, como perpetuo y delicado perfume?

Muchas veces contemplaba el espacio poblado de estrellas y admirada de la grandeza del Criador, al recordar la desdicha de sus hermanos y las promesas divinas, repetía:

¡Señor! ¡Señor! Israel perece, ten misericordia de tu pueblo.

Algun tiempo despues, era la aurora de un hermoso dia y la niña nazarena oraba como siempre. Por segunda vez llegó á interrumpirla pálido y agitado su anciano protector.

María no necesitó preguntarle, sólo dijo:

—¡Mi madre!!

—Se muere y quiere verte, María.

¡Ay! la dulce Vírgen volvió á recorrer el doloroso trayecto que la separaba de casa de Ana, y bañada en llanto llegó hasta el lecho de ésta.

Pocos instantes de vida quedaban á la virtuosa anciana, que parecia reírse con serena y dulce paz al sueño de la muerte. Por evitar penas á su hija, no habia querido avisarla hasta el último momento, y á sus inocentes caricias mezcladas de lágrimas, Ana murmuró:

—«No llores, María, ántes bendice al Señor, que se digna reunirme con el esposo, que tanto me amó en la tierra. Voy á dar gracias á Dios, por la misericordia con que ha tratado á su sierva, concediéndole en tí el milagroso consuelo de su ancianidad.»

Estas fueron sus últimas palabras, y el primer rayo de sol de aquella aurora tan triste para María, recogió el alma purísima de

la anciana, para volverla á su Eterno Criador.

María era huérfana, como un tierno renuevo de palmera que pierde los troncos que le dieron vida; sentíase aislada en el bullicio del mundo y martirizaba su corazón esta triste y dolorosa realidad.

Volvió al templo, asilo de su juventud; resuelta á no abandonarlo jamás, pero pronta siempre y resignada á la voluntad de Dios.

—Las lágrimas, que velan tus ojos, son la mejor prueba, hija mía, de cuanto te interesan los sufrimientos de nuestra dulce Madre. Ellos deben darte al mismo tiempo una santa y conmovedora lección.

El deber de los hijos, Ángela, es no sólo asistir, cuidar y obedecer á los padres, sino cercar su lecho de dolor con el ambiente del cariño filial y endulzar las terribles amarguras de su agonía con cuantas delicadezas pueda sugerirles este mismo amor. Los sacrificios que cuesta un hijo, solo Dios puede contarlos; ¿no es justo que él compense, en cuanto le sea posible, las veladas pasadas junto á su cuna, dulcificando así los últimos sufrimientos de sus padres?

—¡Oh, madre! repuso la niña tiernamente conmovida, líbreme Dios de semejante pesar.

Y rodeó con sus brazos el cuello de Ma-

ría, como si quisiera preservarle de un peligro desconocido.

Despues, añadió balbuceando:

—Yo nunca tendria valor.

—La Santa Vírgen, repuso María, amaba á sus padres, mucho más que tú puedes amarnos, porque su alma estaba dotada de cualidades superiores á las de ninguna criatura; y sin embargo tuvo valor, no sólo para esto, sino para todo lo que le ofreció el Eterno durante su vida mortal.

—Entonces, le pediré me conceda el ánimo que ella tuvo; pero al mismo tiempo que no lo necesite jamás.

María sonrió levemente, y como el día adelantaba, se dió prisa á marchar, para evitar á Ángela el daño que pudiera hacerle una permanencia más larga al sol.





## DIA VII.

Luciente y divina, envuelta en el velo de flores que la piedad cristiana dedicaba á la madre del amor hermoso, la Vírgen parecía dirigir desde el fondo de la ermita una amorosa mirada á la buena niña, que, despues de concluida la novena, ocupaba su sitio acostumbrado en las gradas de la Cruz.

Las montañesas se habian dispersado, repitiendo el himno de despedida, que el eco de los valles aumentaba con estrañas melodías.

—Hasta ahora, Ángela, dijo su madre, hemos contemplado á la Vírgen niña y adolescente; desde hoy la vamos á ver engrandecerse, para cumplir su sagrada mision.

Y empezó de esta manera:

## DESPOSORIOS.

María acababa de cumplir quince años y sus maravillosas virtudes la hacian ser admirada de todos.

Un dia, el sacerdote le dijo se aproximaba el tiempo, en que debía ser desposada; esta noticia oprimió dolorosamente su corazón; aumentó sus plegarias al pié del santuario é hizo de nuevo el voto de consagrarse enteramente á Dios.

El Señor la recompensó, enviándole tranquilidad.

Estendióse rápidamente la noticia de que María habia llegado á la edad, en que los sacerdotes, sus tutores, debian darla por esposa al varon esclarecido, que se juzgase digno de tal tesoro; y un crecido número de aspirantes, de cuanto más rico y noble encerraba Israel, se presentó con la esperanza de conseguir la mano de la tierna vírgen, cuyo mérito era, por divina disposicion, conocido de todos.

Entre ellos, habia jóvenes hermosos que llevaban con orgullo las armas, con que ciñeron en los campos de batalla victoriosas coronas; ancianos, cuyas nevadas barbas infundian respeto y que reunian á un nombre ilustre inmensas riquezas, y sabios que Jerusalem entera veneraba.

Tímido y humilde entre los aspirantes se ocultaba uno, que sólo habia acudido, porque le obligaba á ello el ser descendiente de la real casa de David.

Llamábase José y era un pobre carpintero de Nazareth.

Sin embargo, este modesto artesano, cuyas manos encallecidas con el continuo labrar madera arrancaban desdeñosas sonrisas á sus opulentos compañeros, tenía una belleza admirable; de talla regular, majestuoso y dulce aspecto, barba y cabellos castaños y hermosos ojos, que revelaban la bondad y pureza de su corazón; agradaba tanto, que al contemplarle no se advertía su pobreza, revelada claramente en sus piés descalzos y en las telas oscuras y bastas de que estaban hechos su túnica y manto.

Nada más lejos de José que la idea de llegar á ser esposo de María; mientras á su lado se entablaban acalorados debates, pues todos pretendían ser elegidos: por una coincidencia asombrosa José y María rogaban á Dios y se ofrecían solemnemente á *El*.

Grande fué la tribulación del sacerdote, al ver el empeño de tan poderosos señores; despues de examinar, discurrir y pedir á Dios le iluminara, temeroso de adquirirse enemigos, cualquiera que fuese el escogido, concluyó por decir á los aspirantes, que remitía á un milagro del cielo la elección de esposo para María.

Y mandó que cada uno llevase una vara de almendro.

Doce le fueron inmediatamente entregadas, cada una marcada con el nombre de

su dueño. Colocáronse en el santuario y el sacerdote quedó en oracion; confiaba que el Señor manifestaría su voluntad.

Tambien María pasó la noche orando, aunque tranquila sobre su suerte, pues se conformaba á lo que Dios dispusiese de ella.

Amaneció un dia hermosísimo; desde muy temprano afluía al templo numerosa concurrencia. A la hora convenida, los doce aspirantes se acercaron con trémulos pasos al sacerdote, que los esperaba.

Hiciéronse traer las varas y al verlas, un grito unánime se oyó en el pueblo.

—¡José! ¡hijo de David! exclamó el sacerdote con majestuosa voz. El Señor habla, tú eres el esposo elegido para María.

Y José, cubierto de rubor, más hermoso en su humildad que lo había sido nunca, avanzó envuelto en su raido manto, hasta los piés del anciano que lo llamaba.

¡Cuál fué el asombro de sus competidores! el pobre y desvalido había triunfado; porque el Dios, que eleva á los humildes y abate á los poderosos, le había escogido para depositario de su hija María.

Cantos armoniosos resuenan; salterios y laúdes pulsados por manos invisibles llenan el aire de dulcísimas armonías.

«*Estrella del Mar*, cantan, ve á recibir el esposo que te ha elegido el Señor.»

María aparece entre las vírgenes del templo, en medio de las cuales brilla como la luna rodeada de estrellas; por la primera vez, el lujo del mundo le ofrece sus galas y ha trocado la blanca túnica de vírgen, por la de púrpura de desposada. Un velo de Sidon bordado en oro la envuelve enteramente y sobre sus delicados cabellos se enlaza una corona de mirto.

Muchos parientes y amigos rodeaban á José; el sacerdote unió su mano con la de su jóven prometida y el anillo de esposa se deslizó en el dedo de María, sin que acertase á levantar la vista. ¿Quién pudiera penetrar los confusos pensamientos que la asaltaban?

Sembrado el camino que había de recorrer de rosas y de palmas, en medio de gritos de júbilo y á la radiosa claridad de las antorchas, salió María del templo. Al poner el pié en el umbral, sus ojos, que tristemente dirigía hácia él, hallaron la mirada humilde y purísima de José y una dulce tranquilidad disipó las angustias de su alma, como una perfumada brisa se lleva las nubes que amenazaban tempestad.

Bajo un palio de rica estofa y acompañada de nobles matronas, la santa Vírgen llegó á la casa de su esposo.

¡Bendito sea el que viene!! cantaban en

coro los amigos de él y las compañeras de ella.

José, cubierto con su taleh y María con su velo, se sentaron en el sitio preferente; entonces él la dijo:

—Tú eres mi mujer, segun el rito de Moisés y de Israel.

Despues, quitóse el taleh y cubrió con él á su esposa; uno de los parientes les sirvió vino, gustólo primero, luego los esposos, y un niño rompió la copa.

Llenos de alegría se dirigieron todos á la sala del banquete; pero, antes de ir á él, José dijo á su esposa:

—Tú serás como mi madre, y yo te respetaré, como al mismo altar de Jehová.

María sintió dilatársele el corazon, alzó los ojos al cielo y respondió sencillamente:

—¡Bendito sea el Señor, que me ha dado en tí el mejor escudo de mi inocencia!

Y una inmensa pureza y adorable tranquilidad reinaron para siempre en la humilde vivienda, que resonaba entonces con los gritos de júbilo de los convidados.

Pasados algunos dias y concluidas las fiestas de las bodas, acompañados durante mucho trecho por sus amigos y parientes, José y María emprendieron el camino de Nazareth.

• • • • •  
—¡Cuán hermoso es todo eso, madre

mia, dijo Angela; es extraño, pero cierto, que durante tu narracion, mi alma veía distintamente lo que me contabas y puedo asegurarte que, como si fuera ante mis ojos, estaba la santa Vírgen tan bella con su traje de púrpura y su corona de mirto, que me parecía era bastante estender la mano para tocar la orla de su túnica.

—Dichosa tú, hija mia, á quien la bondad de Dios favorece con una lucidez de imaginacion tan impropia de la edad que tienes. ¡Cuán ingrata serías, si la emplearas en el mal!

Reflexiona lo que has oido y procura que la obediencia sea el norte á donde se dirijan todos tus deseos. Ya ves, nada podía contrariar á la santa Vírgen tanto como la idea de ser desposada, y sin embargo, se somete á la voluntad de Dios.

—¡Cuánto amo á San José! ¿y cómo no amarlo? te confieso que, á pesar de que procurabas siempre inspirarme la devocion del Santo Patriarca, mi corazon permanecía indiferente. No sabía qué humilde, qué bueno, qué noble era, y te prometo no olvidarme de él ni un solo día.

Era la hora de marchar y Ángela no acertaba á separarse de la ermita. Su madre la llamó cuando estaba ya lejos, y ella corrió á reunírsele, pensando en todo lo que acababa de cir.



## DIA VIII.

—¡Qué alegría, mi buena señora! Rosa está mucho mejor; ayer se levantó un rato, hoy ha pedido flores para formar un ramo á la Santa Patrona, y se siente tan alegre como ántes de su enfermedad.

Esto decía una robusta jóven, con toda la efusion de un alma candorosa y llena de verdadero cariño.

—Gracias á Dios mil veces, repuso María; animadla mucho; llevadle las flores que desea y decidla, que todas las tardes iré con Ángela á verla. Hemos dado gracias á la Vírgen de la *Coronada* por su piadosa intercesion ante el Eterno, y espero que colmará nuestra alegría, permitiendo á la enferma venir á dárselas por sí misma.

—Si ella no puede subir las cuestas, yo la traeré, y seguramente no he de cansarme, exclamó la muchacha, mostrando sus robustos brazos.

—Eres muy buena, Antonia.

—¿Y por qué, señora?

—Por todo, hija, y especialmente por la ignorancia en que estás de que lo eres; venid mañana temprano, hoy ha concluido tarde la novena y vuestras labores os reclaman.

—Pues hasta mañana, señora.

Marcháronse las muchachas y María anudó así su relacion del dia anterior.

## LA CASA DE NAZARETH.

### ANUNCIACION.

En uno de los extremos de la pequeña aldea de Nazareth había una casa humilde y pobre, venerada por todos sus vecinos. Era blanca como una paloma y tapizadas sus paredes exteriores por las frondosas ramas de un jazmin.

Habitaba en ella un carpintero, cuyo banco de trabajo estaba colocado bajo el verde emparrado, que se estendia delante de la puerta.

Desde que el sol nacía entre nubes de nácar, hasta que se ocultaba con un velo de púrpura y oro, el ruido de la sierra ó el martillo no dejaba de escucharse. La noble y hermosa frente de José bañada en sudor se inclinaba sobre la madera, pero jamás una

sombra de disgusto, ni de cansancio, alteraba la tranquilidad de su rostro.

El que hubiera visto á María en el templo, delicada como una flor, vestida de las estofas más finas que se tejían con los blancos vellones de las ovejas de Engaddi, ocupada en labrar preciosos adornos para el santuario, habria bendecido á Dios al ver con qué dulce alegría y santa conformidad aceptaba su trabajosa condicion. Siempre activa y humilde, sus palabras suaves como el áura, daban ánimo á José, cuando éste sentía abatirse sus fuerzas en tan rudas y continuas tareas.

El Santo Patriarca, poseido de admiracion, la seguía con su mirada y, ya la veía volver de la fuente con la pesada ánfora de barro, ya entregada á los más humildes quehaceres del hogar doméstico, ya en fin, durante los breves ratos que le dejaban sus afanes, sentada á su lado, hilar el copo de lino, blanco y suave como la seda y hablarle con tan dulce acento y tanta sabiduría al par que sencillez, que el esposo la contemplaba, asombrado de la superioridad que advertía en ella.

La casa de José era el consuelo de todas las aflicciones y el amparo de los desvalidos: en medio de su pobreza, jamás negaban el pan de la caridad; antes bien, procuraban

adivinar las miserias, para que llegára primero el auxilio que la peticion.

¿Cómo pintar la existencia de estas dos criaturas, toda paz, humildad, continúa oracion é inmaculada pureza?

María vivía en la tierra, pero su corazón y sus afectos estaban en el cielo. Todos los instantes que podía, retirábase á orar y desde el fondo de su reducido albergue, contemplaba extasiada las grandezas del *Infinito*.

Era una tarde serena y pura; las primeras rosas perfumaban el ambiente y María oraba con todo el fervor de su fe é inocencia. El Eterno, al fijar en ella sus miradas, hizo sonar la hora de la redencion.

María se sintió envuelta en una atmósfera de perfumes celestiales, armonías de cantos jamás oídos de criaturas, acompañados de las arpas y sistros de oro de los serafines llenaron el espacio de conciertos imposibles de esplicar.

Una luz inmensa, brillante, que parecía estenderse en espacios infinitos, la rodeó como una aureola de fuego; sintióse elevar de la tierra y en aquel foco de resplandores, donde sus miradas vagaban y se perdían, humilde y arrodillado ante ella, envuelto en una blanca vestidura que radiaba como la luz de muchos soles, llevando en su mano una rama de azucenas é inclinada la frente, vió á un angel.

Espíritus purísimos vagaban en la niebla luminosa, y las divinas melodías transformaban la humilde casa de la Santa Virgen en las delicias del paraíso.

—«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, dijo el ángel, bendita tu entre todas las mujeres» (1).

A lo cual María se turbó, mas el ángel le dijo:

—*No temas, que has hallado gracia delante del Señor; he aquí que concebirás y darás á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús; este será grande, se llamará Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.*

—¿Cómo podrá suceder esto, si no conozco varón?

—El Espíritu Santo te fecundará por la virtud del Altísimo y por lo mismo tu *hijo será llamado hijo de Dios.*»

Entonces María, humilde y obediente, como siempre, respondió:

—*Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.*

Desaparecieron cuantas maravillas rodeaban á María; las promesas de Dios es-

---

(1) Evangelio de S. Lucas, cap. 1.º

taban cumplidas; el más alto misterio se había verificado. El Sol de justicia penetró en el Santuario de la Inmaculada Virgen, como el rayo de luz pasa el cristal. ¿Qué inteligencia podrá calcular las grandezas, con que el Eterno dotó á su hija querida, al elegirla madre del Verbo de Dios?

Anonadada María por el exceso de su felicidad y llena al par de una humildad sin límites, guardó en el fondo de su alma el secreto de las maravillas de Dios, como una flor cierra su cáliz para conservar mejor la perla de rocío.

—Angela, si la reina de los Cielos y la tierra, Madre del Criador, fué durante su vida mortal, pobre y precisada á servirse hasta en las faenas más molestas y humildes ¿cómo nosotros, pedazos de arcilla miserable, llevamos el orgullo hasta irritarnos por la más ligera falta de aquellos que nos sirven?

Angela inclinó su cabecita rubia en señal de asentimiento.

—¡Ay! verdad es, madre mia, murmuró; es una falta que cometo con frecuencia, pero que procuraré cortar en lo sucesivo.

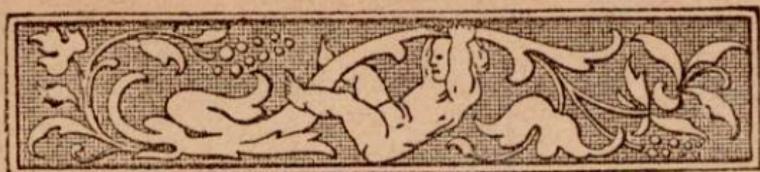
—Mucho bien será para tí y para los que te rodeen; demasiada desgracia tienen estos con verse precisados á sufrir los ca-

prichos muchas veces injustos de sus señores y no debe hacerse más aflictiva su situacion con nuestro orgullo y desdeñosos modales; aunque pongas todo tu esmero en no cometer culpas, si te olvidas de la soberbia, primero de los pecados capitales, no habrás adelantado nada en el buen camino que deseas seguir. Sé humilde y generosa con los que te sirven; si te dan motivo de impaciencia, acuérdate, para no faltar á la caridad que les debes, de tu santa madre, que sufrió todas las privaciones y amarguras de la vida.

—Te lo prometo, y verás si sé cumplir mis promesas.

Y ambas emprendieron la vuelta del caserío, repitiendo la madre sus amables consejos y decidida Angela á seguirlos escrupulosamente.





## DIA IX.

—¡Mira, madre mia, mira qué temprano es! apenas ha salido el sol y ya estamos al pié de la Cruz.

—El verte tan alegre me causa sentimiento, hija mia; ¿ignoras acaso que hoy no ha podido hacerse la novena, porque el señor cura ha ido lejos á visitar un enfermo de peligro? ¿No te habrás tampoco acordado de pedir por él á la Santa Vírgen, al traerle las flores?

—Sí, que le he dicho muchas veces: ¡Madre! ¡buena Madre! salud de los enfermos, consuela á ese hijo tuyo que sufre.

Una lágrima tembló en las pestañas de María, al oír el sentido acento de la niña.

—¡La santa Patrona te oiga! murmuró con un suspiro.

Ahora, escucha y medita:

## VISITACION.

Era la estacion de las flores y el valle de Esdrelon estaba adornado por la naturaleza con un tapiz de los colores más brillantes y delicados.

Una pequeña caravana, compuesta de una mujer que caminaba sobre un asno y de un hombre que llevaba del diestro la humilde cabalgadura, salía al rayar el alba de la pequeña ciudad de Nazareth, cuna de la Virgen Santísima.

Eran José y María: algunos conocidos pobres, que viajaban como ellos, se les reunieron en el camino y continuaron su marcha.

¿Dónde iban?

Advertida María por el ángel, de que su prima Isabel iba á ser madre, quiso ir á llevar á la noble anciana el consuelo de su presencia, y al hijo que tenía en su seno, la santidad.

Sin revelar el poderoso móvil de su conducta, significó á José el deseo de visitar á su prima y el esposo se apresuró á complacerla.

*Ain* estaba lejos; torrentes, montañas, ciudades hostiles á los nazarenos era preciso atravesar para llegar á ella; María, fuerte con la proteccion del Altísimo, sin temor á las asperezas del camino, adelantaba su mar-

cha, deseosa de cumplir la voluntad del Señor.

Resplandecía la naturaleza en las fértiles campiñas de Galilea; el musgo florido acariciaba los piés de los camellos y asnos, y hasta entre las piedras brotaban flores. La brisa llena de perfumes oreaba las sudosas frentes de los viajeros, y el sol como un globo de fuego hacía brillar las puntas de las peñas, que parecían incrustadas de diamantes.

Después de cinco días de marcha, José y María llegaron á la ciudad sacerdotal. Informada Isabel por una de sus sirvientas de la aproximación de su prima, llena de felicidad y ansiosa por verla, salió de la casa y se dirigió á su encuentro.

Al lado de José y hermosa sobre toda ponderación avanzaba María; cuando vió á Isabel, adelantóse hasta llegar á ella, puso la mano sobre su corazón y con voz dulce, como el canto de un ángel, exclamó:

—«Isabel, la paz sea contigo.»

La anciana no contestó. A la animación de su rostro había sucedido la expresión del más profundo respeto; iluminada con proféticas revelaciones, sintió agitarse en su seno al hijo, para venerar á aquella que llevaba en sí al Creador de todo el mundo: humillóse ante María y á su amoroso saludo respondió con una voz temblorosa por el asombro y alegría:

—«¿De dónde á mí esta felicidad, que la madre de mi Señor venga á verme? ¡bendita eres entre todas las criaturas y bendito es el fruto que darás á la vida!»

Entonces, la Vírgen elevó sus ojos al cielo, y su respuesta, que la Iglesia conserva como el más hermoso canto de las Santas Escrituras, espresaba así su alegría.

«Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.»

«Porque ha entendido á la humildad de su sierva, hé aquí que me llamarán bendita todas las generaciones.»

«Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquel que es omnipotente y cuyo nombre es santo.»

«Su misericordia se estiende sobre todos los que temen.»

«Desplegó la fuerza de su brazo y ha disipado á los que se llenaban de orgullo en medio de su corazon.»

«Arrojó á los grandes de su trono y ensalzó á los humildes.»

«Llenó de bienes á los que estaban hambrientos y empobreció á los ricos y orgullosos.»

«Se acordó de su misericordia y protegió á Israel, su siervo.»

«Segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y su linage para siempre.»

La santidad y alegría entraron con la Virgen en casa de Isabel: su esposo, criados y esclavos se apresuraban á festejarla y adivinar sus menores deseos. Ella, que en Nazareth se veía obligada á servirse, allí era atendida con más delicadeza que la mujer de Zacarías. Sin embargo, en su nueva posición la madre del Verbo Eterno era tan humilde, como en Nazareth, y se afanaba por evitar trabajo á su prima, á quien su estado y avanzada edad hacían padecer mucho. ¡Con qué delicadeza procuraba endulzar sus sufrimientos y qué agradecida se mostraba la buena anciana á sus cuidados!

Acercábase el verano: las mazorcas de flores empezaban á agostarse, en cambio otras abrían sus pétalos al beso de las áuras; María vagaba por los campos, purísima y hermosa. Una fuente solitaria, perdida entre rosales silvestres, brotaba de un ribazo, á ella se dirigía muchas veces la hija de David y en el hueco de sus manos celestiales recogía gotas de agua para refrescar sus lábios.

Allí era solamente, donde María hallaba la dulce tranquilidad, que el respetuoso amor de los servidores de su prima le hacía echar de menos desde su llegada. El musgo le ofrecía blando asiento; la fuente que se deslizaba á sus piés y los trinos de las aves que volaban sobre su cabeza, eran los únicos ruidos

que encantaban su soledad; recogíase en sí misma y pasaba largas horas sumergida en santa contemplacion.

Entónces, miéntras los ángeles adoraban desde la eternidad á la dulce y bendita criatura, que era trono del Verbo Eterno, el Anciano de los dias descansaba en ella sus miradas, para complacerse en su inocencia y hermosura. El Hijo llenaba su corazon con infinitos tesoros de ardiente caridad, y el Espíritu Santo iluminaba su inteligencia con tan brillantes luces que, á pesar de su extraordinaria humildad, la vírgen nazarena comprendió las maravillas que la grandeza de Dios obraba á favor suyo.

Zacarías, que esperaba temblando el cumplimiento de las divinas promesas, se trasladó con su esposa, José y la Reina de los ángeles á una heredad, que poseía en el fondo de un valle. Naranjos y limoneros perfumaban el ambiente y el murmullo de los arroyos se unía al susurro de los sauces.

Durante la estancia en ella, como sucedía desde su llegada, Isabel y su esposo se esmeraban en obsequiar á la santa Vírgen con las viandas más delicadas y exquisitas. María apenas las tocaba; frugal y sencilla, el pan, el agua y algunas frutas eran ordinariamente su alimento.

Los amigos y parientes del Pontífice ad-

miraban las virtudes de la esposa de José y las proclamaban en altas voces. María no reparaba en las alabanzas de que era objeto; ¿qué podía valer el juicio de las criaturas, para la que tenía siempre ante los ojos de su alma las magnificencias de Dios?

Preparábanse solemnes fiestas para celebrar el alumbramiento de Isabel, y la dulce Vírgen, como una tímida paloma que huye del estruendo y vuela en busca de su solitario nido, sin escuchar las instancias que le hacían para que permaneciera en Ain, volvió á tomar con José el camino de las azules montañas de Galilea.

Cuando, terminado el penoso viaje, llegó á su morada, ¡con qué alegría la saludó desde que acertó á distinguirla y cómo se estasió en su silencio y tranquilidad tan en armonía con la paz de su corazón!

El ruido de la sierra se escuchó de nuevo; los pobres vieron abierta aquella casa, que era refugio de todas las aficciones y las doncellas encontraron de nuevo á la Vírgen en la fuente, humilde, hermosísima, pronunciando sólo palabras de bendición que daban á todas ejemplo de actividad y amor al trabajo.

Al concluir estas palabras, el argentino son de una campanilla vibró despertando los ecos de los valles.

No tardaron en subir las vertientes de la colina algunos labradores.

—Dios llama, decían; vamos á la casa de Dios.

—¿Qué es esto, madre? dijo Ángela que miraba y escuchaba con infantil sorpresa.

—Hija, repuso María, mis temores respecto al pobre enfermo no eran infundados; hé aquí que van á llevarle los últimos consuelos. Cuando el hijo no puede venir á la casa de su padre, el Dios de misericordia vá á visitarle en su morada por humilde que ella sea.

En nombre del ejemplo que te dá hoy la Virgen María, vamos á consolar á ese hermano nuestro que sufre. Débiles criaturas, abrumadas de dolores y miserias, sólo podemos llevarle el rocío de nuestras lágrimas y el óbolo de la caridad, pero nuestro lugar está al lado de los que padecen.

El modesto acompañamiento del rey de los cielos y la tierra bajaba del pueblo por los estrechos senderos de la montaña; detrás del niño acólito marchaba lentamente el sacerdote, rodeado de sus feligreses: Ángela, María y dos ó tres mujeres, que acababan de traer su ofrenda de flores, siguieron despues.

El aura de la mañana inclinaba las espigas casi maduras, como si saludáran al Dios consagrado. En cada árbol innumerables pa-

jarillos elevaban conciertos de dulcísimas armonías. El suelo parecía alfombrado de flores. Por donde quiera que pasaba el Santo Viático los campesinos dejaban sus tareas y se arrodillaban; si algunos habían concluido se unían á la modesta comitiva.

La cabaña era pequeña y sólo entró el sacerdote con el acólito y dos hombres: los demás aguardaron fuera: concluida su evangélica misión volvió á salir, y tomó nuevamente el camino del pueblo, acompañado de entusiastas bendiciones.

El pan de vida eterna había dado alimento al alma cristiana que se disponía para el gran viaje de la eternidad.

Al desaparecer el sacerdote y su séquito tras de una loma poco elevada, Ángela y María, que habían permanecido arrodilladas, se levantaron y entraron en la cabaña.

Reinaba la miseria en ella, pero no esa miseria fétida y repugnante que se manifiesta en la falta de aseo; la anciana esposa del enfermo y una nieta suya casi niña atenuaban con incansable actividad la escasez de recursos. Todo brillaba en el interior desde el modesto bazar hasta el lecho blanco como la nieve y regado con flores de brezo, adelfa y madre-selva.

Sentóse María á la cabecera del enfermo, que revelaba en su semblante profunda

quietud y dulce tranquilidad: la voz armoniosa y pura de la jóven madre sonó en sus oídos como una música deliciosa, porque sus palabras eran consuelos tan dulces como delicados. Con una lucidez de imaginación extraordinaria y calmados momentáneamente sus padecimientos, el buen viejo sentía humedecerse sus ojos y volar su alma hácia aquella región de felicidad eterna que pintaba tan bien la fé entusiasta y ardiente de María.

Ángela, que muda é inmóvil contemplaba esta escena, advertida por una seña de su madre, depositó en manos del enfermo la crecida limosna que llevaban para él.

—¡Dios te bendiga, buena niña! la dijo el pobre hondamente conmovido.

—¡*El* os dé salud! replicó, yo se lo pediré á la Santa Vírgen de la Coronada.

—Y si mis días no están cumplidos Dios te oirá, porque oye siempre el ruego de los ángeles.

Acompañadas de las bendiciones de la agradecida familia y prometiendo volver al siguiente día se despidieron madre é hija y tomaron el camino de su morada.

—¿Qué has sentido al hacer esta visita Ángela? le preguntó María cuando se alejaron.

—Dos sentimientos opuestos y muy vivos

ambos: deseaba entrar y una repugnancia invencible me lo impedía, los enfermos me causaban miedo, pero me parece que de ver á éste, lo he perdido.

—Los enfermos son de todos nuestros hermanos los que más necesitan de nosotros; cuando la Virgen María anduvo leguas y pasó mil afanes para llevar la alegría en casa de Isabel, ¿rehusaremos tomar una pequeña molestia para dar al que sufre los consuelos que están á nuestro alcance por amor de *Aquella*, que hizo de su vida el dechado de todas las virtudes?

Estaba el día muy adelantado cuando llegaron á la hacienda rodeadas de algunos criados, que inquietos por su ausencia, habian salido á encontrarlas y que gozosos de verlas, casi en triunfo las acompañaron hasta el comedor, donde mil delicados manjares estaban hábilmente dispuestos para satisfacer el apetito más exigente.

Sentóse Ángela y una dulce tristeza oscureció su rostro.

—¿Qué piensas? ¿qué deseas? le preguntó su madre sorprendida.

—Pienso, contestó la niña, que hay aquí muchas viandas, que ni aun probarémos y que una sola daría fuerzas á aquellas mujeres para cuidar á su enfermo. ¡Me harías tan dichosa si permitieras que le enviáse algunas!

María hizo traer una gran cesta y en ella colocaron un apetitoso desayuno, que al momento mandó llevar á la choza; entonces Ángela tranquila halló la dulce alegría y apetito de sus tiernos años para hacer honor al desayuno que le tenían dispuesto.





## DIA X.

—¿Cómo está Juan Pedro, señor cura? preguntaba María.

—Lo mismo, señora, repuso el interpe-lado; las naturalezas criadas en el trabajo res-isten mejor á los más terribles padecimien-tos, que las que están habituadas á toda clase de comodidades.

—¿Vais á verlo?

—Ahora mismo, si es que no necesitais de mí.

—No por cierto, mis vecinas han con-cluido ya su novena.

—¡Cuántas gracias debo daros! ¿quién reconoce á la olvidada ermita en este devoto templo, donde nada escasea de cuanto nece-sitan las almas?

—¡Ojalá pudiera hacer todo lo que de-seo! Tal es mi amor á la Santa Vírgen y tan-tos los beneficios que le debo, que las ofren-das son siempre insignificantes. Pedid á Dios y á Ella por mí.

—Y por mí tambien, señor cura, dijo

Ángela, que en este instante salía de la ermita.

—Lo haré así, niña querida, pero creo firmemente que bien podrías pedir por todos nosotros.

El anciano se despidió de ella y pocos momentos despues la buena madre anudaba así la historia de la Vírgen.

### CAMINO DE BELEN.

Una nube había cruzado el horizonte tranquilo y hermoso de la vida de María.

Tristes dudas, negras como la noche, llenaron de dolor el alma purísima de José. Amar y dudar de la persona amada es el más cruel de los suplicios.

Dios tuvo piedad de él y en medio de un sueño triste y agitado, la voz del Angel le llamó por su nombre; abrió los ojos sorprendido y entre rayos de gloriosa luz el inmortal le reveló el solemne misterio de la Encarnacion.

Desapareció el Ángel llevándose en sus alas todas las tristezas de José, y éste arrodillado dió gracias al Señor y le adoró con toda la humildad de su espíritu.

La felicidad que por un momento pareció alejarse de aquella casa bendita volvió para no abandonarla jamás.

Una mañana trabajaba José, y María hilaba á su lado, mientras su imaginacion vagaba en las grandezas del Infinito.

De pronto clamor ruidoso de trompetas despertó los dormidos ecos de la calle; publicábase solemnemente un edicto del César, que obligaba á todos los vecinos á empadronarse, cada cual en el pueblo de su naturaleza.

Apenas pasó el pregon, llantos y quejas estallaron de todas partes; jamás el yugo romano había pesado tan horriblemente sobre el pueblo de Dios; sordos murmullos de amenaza lanzaban los hombres, lágrimas y suspiros las mujeres. El capricho de un hombre perturbaba millares de familias y por la vanagloria de contar sus esclavos los sentenciaba á mil molestias y privaciones.

Mientras todo se agitaba al rededor de ellos, José y María se disponían á obedecer con la mayor tranquilidad.

Era invierno: el Líbano cubierto de nieve mostraba orgullosamente su cabeza sobre las demás montañas; el viento de hielo se retorció y silbaba entre las ramas despojadas de hojas y el cielo entoldado de un color gris aumentaba la tristeza que reinaba en los corazones nazarenos.

José y María salieron de su casa dispuestos á sufrir por Dios todos los trabajos que

les esperaban; para ir á la ciudad santa, donde su régia estirpe llamaba á José, debian atravesar el mismo camino que trajeron cuando sus desposorios.

¡Pero qué diferencia de una época á otra! ni una flor, ni una yerba bordaban las desnudas peñas; los torrentes engrosados por las lluvias arrastraban en sus espumas troncos secos y bramaban como si amenazasen al viajero con una muerte cierta; espantados en medio de esta naturaleza desolada, como dos aves viajeras sorprendidas por la tempestad, los santos esposos aceleraban su marcha cuanto les era posible.

Acercábase la hora en que el Salvador del mundo naciera entre los hombres y las molestias del viaje eran inmensas para la Virgen Madre; pero tal era la fortaleza de su alma que, cuando José se detenía ante un obstáculo ó un peligro, una mirada de su esposa le daba el ánimo que parecia abandonarle.

Caminaban á jornadas muy cortas y se detenian, yá en una choza abandonada, yá en un hato de pastores, que compartian gustosos con ellos su pan negro y la leche de sus cabras. Al aspecto de la tierna niña, que viajaba para cumplir una órden injusta, toda la ira de sus almas se exalaba en quejas contra el César y sobre todo contra el envilecido so-

berano que, tributario de la soberbia Roma, era una maldicion para el pueblo de Israel.

Los santos esposos con su humildad, su dulzura y su fé ardiente y sencilla los inclinaban á la obediencia, hasta convertirlos de rebeldes y rencorosos en fieles vasallos.

A la llama de la hoguera secaban José y María sus ropas húmedas de la lluvia y se consideraban dichosos, cuando tenian un cobertizo donde guarecer sus helados miembros.

Estaba muy entrada la noche cuando llegaron á Belen de Judá; la afluencia de forasteros era inmensa, pues el edicto del César exigia un pronto cumplimiento. Las brillantes caravanas de opulentos magnates se cruzaban en las calles; y el oro, la púrpura y el lino flotaban confundidos á la roja claridad de las antorchas que sostenian los esclavos.

Por otro lado camellos cubiertos con finas mantas de lana y seda tejidas y bordadas en Damasco y Alepo conducian mujeres ricamente vestidas y envueltas en largos velos que les cubrian el rostro. En medio de esta poblacion bulliciosa y desconocida en vano buscaban José y María una persona amiga que los guiara.

Una gran puerta dejaba ver un estenso pátio, donde ardian hogueras en que se asaban enormes trozos de carne. Soldados y esclavos jugaban, aguardando la cena, mientras

muchos criados iban y venian cargados de fuentes y ánforas de plata.

Temblorosos de frio los pobres nazarenos entraron y pidieron humildemente un rincon donde descansar.

Los criados ni aún se dignaron responderles; pero el que parecia dueño exhaló contra ellos todo el mal humor que le causaba el esceso de trabajo y la desdeñosa altivez de sus opulentos huéspedes.

¡Marchad! les gritó con destemplado acento; ¡fuera los mendigos!

José y María salieron sin responder; llenos ambos de cansancio y tristeza.

Silbaba el huracan y la lluvia caía fina y helada, empapando sus trajes maltratados del largo camino.

Muchas casas recorrieron y en todas recibian burlas é insultos; su pobre aspecto prevenia contra ellos.

Estaban al fin del pueblo y ni un techo hospitalario habian encontrado.

—¿Qué haremos, Dios mio, qué haremos? preguntaba José, angustiado hasta el fondo de su corazon.

—Dios, que viste al lirio y trae en el aire el grano de trigo para alimento de la golondrina, no nos olvidará, repuso María.

Salieron al campo y anduvieron sin saber dónde iban, hundidos los piés en el fan-

go, azotados los rostros por la lluvia y pidiendo á Dios el perdon de los que tan ingratamente les habian tratado.

Los moribundos reflejos de un fuego medio consumido vinieron á reanimar sus desfallecidas fuerzas.

Se hallaban ante las ruinas de un antiguo palacio; trozos de columnas cubrian el suelo y en los altos paredones gemia el viento tristemente. En uno de los lugares mejor conservados los pastores habian hecho un cobertizo de ramas secas y juncos para tener los bueyes de labor. La soledad era tal, que juzgando seguros un buey y una mula, que tranquilamente rumiaban en un rincon, se marcharon al pueblo para ver los forasteros que llegaban, y pasar la noche mejor que en el campo y casi á la intemperie.

Por malo que fuera este asilo, en la situacion de José y María era cuanto deseaban: un monton de heno sirvió á la Reina de los ángeles, para descansar sus doloridos miembros. En tanto, José reunió pedazos de ramas, avivó el fuego y una alegre luz iluminó el abandonado establo.

Estaban, por fin, al abrigo de la lluvia; María envuelta en sus húmedas ropas, cruzadas las manos sobre el pecho y elevado al cielo su hermosísimo semblante, suavemente coloreado por el resplandor de las llamas, se

olvidaba de la tierra para estasiarse ante el trono del Altísimo.

José, arrodillado al lado de la hoguera, daba gracias á Dios.

Iba á mediar la noche.

—¡Oh, y cómo te olvidas de nuestro enfermo, Angela! le dijo su madre interrumpiéndose al llegar aquí.

—Aún es temprano, continúa, yo te lo ruego.

—¡Temprano, niña, y es más tarde que ningun dia!

Ángela se dirigió á la ermita.

«¡Madre mia! dijo á la Virgen, ¿quién no te ama mucho más, pobre, sola, abandonada en Belen, que rodeada de todas las grandezas de la tierra?»

Y le envió dulces besos y se alejó, volviendo la cara para mirarla.

—Lo que has escuchado hoy, le dijo María, es preciso que lo tengas presente, cuando veas algun mendigo. Su insistencia nos molesta muchas veces, pero si miramos en ellos á José y su santa esposa y consideramos la afflictiva situacion en que se en contraban, no rechazaremos nunca al pobre, sin procurar aliviar su miseria con nuestros socorros.

Ángela y su madre se encaminaron á la

choza del enfermo: este sentia un ligero alivio, con el cual su familia llena de alegría juzgaba cierto el recobro de la salud; no era esta la opinion del anciano sacerdote; pero en semejantes casos, ¿quién tiene el cruel valor de quitar sus ilusiones á las pobres almas, que se aferran á ellas, como el náufrago á la tabla de donde espera su salvacion? Despues de dejar consuelos y socorros, madre é hija se alejaron, llevando alrededor, como un perfume del cielo, las bendiciones de la más ardiente gratitud.





## DIA XI.

—Madre mia, ahí está Rosa, Antonia ha cumplido su palabra.

En efecto, sentada al pié de la cruz entre varias montañesas, estaba una jovencita pálida, que quiso levantarse para recibir á la buena señora; pero tal era su debilidad que volvió á caer pesadamente.

—Anda, bien empleado por meterte en cumplidos, dijo bruscamente Antonia, mientras se apresuraba á sostenerla.

Las demás muchachas se echaron á reir.

—¿Como estás, hija? le preguntó afectuosamente María, mientras Ángela la abrazaba como á una hermana querida.

—Mejor, mucho mejor; hoy he venido á ver á la Santa Patrona para darle gracias.

—Por traerla he perdido la novena, dijo Antonia aparentando un mal humor, que no podia sentir su hermoso corazon.

—En cambio, has ganado mucho para Dios, pues Él agradece más tu caridad que tu devocion, por laudable que esta sea.

—Ahora, añadió Rosa, me vá á llevar á una huerta, donde beberé leche y cojeré rosas, para traerlas mañana á la Santísima Virgen.

—Bien, niña mia, debes cuidarte mucho para restablecerte pronto: llévala muy despacio; que no se fatigue, Antonia.

—No tenga V. cuidado, que diga ella si la he traído bien.

—Demasiado, dijo Rosa riendo; figúrese V. que, cuando había un terreno malo, me tomaba en brazos y tan ligera como si no llevase nada, trepaba cuestras y saltaba zanjás; y en verdad, que como no estoy acostumbrada á esto, me agarraba á su cuello temerosa de caerme.

¡Jesús, qué locura! exclamó Antonia: figúrese V. que pesa mucho menos que el chotillo de mi cabra negra, la grande; ¿se acuerda V. de ella?

—Sí, contestó María, sonriendo levemente.

—Pues bien, acabó aquel Hércules femenino, yo soy capaz de pasear en brazos á la cabra y al choto.

Angela se echó á reir con la inocencia de su tierna edad.

—¡Cuántas gracias debo dar á usted, señora; mientras he estado enferma, de nada he carecido, gracias á su generosidad!

—No pienses en eso, hija mia; bendigamos más bien al Señor, porque nuestros afanes han sido tan felizmente recompensados, y si esta tarde continuas mejor, vé á la hacienda; tengo una linda falda encarnada y negra que deseo estrenes cuando vengas el dia 15 á la misa de accion de gracias que se dirá por tu salud.

—¡Qué de bondades! ¿con qué podré pagarlas?

—Con quererme mucho, respondió afectuosamente la señora.

Rosa besó las manos de María y abrazó repetidas veces á Angela.

—Como es posible que Rosa no pueda ir á la hacienda, dijo Antonia cuando se despedían, y quiero que no deje de estrenar su falda, pues mis compañeras y yo nos encargamos de hacérsela; si no puede ir ella, ¿quiere V. que vaya yo?

—Con mucho gusto, hija mia.

Marcháronse las muchachas y por algun tiempo madre é hija, que seguían con los ojos el alegre grupo, distinguieron á Rosa apoyada en Antonia, como un brazo de yedra se enlaza al robusto tronco de una encina.

—¡Cuánto deseo saber qué sucedió á la Santa Virgen en el establo de Belen! dijo Angela, al quedarse solas.

—Voy á satisfacer tu deseo al instante; escucha:

## NACIMIENTO.

En la quebrada de un monte, guarecido por enormes peñascos y espesos matorrales, estaba reunido un hato de pastores.

La lluvia habia cesado y la noche estaba fria y serena; las esquilas del ganado sonaban melancólicamente.

Los pastores tenian encendida una gran hoguera y secaban al benéfico calor sus talehs de lana gruesa y oscura. Todos estaban sombríos y seguian con miradas distraidas las caprichosas figuras de las llamas.

El más anciano, cuya barba, como hilos de plata, le acariciaba el pecho, apoyados los codos en las rodillas y la cara en sus manos cruzadas, parecia entregado á mil tristes pensamientos.

—Es demasiado sufrir el nuestro, hermanos, dijo el más jóven despues de un largo silencio, que nadie se habia atrevido á interrumpir; somos tratados como esclavos por los hijos de Belial y nuestras quejas son objeto de burlas y desprecios: ¿hasta cuándo han de durar las ofensas de los tiranos y el sufrimiento de las víctimas?

—El espíritu del pueblo de Dios se ha perdido, añadió otro, ó mejor dicho, nuestros pecados tienen irritado á Jehová y apar-

ta el rostro para no ver nuestra aflicción.

— Los romanos usan de nosotros, como de un rebaño de corderos; nuestro oro sirve para saciar sus vicios; el trigo de nuestros campos para llenar sus graneros, y ni aún las vírgenes de Israel están libres de las asechanzas que les tienden sus opresores.

— ¡Si se levantára un caudillo! ¡Con qué placer le seguiríamos á la lucha!

— La lucha para nosotros es siempre la victoria, hermanos. ¿Dónde están ya los Amonitas, los Amalecitas, los Filistéos y tantas otras naciones como intentaron despojarnos y uncirnos al carro de sus triunfos? La mano de Dios los dispersó, como un puñado de aristas secas, y el pueblo, que juzgaron destruir, se engrandeció.

— Cada gota de nuestra sangre, al caer sobre el campo de batalla, hace nacer un nuevo combatiente, dispuesto á morir por su patria.

— ¡Hijos, hijos, murmuró tristemente el viejo; callad, porque el viento es el espía de los oprimidos para delatarles ante los tiranos. Además, ¿por qué os quejais? ¿no sabeis acaso, que muchos de nuestros hermanos, bien hallados con la esclavitud, se sientan en los convites de los infieles, coronados de rosas como ellos y beben en sus mismas copas, olvidados de la ley del Señor? Pasó el tiempo

de Moisés, de Josué, de David, el pastorrey y todos los grandes héroes de nuestro pueblo; hemos recaído en cadenas, orad y esperad.

—¡Esperar más todavía! siempre envilecidos y ultrajados. ¿Quién nos salvará del yugo que nos oprime?

—¡Dios! el inmenso, el infinito; el que, si ha castigado á su pueblo por sus ingrati- tudes, le ha hecho al fin triunfar de todos sus enemigos. El reino de Dios se acerca; orad y no murmureis.

Tristes y desanimados los pastores guar- daron silencio.

Las estrellas señalaban la media noche.

De repente, un inmenso resplandor hizo palidecer las llamas; aterrados al sentirse envueltos en una atmósfera de luz, cuyo bri- llo les era imposible resistir, los pastores se arrodillaron con la faz en la tierra.

Un ángel estaba delante de ellos, fasci- nándoles con su divina belleza.

«¡No temais, les dijo, hé aquí que os anuncio un gran gozo para Israel; que ha na- cido Cristo Salvador en Belen de Judá y os doy estas señas: hallaréis al Niño con su ma- dre en un establo, envuelto en pobres paña- les y reclinado en un pesebre.»

Al mismo tiempo, dulcísimas armonías de cantos celestiales se esparcieron en las

brisas de la noche. Una multitud de espíritus angélicos se unieron al Angel para cantar:

«¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Cuando todo desapareció, levantáronse los pastores: sus rostros espresaban la sorpresa y el terror, aunque dominados por delirante alegría.

—El Señor es grande y piadoso, dijo el anciano.

—¡Bendito sea! respondieron los jóvenes. ¿Hemos vuelto á los tiempos de Abraham, en que los ángeles conversaban con los hombres?

—Mejor que ellos; pues estamos en los del Mesías, prometido á nuestros padres.

—Vamos á Belen, á adorar al Dios Salvador.

Y olvidaron sus ganados y se pusieron en marcha; pero no descuidaron llevar ofrendas para el Rey del cielo.

Uno eligió panales de miel suave y aromática.

Otro el cordero más blanco del aprisco.

Y los demás, panes, cántaras de leche, dátiles y cuanto poseían y creyeron podia ser útil.

Una luz más suave y rosada que la del alba, alumbraba el establo, donde acababa de nacer el Hijo de Dios. Sobre el pesebre

lleno de paja y heno, el tierno niño estendía sus miembrecitos, medio envueltos en la toca de lino de su madre. José y María arrodillados contemplaban en un éstasis de sublime adoración aquel niño divino, esperanza y consuelo de la humanidad.

El buey inclinaba la cabeza y con su aliento procuraba templar el frío del pesebre.

Los ángeles adoraban al recién nacido; el techo del establo resplandecía, como si estuviera salpicado de brillantes; y los conciertos celestiales vibraban en el espacio con suavísimas melodías.

La llegada de los pastores vino á interrumpir el éstasis de María; arrodillados y vertiendo lágrimas de placer le presentaron sus humildes ofrendas.

La Virgen Madre las aceptó conmovida hasta el fondo de su purísima alma; tomó en brazos á su hijo y permitió besáran sus pies aquellos primeros creyentes, que en el exceso de su alegría unieron los cantos de su fé á los acentos de los ángeles.

Y al día siguiente, esparcidos por toda la comarca, repetían:

—¡El Hijo de Dios ha nacido en el establo de Belén!

Hombres, mujeres y niños acudían, como bandadas de golondrinas, y se prosternaban ante la Virgen, solicitando humildemente besar los pies del Salvador.

Las ofrendas sobrepujaban á los deseos de la santa familia; pero, tal era la voluntad con que las ofrecían, que rehusar alguna hubiera sido una ofensa.

La felicidad de los cielos inundaba el alma de María y se trasmitía á su santo esposo. ¡Con qué delicia veían al niño rodeado de fervientes adoraciones! Verdad es que eran de seres pobres, como ellos, pues los ricos y orgullosos no se cuidaban de interrogar cuál era la causa de las peregrinaciones al establo de Belen: mas no por esto se alegraban menos los sencillos pastores; el reino de Dios está prometido especialmente á los pequeños y humildes de corazón.

—Hoy no te refiero más, dijo la madre, porque ayer descuidamos mucho el cumplimiento de los deberes que nos hemos impuesto, y ántes que el placer es el noble y santo ejercicio de la caridad. Sírvate lo que has oído, para que el único objeto de tu vida sea buscar á Dios. ¿No te conmueve la fé ardiente de los pastores? Esto mismo debemos hacer con una constancia, que nunca se desmienta.

«Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura, dice el Señor.»

—¿Y cómo se busca á Dios, madre mia?

porque si sólo se tratára de andar, ¡cómo iría yo al establo de Belen!

—Verdaderamente, Ángela, es preciso caminar sin descanso en las virtudes y adelantar siempre. La luz de la fe, con las inefables dulzuras de la esperanza y el ejercicio de la caridad nos aproximan á Dios, todo lo que la criatura puede acercarse al Criador.

Aunque el camino de la ermita á la hacienda era largo, se abreviaba con los consejos y reflexiones de la buena madre; despues del desayuno, fueron á la choza, y convertidas en enfermeras, pudieron conseguir que la abuela y la nieta se decidieran á tomar algun descanso.

Profundo silencio reinaba; el anciano dormía y su agitada respiracion levantaba las mantas que le cubrían.

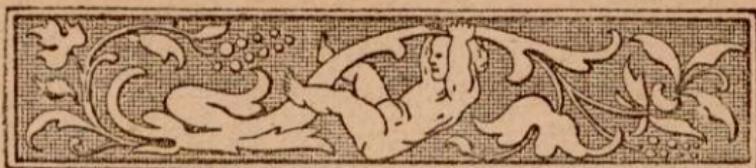
Ángela, sentada en un escabel á los piés de su madre, meditaba.

—¿Qué piensas? le preguntó muy quedito María.

—En que esta pobre choza me recuerda el establo de Belen, y creo que, si cerrára los ojos, vería al niño Dios.

—Pues bien, ciérralos y medita ó sueña.

La niña apoyó la frente en las rodillas de su madre y sólo esta quedó atenta y cuidadosa al lado del enfermo.



## DIA XII.

—¡Cuan hermosa es una alborada de primavera!

Sobre el cielo azul y diáfano brillaba el sol, cuyos rayos daban visos de oro á los pajizos techos de las cabañas y á las cimbradoras copas de los árboles. Grandes moles de vaporosa niebla se elevaban del fondo de los valles y heridas por la luz reflejaban los brillantes colores del íris; pero, según avanzaba el astro-rey en su majestuosa carrera, desvanecíanse en el espacio y caían sobre el verde terciopelado de las hojas salpicándolas de rocío.

Ángela y su madre contemplaban con placer el magnífico cuadro que presentaba la naturaleza.

—Deberías reñirme, querida madre, dijo la niña, pues la primera vez que he tratado de buscar á Dios en el ejercicio de la caridad, me dormí junto al pobre enfermo.

—Dios no te pide más de lo que tu tierna edad puede hacer.

—Creí, repuso Ángela entre risueña y confusa, que ibas á castigar mi descuido de ayer, con privarme hoy, de oír la continuacion de la historia de la Vírgen.

—Sería un castigo injusto y no te tengo acostumbrada á ellos; léjos de eso creo que hoy podré referirte más, pues acaba de nacer el sol, hemos hecho la novena, oído misa y estamos solas.

### ADORACION DE LOS REYES.

Un acontecimiento extraño é inesperado había producido la turbacion y la alarma en la opulenta Jerusalem.

Sus moradores vieron con asombro, pocos dias despues del nacimiento del Salvador, descender de los montes una brillante caravana que se dirigía á la ciudad.

El terror corrió con rapidez; un rey como Herodes, que sabe es aborrecido, siempre teme una traicion; las nuevas llegaron hasta él, cuando se hallaba entregado al delirio de sus infames placeres; y como nada hay más cobarde que un tirano, el que era cruel hasta un extremo inconcebible, temblaba sin saber dónde ocultarse.

Las guardias del palacio se doblaron;

los envilecidos cortesanos del odioso monarca se estremecían bajo sus mantos de púrpura y oro, y los centuriones recibieron orden de rodear al rey á la menor apariencia de peligro.

Mientras tanto, la caravana se acercaba: guerreros con magníficos trajes y hermosos caballos abrían la marcha, llevando trompetas de oro y lujosas enseñas; seguían después muchos esclavos negros en corpulentos dromedarios, que levantaban sus cabezas y apresuraban el paso, al sentir próxima la llegada y el descanso.

Tres graves personajes, en cuyos vestidos de púrpura y oro se habían agotado todos los primores de la riqueza y el arte, caminaban en soberbios corceles rodeados de su brillante comitiva; dos de ellos, cuyas barbas como nieve les descansaban sobre el pecho, tenían las venerables frentes ceñidas con hermosas coronas de oro; el tercero, más joven, más vigoroso, envuelta la cabeza en los dobles pliegues de un turbante rojo y blanco, que hacía destacar admirablemente su tez negra como el ébano: precedíanlos niños esclavos que llevaban cofrecillos de oro y madera de sándalo.

Antes de llegar á Jerusalem se detuvieron, y mientras los servidores levantaban tiendas y estendían en ellas ricas alfombras

de Persia, los tres nobles extranjeros, acompañados de algunos esclavos, pasaron las puertas y pidieron ser conducidos á presencia del monarca.

Herodes, más tranquilo en vista de que venían casi solos, consintió en recibirlos, no sin rodearse de su guardia, para tener el triste privilegio de ser temido, ya que no podía ser amado.

La entrevista de los cuatro soberanos fué solemne.

—Herodes, dijo Gaspar, el más anciano de los extranjeros, venimos de lejanas tierras, para adorar al rey de los judíos; ¿dónde podremos hallarle?

Un terrible presentimiento hizo al monarca sentir el frio del temor hasta en la médula de los huesos, pero hábil en el arte de disimular, respondió:

—Ignoro lo que me dices; ¿quién es ese, que llamas rey de los judíos, cuando el único soberano del pueblo de Israel soy yo?

Gaspar movió negativamente la cabeza, y Baltasar añadió:

—El que venimos buscando para adorarle no eres tú; es un Dios niño que acaba de nacer en carne mortal y cuyo nacimiento ha sido anunciado por los profetas desde el principio de los siglos.

—Precisamente os han engañado con

falsos vaticinios; si en Judea hubiera nacido el rey que buscáis, ¿podría ignorarlo el soberano?

—Ninguna lengua humana, dijo Melchor, que hasta entonces había guardado silencio, nos ha dado noticias del Dios niño; escucha y creerás como nosotros. Estamos en los tiempos designados por el Altísimo, para que se cumplan los oráculos de los profetas: revelaciones misteriosas del Eterno llegaron á nuestras almas, en el silencio del estudio y la soledad, para hacernos comprender que la maravilla, tanto tiempo esperada, se ha realizado.

Entonces, guiados por una estrella, antorcha luminosa y divina que el Altísimo ha encendido para dirigir nuestros pasos, hemos emprendido el camino. Los montes y los valles de nuestros países se han perdido en el horizonte y ni el más leve disgusto se ha deslizado en nuestras almas. Pero, al divisar á Jerusalem, la estrella ha desaparecido, y creyendo llegado el término de nuestro viaje, hemos levantado las tiendas y venimos á que nos digas, dónde está, el que ha nacido rey de los judíos.

Herodes se estremecía de cólera y no sabía qué responder; ¿quién podía ser aquél niño, que desde la cuna amenazaba su trono?

—Nada sé, murmuró al fin, pero con-

vocaré á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, y ellos disiparán nuestras dudas.

Al instante fueron convocados, y cuando, despues de leer las Santas Escrituras, levantaron las frentes, todos dijeron:

—«El Mesías ha nacido en Belen de Judá.»

Herodes, rencoroso y cobarde, despidió á los reyes con mil protestas de amistad.

—Id, les dijo, buscad al niño y cuando le hayais encontrado, enviádmelo á decir, para que yo tambien vaya á adorarle.

Los reyes se pusieron en camino, y desolados con no ver su estrella, marchaban sin saber á donde, mientras las torres de Jerusalem se confundían con la bruma de la tarde, y el sol se ocultaba en su lecho de arreboles.

De pronto, un grito de alegría recorrió todas las filas.

—¡Hé allí nuestra estrella!! gritaron los primeros que la percibieron.

En efecto, brillante con su luminosa cabellera, hermosa como ninguna, la estrella de Oriente volvía á guiar á los viajeros.

La alegría les hizo adelantar con rapidez; desconocían el terreno, pero, ¿qué importaba? la estrella había vuelto á aparecer y seguía su curso por el firmamento, que no

empañaba ni la más ligera nube.

Cuando menos lo esperaban, se detuvo, vaciló un instante y bajó, como impelida por el soplo del Altísimo, sobre las ruinas de un palacio, iluminándolas con suavísimos resplandores.

— ¡Allí es! se decían unos á otros.

Y con las agudas espuelas desgarraban los flancos de los caballos, impacientes por llegar.

El establo resplandecía con la aureola que rodeaba al Salvador.

Ya había sido circuncidado el tierno niño y las primeras gotas de su preciosa sangre vertidas por amor á las criaturas debían producir admirables frutos de caridad. Llamábase Jesús, como había mandado el Angel del Señor.

María, hermosa y feliz, sentada en un monton de heno, estrechaba contra su corazon aquel hijo adorado, y cerca de ella José no se cansaba de contemplarla. Algunos pastores, arrodillados ante la Vírgen madre, adoraban humildemente á Jesús.

La rojiza claridad de muchas antorchas que traian los esclavos, hizo á María levantar sorprendida la frente, que inclinaba sobre el niño. El ruinoso pórtico del establo apenas bastaba para dar paso á la régia y magnífica comitiva.

Graves, solemnes, llenos de sublime fé, los tres reyes entraron y se prosternaron ante la Vírgen: aquella humilde criatura, vestida como las mas pobres mujeres del pueblo, resplandecia, engrandecida por la sublime dignidad de Madre de Dios.

Medio levantada del heno que le servia de único descanso, les presentó el niño con el noble ademan de una princesa de la real casa de David.

Lágrimas de felicidad bañaron como rocío del cielo las mejillas de los tres monarcas, sin que acertaran en mucho tiempo á separar sus ojos de aquella madre, cuya hermosura tenia celestiales resplandores, así como del niño que radiaba en sus brazos.

Presentáronle los misteriosos dones que le llevaban: incienso como á Dios, oro como á rey y mirra como á hombre.

Despues de haber fortalecido sus almas con ver, al que habia venido *á cambiar la faz de las naciones*, salieron del establo y advertidos en sueños por el cielo, huyeron de Herodes y se restituyeron á su tierra por otro camino (1).

— ¡Cuántas maravillas! dijo Ángela, al

---

(1) Evangel. de S. Mateo, cap. 2.

notar que su madre guardaba silencio, ¡qué feliz sería la Santa Vírgen, al ver adorado á su hijo, no sólo de humildes pastores, sino de poderosos reyes!

—Esta fué la última vez de su vida, en que la pompa del mundo llegó hasta ella; desde el solemne dia de la adoracion olvidóse de todos los esplendores de la tierra y se dedicó al cuidado del tierno Salvador.

—¡Quién hubiera podido estar á su lado para evitarle los trabajos de su pobre existencia!

—Ya que tu buen deseo es imposible, no cometas culpas que ofendan á su divino hijo, y cree, que así se le quitan sus mas crueles dolores: no olvides que en el valle de la vida, parece que todas las flores que tratamos de presentarla han de tener alguna espina de ingratitud que lacére su amoroso corazon; procura que, las que llesves á sus piés, no las tengan jamás.

La esposa del enfermo, que aprovechando un momento en que este descansaba venía á rogar por él á su bendita patrona, interrumpió la conversacion: madre é hija la acompañaron en su plegaria, y concluida ésta, bajaron reunidas, para llevar al que sufría el consuelo de su presencia y los dones de la caridad.



## DIA XIII.

¿Dónde hay sentimiento más dulce y hermoso que el de la fe para el alma cristiana?

Ella consuela sus amarguras, porque ofrece bienaventuranza á los que lloran, hace breves las horas del dolor y alumbra la oscura noche del desaliento.

Así pensaba María, mientras contemplaba la antigua cruz, que parecía estender sobre su cabeza una sombra protectora.

Angela acababa de formar delante del altar de la Virgen una alfombra de flores deshojadas, combinados maravillosamente sus brillantes colores, y muy satisfecha de su trabajo salía de la ermita.

La impaciente mirada de la niña y una tierna sonrisa que envolvía un mundo de súplicas, hicieron que María empezára así su narracion.

## PRESENTACION DEL NIÑO EN EL TEMPLO.

El primer cuidado de la Santísima Virgen al salir del establo de Belen fué presentarse con su divino hijo en el templo.

¡Cuán admirable fué en esta ocasion la humildad de María! exenta del cumplimiento de la ley por su alta dignidad de Madre de Dios, quiso no obstante someterse á ella y el Eterno aceptó su humillacion, como un nuevo diamante para la inmortal corona que le estaba reservada.

Era todavía invierno, pero el aire se entibiaba, como sintiendo la proximidad de la primavera y la nieve empezaba á derretirse, cuando la santa familia salió de Nazareth para trasladarse á la casa del Señor.

María abrigaba al niño en los dobles pliegues de su manto. José llevaba las palomas del rescate.

Cuando llegaron, un santo anciano, llamado Simeon, entraba al par de ellos en el primer patio del templo; al ver al niño, trémulo y vacilante levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Ya puedes, Señor, dejar morir en paz á tu siervo, porque mis ojos han visto el Salvador prometido de Israel.

Despues, sus manos temblorosas tendi-

das á la Vírgen madre parecian suplicarle le permitiese tomar en sus brazos al Mesías deseado; María condescendió á su mudo ruego y por algunos instantes el helado pecho del anciano se templó con el suave calor, que irradiaba el divino sol de justicia.

Estremecióse Simeon profundamente, y sus ojos, que no acertaba á separar del tierno infante, se volvieron á María llenos de lágrimas.

—¡Oh, mujer! exclamó, este niño, nacido para salvacion de muchos, hará que pase tu corazon un dolor agudo como el filo de una espada.

María sintió al escuchar esta lúgubre profecía una pena imposible de explicar. Desapareció el color de sus mejillas: palpitante y trémula, fijó sus ojos en Jesus, como si temiera perderlo en aquel momento, y abundantes lágrimas bañaron su rostro pálido, pero lleno de sumision á la voluntad de Dios.

Ana la profetisa se acercó al grupo que formaban Simeon con el niño en los brazos, María dolorosamente conmovida y José, cuyo venerable rostro expresaba tambien honda pena al ver á Jesús; transportado su espíritu, empezó á alabar al Señor en altas voces y salió del templo para anunciar el nacimiento del Mesías á todos los que esperaban la redencion del pueblo amado de Dios.

José tomó al niño y se dirigió con él á la sala de los primogénitos: el sacerdote que debía recibirle, hombre material á pesar de su elevado ministerio, ni aun puso atencion en el divino infante.

Las palomas fueron ofrecidas en sacrificio; la ley estaba cumplida y los santos esposos se retiraron.

El recuerdo de la profecía de Simeon quedó indeleble en el alma de María, para amargar todos los goces de su amor de madre, como la arena de un lago enturbia el agua al más leve movimiento.

—¿Concluiste ya? preguntó Ángela tristemente conmovida.

—Sí, hija mia, el haber velado anoche hasta muy tarde al enfermo, ha hecho que despertemos harto avanzado el dia; los rayos del sol caen sobre nosotras como torrentes de fuego y sabes que mi salud es delicada. Despídete de nuestra tierna Madre y vamos.

Angela suspiró, pero se apresuró á obedecer.





## DIA XIV.

—Ayer, querida hija, decía María, no me sentía muy buena, y esta fué la causa porque no añadí algunos consejos á lo que te referí.

La humildad de la Santa Vírgen debe ser el ejemplo que imites siempre; al humilde no solo le están prometidas todas las felicidades del cielo, sino que en la tierra su vida es dulce y apacible, como la corriente de un arroyo, que solo encuentra flores en su camino.

La mujer altanera es odiosa á todos y hace desgraciados á cuantos la rodean: la buena y sumisa es corona de sus padres, espejo de su esposo y dechado de sus hijos.

Escúchame ahora y compadece á la hermosa *Estrella del mar*, porque las aguas de la tribulacion empiezan á crecer.

## HUIDA A EGIPTO.

### DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

La noche envolvía el mundo en el misterio de sus sombras.

En la humilde morada de José y María reinaba profundo silencio y dulce tranquilidad.

Después de un día de rudo trabajo, José dormía con el sosiego del varón justo: sus ensueños le mostraban al niño rodeado de luces celestiales, esperanza de los hombres, gloria de los cielos y salvación de Israel.

La voz del ángel vibró segunda vez en su oído.

— Levántate, José, decía el celestial mensajero, toma al niño y á su madre, huye á Egipto y permanece allí hasta que el Señor te mande volver. Herodes busca á Jesús para quitarle la vida.

Y desapareció.

Como el peregrino, que despierta al primer rugido de la tempestad, sacude sus entumecidos miembros y trata de ganar con su rapidez el tiempo que perdió en el descanso; José, activo siempre que se trataba de obedecer á Dios, no murmuró una queja contra el feroz tirano; y preparó inmediatamente la

marcha sin despertar á María, pues queria dilatar, cuanto pudiera, la justa alarma que iba á sentir la pobre madre.

¡Cómo hubiera deseado José sufrir solo el dolor de ver en peligro al divino infante!

Sin perder un momento, ensilló el asno, llenó de agua algunos odres de cuero, reunió pan y dátiles, únicas provisiones que en su pobreza tenían, y dispuesto todo, se dirigió á la habitacion donde descansaba María, para participarle el peligro y la necesidad de ponerse en camino al instante.

La Virgen dormia; estrechado á su pecho y ceñido con sus brazos, el niño mezclaba á la de su madre la respiracion tan leve que apenas se percibia. Una lámpara derramaba sobre este divino grupo débiles resplandores.

José indeciso, no acertaba á turbar aquella dulce tranquilidad; al fin dominó su emocion, despertó á María y le comunicó el mandato del Angel.

Sorprendida y aterrada, pero humilde y obediente, *Ella* levantó al cielo sus ojos, para pedir fuerzas al único que podia dárselas: ocultó en su regazo al niño, cuyo dulce sueño continuaba y se puso en marcha.

La débil claridad de las estrellas apenas bastaba para mostrarles los mil peligros del camino: ¿quién pudiera pintar sus angustias?

el rumor de la brisa, el paso de un reptil sobre las hojas secas, uno solo de los mil ruidos de la naturaleza helaba de terror estos dos corazones, tan puros y amantes del tierno ser, que Dios habia confiado á su cariño; por todos lados temian ver aparecer los terribles sicarios de Herodes.

Las primeras luces del alba les sorprendieron dolorosamente: hallábanse en un sitio agreste y solitario, un bosque de palmas y sicómoros se estendia á su derecha; en él buscaron refugio y se ocultaron en lo más profundo y áspero de los matorrales, que se enlazaban á los robustos troncos de los árboles.

El musgo suave y crecido dió blando asiento á los fugitivos; reparadas sus fuerzas con el descanso y los pobres alimentos que llevaban, oraban á Dios con toda la efusion de sus almas, pidiendo que les fuera dado salvar al inocente Jesus.

¡Qué dia tan largo y qué angustias tan continuas! ocultos entre el verde follage, como un colibrí en su perfumado nido, solo á repetidos milagros del Altísimo debieron no caer en manos de sus perseguidores; semejantes á las ráfagas de una tempestad, escuchaban á veces el galope de los caballos y las voces de los soldados, María llena de terror, estrechaba al niño contra su pecho y ni un suspiro salia de sus labios, blancos como hojas de azucenas.

La noche vino á devolverles la esperanza. Los santos esposos tenian destrozados sus corazones con las angustias del terrible dia, pero sacaron fuerzas de su misma afliccion y siguieron buscando caminos estraviados y sendas impracticables, donde cada piedra ó cada grupo de retamas les parecia un enemigo.

En los dias siguientes, apenas se atrevian á descansar, deslizábanse por arboledas espesas y el lecho seco de los torrentes, y cuando desfallecian de cansancio, buscaban una cueva ó un matorral, y allí esperaban la próxima noche.

Sobre un viejo tronco la Santa Vírgen reclinaba su hermosa cabeza y solia dormir un sueño leve é interrumpido por sus maternales angustias. José desprendia suavemente el taleh de sus hombros y con él abrigaba á la madre y al hijo; el varon fuerte y justo permanecia en pie, atento, cuidadoso, siempre dispuesto á ver de lejos el peligro y proteger las dos existencias, que el Altísimo le habia confiado.

Mientras que, con su pronta obediencia salvaban José y María á Jesus de las iras de Herodes, los feroces guardias de éste cercaban á Belen. Sorprendidas las madres se veian arrancar de los brazos sus tiernos pequeñuelos, y trémulas de horror, fijos sus ojos sin lá-

grimas en los feroces verdugos, miraban sin ver, aquellas cabecitas que tan amorosamente besaban, rodar por tierra, separadas de los cuerpos, que eran su alegría y su orgullo. Luchas horribles con la soldadesca, súplicas que hubieran ablandado las piedras y no hacían mella en sus corazones, más duros que el diamante, precedían á la muerte de cada mártir.

¡Qué horroroso espectáculo presentaba Belen de Judá! Las casas estaban abandonadas; las calles regadas con la sangre de tantos inocentes niños y con sus miembrecitos rígidos y helados; llantos y gemidos se oían por todas partes, y las madres locas de dolor, ó se arrojaban sobre los despojos de sus hijos, ó corrian por los campos pálidas y desmeledadas, exhalando terribles alaridos para implorar la venganza del cielo sobre el infame y cruel soberano.

Como una banda de chacales, despues de atacar á una caravana, huye al antro de sus bosques, los soldados cumplida su sangrienta mision recobraron sus caballos y huyeron.

—¿Ha parecido *ese* que llamaban Rey de los judíos? preguntó el odioso monarca al jefe de la horrorosa expedicion.

—Solo puedo asegurarte, señor, que desde reciennacidos hasta la edad de dos años,

no queda vivo un niño en Belen y sus cercanías.

Entonces respiró libremente Herodes, creyóse asegurado en el trono y durmió tranquilo, sin pensar en los terribles cargos que tendría ante el tribunal de la justicia de Dios.

Mientras tenían lugar estos tristes sucesos, los santos esposos se reunieron en Gaza á una caravana, para hacer juntos la terrible travesía del desierto de Sahara.

Imposible es decir los martirios á que les sentenciaba su pobreza; si viajando con toda comodidad hay que sufrir el tormento de la sed, el ambiente de fuego que ahoga, y mil terribles privaciones; ellos, que iban confundidos con los más pobres y con los esclavos, ¡qué no deberían padecer! Cuando, despues de caminar dias eternos sobre arena tan abrasadora como la lava de los volcanes, la caravana hallaba á su paso uno de esos oasis, que la misericordia de Dios sembró en el desierto como las pasajeras dichas en la vida; entonces los magnates y poderosos agotaban, durante largo tiempo para sí y su servidumbre, las puras linfas del fresco manantial; y solo cuando despues de satisfechos estendian sus fatigados miembros á la sombra de las palmeras, permitian llegar á los infelices, en cuyo número se encontraba la santa familia.

Tras de estas breves delicias, volvian las

angustias del calor, la sed ardiente y la estension sin fin de aquel mar de arena pronto á encrespar sus terribles olas con el impetuoso aliento del Simoun.

Pero ¡ánimo! ¡ánimo! las primeras señales de vegetacion se perciben; el aire es más fresco y los camellos le aspiran ruidosamente; la caravana exhala entonces gritos de alegrías y José y la Santa Vírgen bendicen á Dios.

—¿No ves, Ángela, cuán digna de compasion es nuestra madre? El amor de todas las criaturas reunidas no podría compensar una gota de su llanto.

—¡Si supieras qué angustia he pasado mientras que hablabas! A cada momento temia que los soldados encontrasen á la santa familia.

—No habia llegado la hora del sacrificio y la piedad de Dios se estendia sobre sus cabezas, como una ejida salvadora.

—¡Cuántas lágrimas derramarían las pobres madres de los otros niños!

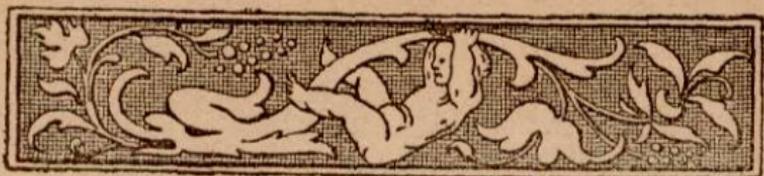
—La obediencia á Dios nos evita todos los males; en el silencio de la conciencia muchas veces se digna hacernos oír su voz, ¡felices si obedecemos á ella y desgraciados si no la escuchamos.

No dejes de pensar en esto y pongámo-

nos yá en camino; Rosa nos espera y en la cabaña del enfermo tambien está vacío nuestro lugar.

Angela se despidió de la Vírgen y se alejó preocupada con el recuerdo de sus angustias y dolores.





## DIA XV.

Las campanas de la ermita cantan con sus lenguas de metal las alegrías de la casa de Dios.

¡Auras de primavera, vosotras tomáis sus ecos, los perfumáis con las flores de las riberas y esparcidos por todas partes llevan consigo la alegría.

Los montañeses llegaban presurosos á la misa de accion de gracias: era Domingo, dia consagrado al soláz que hace ligero el trabajo de la semana. Un monte de flores, hábilmente dispuestas, adornaba el altar; el incienso perfumaba el ambiente y los cirios labrados difundían dulces resplandores.

Cuando en medio de un religioso silencio empezó la santa misa, una armonía dulcísima é inesperada despertó ecos en todas las almas. María había hecho llevar su piano y acompañaba á Angela con melodías sua-

ves, como el susurro de la brisa entre las hojas de los árboles.

Todos los corazones latieron con un mismo y religioso impulso; todos los ojos se llenaron de lágrimas, el sacerdote imploraba la bendición del Altísimo y daba gracias por la salud de Rosa.

Esta se hallaba arrodillada en primer término ante el altar; tenía puesta su falda encarnada y negra y una mantellina que le bajaba hasta la frente. Un magnífico ramo de rosas y azucenas eran la ofrenda de su gratitud.

Los acordes del piano se extendían como torrentes de armonía, sonoros y fuertes unas veces y perdidos otras como el canto de las aves y el murmullo lejano de las fuentes; era un encanto dulcísimo, que hacía sentir á los rudos montañeses delicias desconocidas y transportes de felicidad imposibles de describir.

Jamás misa alguna ha sido oída con más recogimiento y devoción: cuando elevaban sus ojos del santo sacrificio, veían la hermosa y pura imagen de la Virgen, envuelta en aureolas de luz y nubes de incienso y no había unos labios que no murmuraran súplicas, ni un corazón que no ansiara volar hacia ella.

La misa concluyó lentamente; las últi-

mas vibraciones del piano y las postreras frases del himno que cantaba Angela se perdieron en el espacio, y un profundo silencio siguió á ellas.

María y su hija salieron de las primeras de la ermita y se sentaron al pié de la cruz; en breve, las rodearon las jóvenes montañesas y muchas otras personas.

Las alabanzas que dejaban escapar todos los lábios, mortificaban la humildad de María y le hacían temer se enorgulleciera Angela.

La llegada del anciano sacerdote dió nuevo giro á la conversacion y aumentó la alegría de las buenas gentes.

Cuando le rodeaban para demostrarle su sincero afecto, tomó un aire jovial y exclamó:

—Hijos, id á esperarme en la era del tio Roque; tengo en mi poder socorros que os pueden librar de muchos apuros y miserias. Como sé las necesidades de cada uno, le he destinado la cantidad que sus trabajos requieren. Dad gracias á Dios, á la santa Patrona y al alma compasiva que os presta auxilio.

No se engañaron los montañeses sobre el origen de aquel consuelo, y mil bendiciones pagaron á María su caridad.

—Id, hijos míos, le dijo ella, y haced

buen uso de lo que vais á recibir; Dios nos mira, procuremos que en el gran libro de la eternidad nuestras acciones aparezcan siempre en páginas blancas.

Y esta tarde os espero en la hacienda; las frutas del huerto desean ya que las quiten, y al pié de los álamos podeis hallar algunas horas de solaz y recreo.

Rodeando al sacerdote, descendieron los feligreses por la colina, tan alegres como las aves que se cruzaban en numerosas bandadas.

Angela los seguía con sus bellos ojos azules; cuando los accidentes del terreno se los hicieron perder de vista, María dijo así:

### LA SANTA FAMILIA EN EGIPTO.

La tierra del destierro se presentaba á los ojos de los viajeros como un panorama encantador; y sin embargo, lágrimas de sentimiento surcaron sus mejillas.

Rodeada de una rica vejetacion que se manifestaba en frondosos bosques, inmensas praderas y deliciosos jardines, adornada de magníficos edificios, ceñida como por una banda de plata con las aguas del Nilo, Helio-polis parecia convidar á los desterrados con cuantas delicias pueden anhelar las criatu-

ras; pero, en vano los afligidos esposos buscaban entre tantas maravillas algo, que se asemejara al lago azul de Tiberiades, á las faldas cubiertas de árboles del Hermon y á las cumbres del Líbano vestidas con el eterno sudario de sus nieves.

Al pasar la santa familia bajo los arcos de la puerta de la gran ciudad, donde Moisés vió la luz primera, los ídolos de los templos temblaron sobre sus pedestales de oro; el poder del infierno se estremecía al sentir la proximidad del Hijo de Dios.

Amargos y dolorosos fueron los primeros tiempos de su estancia en Egipto para los pobres nazarenos. José buscaba trabajo con el afán que el sediento busca la fuente de agua cristalina; felizmente no tardó en hallarlo, y empezaron días mas serenos.

Su destreza, su honradez y el exacto cumplimiento de sus deberes hicieron, que muchas personas le confiasen el cuidado de componer y renovar los aperos de su labor. José no escaseaba las vigiliass, con tal que María y el niño pudiesen tener el mas leve descanso, y todos sus afanes se compensaban, al acariciar sobre sus rodillas á Jesus, ó recibir las inocentes muestras de cariño que le prodigaba el Verbo de Dios.

Mientras José cumplia con su dulcísima mision, Jesus crecia y era el encanto de cuan-

tos llegaban á contemplarle: el rio en cuyas espumas flotó la cesta de mimbres con el elegido por Dios, para librar al pueblo de Israel de la tiranía de los Faraones, vió dar en sus orillas los primeros pasos al Salvador de los hombres, el Mesías prometido desde el principio del mundo.

La educacion de su hijo, santa y difícil ocupacion de las madres, era para María inagotable fuente de dulzuras: Jesus comprendia con maravillosa lucidez cuanto la religion enseñaba y María adaptaba á la tierna inteligencia del niño. Sus palabras caian como gotas de esencia en aquella alma divina para quien no habia nada que se ocultára, pues le estaba concedido leer en el misterio de los siglos tan claramente como en el fondo de los corazones.

El interior de la pobre vivienda resplandecía con el órden admirable, que la santa Vírgen conservaba siempre en ella; y sin embargo de sus continuas tareas tan infatigable era, que hallaba tiempo de aumentar con su trabajo el producto de los de José.

Sentada en una reducida habitacion, perfumada con el ambiente de las flores que cercaban la casa, María habia recordado las delicadas labores, aprendidas en sus primeros años, y del lino de Pelusa hilado en finísimos tejidos, formaba con oro costosas galas, que

los mercaderes pagaban á ínfimo precio y vendían á peso de oro á las egipcias ricas, las cuales las lucían con orgullo sobre sus trajes de púrpura y riquísimas estofas.

Regularmente, todas las tardes buscaba la santa familia, en largos paseos por el campo, descanso á sus afanes y soláz á su espíritu. José y María hablaban de Nazareth, llenos de lágrimas los ojos y de sollozos el pecho. Jesus buscaba entre las cañas y juncos, ó el musgo que alfombraba el suelo, flores para María, que la tierna madre le pagaba con sus amantes y dulcísimas caricias.

Delante de ellos pasaba á veces alguna opulenta egipcia, rodeada de esclavas y llena de joyas, galas y perfumes; quizá el precioso velo en que se envolvía, era obra de la Santa Vírgen; y sin embargo, ni una mirada concedían al divino grupo, en que se recreaban los ángeles.

María veía las pompas del mundo con la misma indiferencia que se ven pasar las nubes por un cielo azul y diáfano; su corazón, su alma, todo su ser lo absorbía el tierno niño, que jugaba á sus pies ó se recostaba en su regazo.

· · · · ·  
— Qué hermoso ejemplo nos dá hoy la reina de los Angeles; ¿lo has comprendido bien, Angela? dijo María.

—Creo que sí: contenta con su pobreza, nada ambicionaba, ni el ver la opulencia de los demás mortificaba su hermoso corazón.

—No te has equivocado y este santo modelo debe regir tu conducta durante la vida entera; al presentarte en sociedad acompañada de nosotros, quizás traten de penetrar en tu pecho y envenenarlo las serpientes de la envidia, la más ruin y abominable de las pasiones. ¡Cuántos crímenes ocasiona y qué sello tan terrible deja en el miserable corazón que la abriga! Si el aspecto de un lujo, superior á tu clase y estado, hiere tus ojos, piensa en la Santa Vírgen, la más pura y adorable de las criaturas, la madre de Dios y de los hombres; recuerda, que ella no tenía más joyas que su pureza inmaculada y celestial hermosura; que su único adorno era la humildad y su mayor delicia cumplir con los deberes que Dios le había impuesto.

Concluidas estas palabras, María y Ángela se alejaron de la ermita.





## DIA XVI.

—Voy á consultarte, querida Madre, dijo la niña, en esta mañana una peticion, que me hicieron ayer Rosa y las demás muchachas. Algunas palabras que dije respecto á la Santa Vírgen, han despertado sus deseos de saber la divina historia, que cada dia me refieres, y me han suplicado que les repita todo lo que me cuentas; ¿me crees capaz de ello?

—Espero, hija mia, que la Vírgen te iluminará.

—Segun eso, ¿lo apruebas y me lo permites?

—Con mucho gusto, y te advierto además, que nuestros paseos á la ermita serán diariamente dos en vez de uno.

—¡Qué me place! exclamó Ángela, llena de alegría.

—Es preciso hacerlo así, porque el calor aumenta y la vuelta es ya demasiado pe-

nosa: la misa se dirá al alba y podemos estar en la hacienda poco despues de nacer el sol; á la tarde daremos un nuevo y delicioso paseo, renovaremos las flores marchitas del dia y continuaré mi narracion.

—¿Y, cuándo te parece que empiece á contarla á mis amigas?

—Desde hoy que se lleven á casa sus labores, y despues del desayuno trabajaremos todas á la sombra del emparrado; cuando olvides algun detalle de lo referido, yo te lo recordaré, y en llegando al fin de lo que sabes, ellas nos acompañarán aquí. Entretanto, procura poseerte de lo que vas á oír, para que puedas trasmitirlo del mismo modo.

## LA VUELTA DE EGIPTO.

### PÉRDIDA DEL NIÑO JESUS.

Siete años trascurrieron, cuyas horas habian sido tristemente contadas por María, cuando el Angel del Señor comunicó de nuevo la voluntad del Altísimo á la santa familia.

—Levántate, dijo á José, toma al niño y su madre y vuelve á Nazareth: los enemigos de Jesus ya no existen.

¡Con qué alegría comunicó José á su esposa la venturosa nueva! Jesus, obediente y

sumiso á ellos, les ayudó en los preparativos de marcha, segun sus tiernas fuerzas permittian, y unidos á una caravana, volvieron á atravesar el desierto.

Despues de los incalculables trabajos de aquel mar de arena, los viajeros avistaron, como un canastillo de flores y verdor, la bendita tierra de Canaan. El diáfano cielo de Galilea y sus azules montañas les llenaron el alma de alegría; y por fin, Nazareth apareció á sus ojos como el oasis en el desierto y la playa en medio de los horrores de la borrasca.

Apenas algunas personas les vieron, la noticia cundió con rapidez. «Hé ahí, decían, á José, que vuelve con su esposa María y el hermoso lirio de Judá ya crecido, que dá gozo mirarle.»

Entonces María Cleofás, hermana de José, María la madre de los hijos del Zebedeo y otras muchas parientas y amigas salieron á su encuentro; y mientras los hombres procuraban averiguar, multiplicando preguntas á José, cuál habia sido la causa de su precipitado viaje y larga ausencia, las mujeres llenas de alegría, acariciaban á la Santa Vírgen y á su tierno hijo; el cual, adornado de mil gracias infantiles, inspiraba á pesar de ellas involuntario respeto.

Los ojos de Jesus, aunque velados por

largas y sedosas pestañas, no se fijaban en una criatura, que se atreviese á sostener su mirada mucho tiempo.

José contempló con profunda tristeza su casa en ruinas, por el abandono y las injurias del tiempo; pero sin proferir ni una queja, empezó á repararla. Jesus le ayudaba en lo que podia y la Vírgen madre procuraba con incansable actividad unirse á las tareas de su esposo é hijo.

Por fin, brillaron horas de paz y de tranquilidad para la santa familia; concluyóse de renovar la casa, y la vida dulce y retirada empezó con sus horas iguales y benditas.

A la par que de dia en dia se desarrollaba Jesus, su hermosura crecia hasta un estremo inconcebible. Las madres se lo mostraban unas á otras y suspiraban en secreto; ninguno de sus hijos, por hermosos que fueran, le aventajaba.

¡Con cuanto amor le acariciaba María, con qué veneracion le enseñaba José!

Inclinado sobre el banco del trabajo de su padre adoptivo, sus manos celestiales labraban la madera al par de él: las gotas de sudor brillantes como perlas brotaban de la frente del hijo del Eterno y caian sobre los groseros trozos para darles inmenso y preciosísimo valor.

Durante las noches templadas y delicio-

sas, la santa familia se reunía bajo el verde emparrado, pues sombreaba la puerta de su casa; y mientras á la luz de la luna José preparaba el trabajo del siguiente dia y la Virgen Madre daba vueltas entre sus dedos delicados al huso cargado de lino, Jesús, reclinada la cabeza en las rodillas de María, dejaba vagar su mirada en el espacio, siguiendo la carrera del astro nocturno y se embebía en alta y silenciosa contemplacion, como si buscase á través del azulado cielo el rostro del padre omnipotente, cuyas miradas solo *Él* podía soportar.

¡Horas de purísima y celestial ventura, en que los corazones de José y María en la tierra y los ángeles en el cielo adoraban á el verbo de Dios, tan inmenso y tan humilde á la vez!

Acercábanse solemnes fiestas en Jerusalem y todas las familias nazarenas se disponian á el piadoso viage. José y su esposa, deseosos siempre de cumplir sus deberes religiosos, reuniéronse á sus parientes y amigos, y al nacer la aurora de un hermoso dia, emprendieron el camino de la ciudad santa.

Formando grupos y distraidos en graves conversaciones los jefes de familia abrian la marcha, seguian las madres y esposas y pasando de unos á otros como una blanca nube de mariposas, los hijos, tiernos niños ó hermo-

Los adolescentes, entretenían el cansancio del camino con los encantos de su risa é inocente alegría.

Descollando entre todos, como el lirio entre el musgo de los prados, Jesús admiraba por su extraordinaria hermosura y celestial inteligencia. Aquellos niños, de donde más tarde habían de salir el mártir del Calvario y muchos de los fieles discípulos, que sellaron con su sangre la verdadera doctrina, atraían de continuo la atención de las amorosas madres.

Una tarde al ponerse el sol, divisaron por fin los viajeros, las torres de Jerusalem.

De todas partes acudían á las fiestas del Señor y el campo se veía cubierto de caravanas. Al pié de las higueras silvestres y los grupos de palmeras descansaban muchas familias y celebraban el banquete de despedida, pues al entrar en la ciudad y dedicarse al cumplimiento de los religiosos ritos, debían los varones separarse de las mujeres, hasta la terminacion de la festividad.

¡Mujeres de Jerusalem! ¿por qué os reunís en grupos y seguís con los ojos llenos de lágrimas á esa mujer pálida, cuyo rostro expresa una angustia inexplicable, cuyas palabras son gemidos y que solo al verla se comprende el inmenso dolor que la acongoja?

María al reunirse con su esposo, para

emprender nuevamente el viaje, concluidas las sagradas ceremonias, había creído hallar con él á Jesús ¡y cuál no fué su sorpresa y martirio al saber, que ignoraba su paradero! Las últimas tintas del crepúsculo se perdían en el cielo y María vagaba por Jerusalem, sin saber donde iba; cuanto divisaba un niño corría á él, y un profundo gemido del corazon anunciaba su desengaño. Las lágrimas velaban sus mejillas; su pecho elevado por mil sollozos se agitaba, como las olas del mar; y José, que comprendía aquel dolor sin nombre, se asociaba á él y vertía silencioso llanto.

—Hijas de Sion, decía María á las mujeres que hallaba al paso; ¿habeis visto á mi hijo? Es un niño hermoso, como el lucero de la tarde y lleva una túnica color de jacinto y un taleh azul.

Las mujeres movían negativamente la cabeza y al ver su desconsuelo, murmuraban:

—¡Pobre mujer! ¡pobre madre!

Tres dias de horribles angustias llevaban María y José, y durante ellos, no habían tenido ni un momento de descanso y tranquilidad. Las ideas más terribles destrozaban el lacerado corazon de la infeliz madre; ¿donde podía estar Jesús? ¿habría perecido víctima de la saña de sus implacables enemigos?

Atravesaba una ancha plaza, sin que sus ojos se fijasen en ningun objeto, cuando una palabra pronunciada al acaso le dió el primer rayo de luz.

—Vamos al templo, hermano, decia un hombre á otro, yá estará allí el niño Profeta.

Mas ligera que la flecha lanzada por el robusto brazo del arquero, María se precipitó hácia el templo. Sus piés apenas podian sostenerla, pero el aire de la esperanza habia oreado sus lágrimas.

Un espectáculo estraño é imponente se presentó á sus ojos: rodeado de los doctores de la ley, que le escuchaban admirados, estaba Jesus, esplicándoles con divina lucidez las sagradas escrituras, en todo lo que tenia relacion con el reino de Dios y el nacimiento del Mesías.

Ni el más leve rumor turbaba el solemne silencio, en que vibraban sublimes y magníficas las palabras del hijo de Dios; las frentes llenas de arrugas y las barbas encanecidas en el estudio se humillaban ante la elocuencia de un niño hermoso y rosado, cuyos largos cabellos acariciaban el precioso óvalo de su rostro en el más hechicero desórden.

—¡Hijo! exclamó de repente una mujer llena al par de inmenso dolor y delirante alegría.

Jesús volvió hácia su madre la tranquila

y poderosa mirada y al conocer en su semblante los tormentos que había sufrido, enmudeció.

—¿Dónde estabas? añadió ella balbuciente, ¿no sabes lo que hemos padecido?

Por un instante, la majestad de Dios resplandeció en el niño.

—¿A qué buscarme? repuso, ¿no sabeis que es preciso me ocupe en todo lo que concierne á mi Padre celestial?

Pero, al notar el dolor de su madre, se humilló como hijo sumiso y una sola de sus miradas consoló á la dulce María.

Levantóse Jesús con profundo asombro de los doctores y siguió á sus padres.

Pocas horas despues emprendieron el camino de Nazareth y Jesús vuelto á ser el niño grave, pero dulce y afectuoso que había sido siempre, se reunió al grupo de sus compañeros, olvidado al parecer de la terrible y altísima mision, que le había sido confiada por el Eterno, entre las criaturas.

—Vamos, Ángela, dijo María al llegar aquí; ¿qué nos enseña hoy la santa Vírgen en su amarga tribulacion?

Ángela, sorprendida trató de contestar, balbuceó y no le fué posible.

María la miraba sonriendo.

—Verdaderamente, añadió, no sé por

qué te pregunto esto, pues son tantos los ejemplos que nos dá, que difícilmente hubieras podido fijarte en uno. En primer lugar, debemos buscar á Dios con tanto afan, cuando tenemos la desgracia de perderle, cometiendo una falta grave, como la Santísima Virgen buscaba á su hijo; además, la humildad y modestia de Jesús y la obediencia á su madre, deben ser los modelos del cristiano, que desée practicar la virtud.

—Todo esto lo pensaba, mientras te oia; pero, cuando me hablaste, lo olvidé como por encanto.

—Con tal que no lo olvides en tu conducta, te perdono esta ligera distraccion.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en el umbral de la ermita, desde donde, acabada una corta oracion de despedida, tomaron el camino de su morada.





## DIA XVII.

Si las mañanas eran deliciosas ante la humilde capilla de la Coronada, la tarde primera se presentaba bajo un aspecto, quizás mas hermoso.

El sol llegaba á su ocaso y enrojecidas las olas con la refraccion de la luz, le asemejaban á un mar de fuego; bandadas de aves pasaban en busca de sus nidos y el rumor de la brisa en los pinares formaban dulces y estrañas melodías.

—Madre mia de la Coronada, decía Angela; ¡qué contenta estoy de haberte visto dos veces en este dia!

—Hoy mereces un cariñoso abrazo, le dijo su madre; te he escuchado con mucho gusto referir á las buenas montañas la concepcion y natividad de la reina del cielo, lo que me prueba la atencion que has puesto en cuanto te dicho.

—Si lo hubiera olvidado; ¿como lo imitaría?

Los elogios de su madre alhagaban tanto mas á Angela, cuanto menos acostumbrada estaba á ellos; así es que, llena de alegría la abrazó y por algunos instantes el rumor de sus tiernos besos se unió á las armonías de la naturaleza.

Al fin María separándola suavemente, la sentó á su lado y empezó así:

### MUERTE DE SAN JOSÉ.

Como un lago rodeado de flores, donde jamás cae una piedra, que enturbie su límpida superficie, la vida de la santa familia pasaba igual un dia á otro, llenos todos de delicias desconocidas á los mortales y estrechando cada uno de ellos los lazos que unian aquellas almas.

Jesús, jóven y vigoroso, evitaba trabajo á su padre adoptivo; le rodeaba así á él como á María con todos los esmeros de su amor y los breves ratos de descanso que se permitía, meditaba en la gran obra de la redencion del mundo.

No era ya el tierno adolescente, que enseñaba en Jerusalem á los doctores de la ley; era un hombre paciente, sufrido, hermosísimo, cuyas miradas avasallaban los corazones y cuyas palabras caian en ellos como el rocío de la primavera. El amor y el respeto

que le profesaba José no tenían límites; y ¿quién acertará á pintar la ternura de la Santísima Vírgen?

Sus ojos, fijos siempre en Jesus, leían en aquella divina frente las sombras de mil tristes y solemnes pensamientos: con amoroso afán le sorprendía en sus solitarios paseos, y cuando una leve sonrisa del hijo trataba de consolar el temeroso corazón de la madre, entonces aumentaba su pena, porque comprendía que las horas de prueba se acercaban; y que niño, ella podía haberle servido de escudo con su cuerpo, pero hombre, nada le era posible hacer.

José, espíritu purísimo, alma consagrada enteramente al amor del divino Salvador de los hombres, comprendía también, que las Sagradas Escrituras iban á tener un pronto cumplimiento y se estremecía al pensar en ser testigo de uno solo de los sufrimientos de Jesús.

Dios, al ver este temor en el corazón del pobre anciano, tuvo piedad de él y determinó llamarle á sí.

El ángel de la muerte había estendido sus alas, negras como la noche, sobre la humilde casa de Nazareth.

José postrado en su lecho y velado por Jesús y María veía llegar su último instante con la tranquilidad del justo, lleno de fé y es-

peranza en la misericordia de Dios.

Misteriosos resplandores iluminaban la hermosa y serena frente del moribundo, Cuando sus ojos llenos de amor y bondad descansaban tiernamente en la blanca azucena de Nazareth, la bendita Virgen María, que activa y silenciosa multiplicaba sus cuidados para el santo Patriarca, su corazón se elevaba al cielo en un éxtasis de ardiente gratitud. Dios le había elegido para esposo de su hija predilecta y padre adoptivo del Verbo Eterno, las divinas virtudes de ambos sembraron de flores el camino de su vida: ¿qué eran todas las felicidades de la tierra comparadas con las que él había disfrutado?

Cuando los sufrimientos crecían, Jesús tocaba la frente del moribundo y al contacto de sus manos celestiales, este sentía en todo su ser una calma bienhechora. Apoyado en el hijo adoptivo, viendo cerca del suyo aquel rostro, cuya contemplación es la mayor felicidad de los bienaventurados, escuchaba sus dulces y consoladoras palabras que le llenaban de alegría y como el niño, á quien se le muestra un panorama encantador, anhela por él, admiraba las grandezas del Eterno y suspiraba por las inefables venturas del paraíso.

Y sin embargo, ¡qué amarga confusión sentía el pobre carpintero al comparar sus

imperfectas virtudes con la grandeza de Jesús y la celestial inocencia de María! ¡cómo abultaba la humildad sus defectos y llenaban sus ojos lágrimas de dolor!

Jesús, que leía en el corazón del anciano, le tranquilizaba y la pasajera nube huía ante su divina y poderosa voluntad.

Iba á ponerse el sol en una tarde de primavera y sus postreros rayos bañaban de resplandores la frente de José. Entreabrió sus párpados, sobre los que pesaba ya el hielo de la muerte, tendió una mano á María, que lloraba silenciosamente junto al lecho, y le dijo con la espresion de la más bondadosa ternura:

—¡Dios omnipotente y misericordioso te dé fuerzas para cumplir tu dolorosa mision!

Despues dirigió su lánguida mirada á Jesús, que amorosamente le sostenía y balbuceó:

—Permitidme, Señor, que por última vez os dé el dulce nombre de hijo, y bendicidme en esta hora suprema.

Cerró los ojos, mientras la bendicion del Redentor descendía sobre él; dibujóse en sus lábios una tierna sonrisa y reclinado, como estaba sobre su pecho, entregó su alma inocente y purísima en brazos de aquel, que había bajado del cielo para salvar á las criaturas.

Las lágrimas de Jesús bañaron la frente venerable de José, las de María sus manos heladas; ¿qué criatura, antes ni despues de él, ha tenido tan dichosa muerte, como el humilde carpintero de Nazareth?

Solos estaban Jesús y María, pero despues que la lámpara de difuntos arrojaba sus trémulos resplandores sobre el tranquilo y pálido rostro de José, llegaron algunos amigos y parientes. Los gemidos y las lágrimas llenaban la casa, mientras se envolvía y perfumaba el cadáver. Jesús y su madre aunque llenos de dolor, no se apartaron del santo patriarca, hasta que la tierra del sepulcro se estendió sobre él.

¡Cuán amarga y dolorosa es la soledad, cuando alguno de los séres queridos de nuestro corazon es llamado ante el supremo Juez! Jesús y María silenciosos y tristes necesitaron muchos dias para hallar algunos instantes de consuelo.

¿Cómo olvidar á José tan bueno, tan humilde, tan amoroso, dechado de cuantas perfecciones puede reunir la criatura?

Jesús continuó los trabajos del santo Patriarca; y la falta de aquel, que tanto les había amado, estrechó aún más los lazos entre la tierna madre y el divino hijo.

La noche había estendido sus velos y

solo alumbraban á la santa imágen dos lámparas y algunos cirios entre las flores. Ángela con los ojos llenos de lágrimas y su madre profundamente conmovida á los recuerdos de la muerte de S. José y el dolor de la Virgen, emprendieron el camino, guardando triste silencio.

Apenas habían dado algunos pasos, encontraron á el anciano sacerdote.

—¿Y Juan Pedro? le preguntó María, como siempre que le hallaba.

—¡Ah, Señora! respondió, mis temores se han realizado; hace una hora que ha muerto.

—¡Pobre familia! murmuró María; ¿vamos á verla, Ángela.

—Tengo miedo de los muertos, repuso muy quedito la niña, yo no quisiera verlo.

—Preciso será que venzas esa repugnancia, le dijo la amorosa madre, mientras el sacerdote, que acababa de despedirse se alejaba; nunca como ahora necesitan consuelos aquellos infelices, ¿y dejaremos de llevárselos por tu pueril temor? Verás como la alegría de cumplir con tu deber, en memoria de la Santa Virgen, te dá ánimo.

Ángela resignada, si no convencida, siguió hasta la cabaña de Juan Pedro.

La abuela, la nieta y otras dos pobres mujeres lloraban en silencio, sentadas en el

suelo á la entrada de la choza; en el interior dos hombres, de los cuales el uno era hijo y el otro yerno del difunto le velaban.

Al presentarse María, el dolor de la viuda fué más expansivo; Ángela, cuyas lágrimas corrían sin sentir las, se arrodilló en el umbral y rezó por el eterno descanso del pobre anciano.

Cuando hubo acabado, echó sus brazos al cuello de la muchacha y trató de consolarla.

—No llores, pobrecita, le decía; mi madre quiere que te vengas con nosotras á la hacienda y allí te consolarás. Pasearemos todos los días en la huerta; te llevaré al palomar verás los pichones comer en mis manos, y las gallinas, que, cuanto me asomo á la puerta del gallinero, me rodean, como pidiéndome granos de trigo; comerás fresas y albérchigos, que están ya maduros, y por las noches jugaremos con una hermosa muñeca, que mueve los ojos, las manos y los piés.

La muchacha devolvía besos por besos y lloraba sin responder.

—¡Ay, Señora! decía la anciana; qué pesar tan grande me tenía guardado el Señor al cabo de mis años; cuánto más valía que se hubiese acordado de mí, vieja y achacosa como estoy, que ni sirvo de nada, ni tengo donde arrimarme, pues mis hijos son tan pobres

como yo, y no de él, que á pesar de sus cuatro duros de años, manejaba la azada y podía ganarse un pedazo de pan.

—Dios, repuso María, lo ha dispuesto, como ha sido su santa voluntad; alabada sea para siempre.

—Alabada y bendita, repuso como un eco la viuda en medio de sus lágrimas.

—No se cuide V. de nada, prosiguió María, sino de pedir al Eterno por el pobre que ha perdido. Desde mañana, tienen ustedes en la hacienda un asilo, donde no carecerán de cuanto les sea necesario y pueda yo proporcionarles.

—¡Ah, Señora! bendita sea V. mil veces y Dios se lo pague!.

Alejáronse, despues de rezar en coro con las montañasas por el eterno descanso de aquel, que solo esperaba ya en la misericordia de Dios.

La luna había aparecido y torrentes de plateada luz inundaban el camino; las emanaciones de los bosques llenaban el ambiente de penetrantes aromas y esos mil rumores del campo en las noches de primavera, esparcían encantos en aquella tranquila soledad.

—¡Madre! exclamó Ángela completamente tranquila: ¿sabes, que todo es más temible, visto de léjos que de cerca?

—Sucede con frecuencia, hija mia, que

las circunstancias porque atravesamos, especialmente si son desagradables, toman á nuestros ojos tan gigantescas proporciones, que nos parece imposible poderlas dominar; pero, hagamos lo que esta noche con la visita del pobre Juan Pedro, acercarnos á ellas con entera confianza en Dios, y los obstáculos que el miedo nos pone, desaparecen completamente. Ya ves, que poco trabajo nos ha costado sembrar el consuelo en aquellas pobres almas afligidas, y la esperanza en corazones casi desesperados por la debilidad, la vejez y la absoluta falta de recursos. Si hubiésemos ido mañana con la luz del sol, para que no tuvieras temor, habrían pasado diez ó doce horas de angustias horribles; y no sabes, Ángela, que largo es el tiempo cuando se sufre. Verdad es, que continúan llorando por su padre y esposo á quien amaban, pero al mismo tiempo, esperan un pedazo de pan que, hace un momento, no sabían dónde poder hallar.

—¡Qué triste debe de ser eso, madre mía!

—¡Dios te libre por su misericordia de saberlo jamás!

Las voces de las muchachas, que corrían en una era, disiparon las últimas sombras de la pura frente de Ángela que, previo el permiso de su madre, se reunió con ellas, para participar de sus juegos; mientras María,

sentada en un ribazo, pensaba en la infinita bondad de Dios, que nos ha otorgado la alegría, cubriendo lo porvenir de velos impenetrables.





## DIA XVIII.

Cuando la naturaleza se prepara al descanso, predispone el espíritu á la más grata meditacion. Sin darse cuenta de ello, Ángela y su madre dirigían sus miradas á la Vírgen y se entregaban á las dulzuras de una contemplacion amorosa y tranquila.

—Habla, querida madre, dijo la niña despues de un largo silencio; para ser enteramente feliz me hace falta oír tu voz y admirar las virtudes y sufrimientos de esa otra madre mia, tan buena como hermosa.

—¿Hasta donde referiste hoy á tus amigas, mientras yo acompañaba á la viuda de Juan Pedro durante el entierro de su marido?

—Hasta los desposorios; verdad es, que cuando volviste de la choza, no había hecho más que dejarlo.

—¡Dios mio! ¿es posible? estuviste hablando la mañana entera.

—Y sin cansarme; ¿pero vás á empezar, no es verdad?

La respuesta de la madre fué anudar así su narracion:

### DESPEDIDA DE JESÚS Y MARÍA.

Un año despues de la muerte de José, Jesús participó á su madre, que había resuelto marchar y dar principio á su predicacion.

Este anuncio fué para María, como un rayo que cayera al lado del viajero, desde el cielo puro y sin nubes. El dolor le destrozó el corazon, como un leon al indefenso cordero; y sin embargo, no se abrieron sus lábios para murmurar una súplica, ni una queja.

Era una tarde serena; las rosas exhala-  
ban suavísimos perfumes, y un tapiz de verde terciopelado, sembrado de mil preciosas florecillas, cubría el camino, por el que marchaban Jesús y María, silenciosos ambos y entregados á mil tristes pensamientos.

La vírgen madre á cuya clara inteligencia se presentaban de antemano todas las angustias, luchas y dolores que debía sostener el Hijo de Dios, experimentaba tan inmensa congoja, que pudiera compararse con la agonia de la muerte. Jesús, que sondeaba con sus divinos ojos los más ocultos sufrimientos de aquel corazon, que entero le pertenecía,

apénas pronunciaba una palabra; pues sabía, que cada una de ellas, sería para la pobre madre, recuerdo de dolor infinito.

Acercábase la hora de una separacion, que llenaba de amargura indecible dos almas tan estrechamente unidas. El hijo del Eterno amaba á su madre, como sólo podía amar *El*.

Estaban léjos de Nazareth y aislados enteramente en un espacio rodeado de arbustos y rosales silvestres. Era la hora misteriosa, en que las últimas tintas del dia luchan con las sombras de la noche y se esparcen en el horizonte vapores cálidos y nieblas transparentes. Algunas estrellas salpicaban el cielo, color de plata, y en lontananza se perdían las colinas en una atmósfera rojiza y luminosa.

¡Madre! dijo al fin Jesús, y su voz vibró melancólica, como las arpas de los profetas que predecían la ruina del templo del Señor.

¡Hijo mio! respondió como un eco la amorosa y afligida madre.

¿Qué siguió á estas palabras? Solamente los ángeles en el cielo y las flores en la tierra, únicos testigos de ellas, hubieran podido decirlo.

¡Cuántos temores; qué divina conformidad con la voluntad del Eterno; qué humildad la de María! ¡Qué grandeza la de Jesus!

Adios, madre, le dijo en fin, no temas; no sufras, la hora no ha llegado.

¡Ay! verdad que aún no habia llegado! pero el temor de ella destrozaba el alma de María, desde la presentacion del niño en el templo. Pálida, trémula, sin aliento ni fuerzas para dirigirle una palabra le vió alejarse, lento, majestuoso, envuelto en su taleth, descalzo y descubierta la cabeza.

Tendidos los brazos hácia aquel sér de su sér, que se perdia entre las sombras del crepúsculo, María sin voz, turbios los ojos del llanto, cayó sobre una piedra y cuando no pudo distinguir á su hijo en toda la estension del terreno que alcanzaba su vista, se envolvió la cabeza con su velo y derramó todas las lágrimas, que aquel intenso dolor arrancaba de su corazon.

El alba la sorprendió en el mismo lugar; cuando los rayos del sol inundaron la llanura, levantó los ojos al cielo, creyéndose juguete de un sueño horrible.

Estaba sola; su hijo, su Dios habia marchado; José, cuya respetuosa ternura tantos consuelos le prodigó, dormia en las tinieblas del sepulcro.

Afligida con tan tristes pensamientos, emprendió el camino, y débil y quebrantada llegó á su casa.

En ella la esperaban nuevos dolores; las herramientas con que trabajaba su hijo, obras medio acabadas por sus celestiales manos, el

lecho donde reposaba las cortas horas de descanso que se permitía, hasta la atmósfera de gloria que le rodeaba siempre, parecía percibirse.

María Cleofás y la otra María entraron, y al ver la ausencia de Jesús comprendieron el dolor inmenso y mudo de la madre; lloraron con ella y procuraron acompañar su soledad.

En tanto, Jesús recibía el bautismo en las orillas del Jordán, de manos de Juan, el hijo de Isabel y Zacarías.

Cuando el precursor le vió llegarse á él para ser bautizado, como uno cualquiera del innumerable pueblo que acudía á regenerarse con el agua sagrada, se conmovió de asombro y respeto; y el que con santo valor hablaba hasta á los reyes y poderosos de la tierra, solo pudo balbucear.

¿Quieres ser bautizado, Jesús mío? ¿por ventura, el que está sano, tiene necesidad de médico, ni el que está limpio, precisión de lavarse?

El cielo entero contempló con asombro la humildad y grandeza de Jesús, y mientras el Espíritu Santo le envolvía durante su bautismo con una aureola de purísimas luces, la voz del Eterno, majestuosa y sublime, pronunció estas palabras:

«He aquí mi hijo amado y el objeto de todas mis complacencias.»

María, lleno su corazón de angustia, supo que Jesús se había internado en las desnudas montañas cercanas á Jericó, para prepararse con la meditación y el ayuno á la grande obra de la redención. Ella contó en noches interminables y en días tristes y eternos todos los sufrimientos de Jesús durante su rigurosa abstinencia, y temblaba al considerarle solo, perdido en desiertos estériles y agobiado por el peso del pecado de Adán, disponiéndose á borrar sus terribles consecuencias.

Pero, cuando ménos lo esperaba, el hermoso semblante de Jesús volvió á iluminar la triste casa de Nazareth. María no podía creer su felicidad.

Mas ¡ay! la vida de agitación había empezado y Jesús no podía detenerse, sino breve tiempo. Pocos días despues de su llegada, una nueva ausencia cambió en lágrimas los tiernos transportes de María.

Del lago de Tiberiades eligió Jesús entre pobres pescadores los primeros discípulos y fieles amigos, que le rodearon hasta su muerte.

Como el aire arrebatado hasta el cielo los torbellinos de polvo, una agitación extraordinaria seguía los pasos del humilde nazareno; María temblaba á cada nueva, érale imposible vivir así; ¿qué hacía sola en Nazareth llorosa y estremecida de continuo? ¿no era

mejor seguir de cerca el hijo adorado, que sufrir léjos de él? Los enemigos, que le persiguieron en la cuna, habian muerto; pero otros y mas terribles podia hallar en su camino. ¿Por ventura, el hijo de Herodes, mas cruel y sanguinario que su padre, no ocupaba el trono de Israel? ¿no debia ella velar en la sombra, y si todo pasaba, como anunciaban los profetas, al menos acompañarle y consolarle hasta el último momento?

Por desgracia, estas ideas estaban léjos de tener pronta ejecucion; y en tanto, retraida María en la soledad de su casa, lloraba de continuo y pedía á Dios apartára todos los males de la divina cabeza de Jesus.

La madre de Ángela inclinó la frente y guardó silencio.

—Pero, madre mia, dijo la niña; ¿cómo podia vivir la Santa Vírgen con tantas penas?

—La mano de Dios la sostenía y le daba fuerzas para sobrellevarlas todas; tú no sabes cuanto puede sufrir el alma, que se apoya en su criador y que solo á él confia sus dolores y demanda consuelos.

Levantáronse al concluir estas palabras, y despidiéndose de la Vírgen, marcharon llevando en sus almas el suavísimo recuerdo de aquellas horas tan felices como tranquilas.



## DIA XIX.

—Jamás olvidaré estas hermosas tardes, murmuraba Angela con la mirada fija en la imágen que desde su asiento veía; verdad es, reina y señora, que lloro al escuchar tus angustias y martirios ¡pero es tan consolador este llanto!

Su madre, velando con una dulce sonrisa la emocion que le causaban estas palabras:

—Escucha todavía, la dijo; pues lo que has oído, no tiene comparacion con lo que te resta que saber.

### MARÍA DURANTE LAS PREDICACIONES DE JESUS.

La segunda llegada de Jesus á Nazareth puso en alarma al pueblo entero; los nazarenos, que tenian cubiertos los ojos con el tupido velo de la ignorancia, no veian en

Jesus, sino al hijo del pobre carpintero, y por una extraña dureza de corazones, al par que donde quiera hallaba Jesus discípulos y creyentes, en Nazareth todos eran incrédulos, que con desdeñosas sonrisas de desprecio acojian sus doctrinas.

Perseguido por la mala voluntad de los ingratos y libre de ella por un milagro, Jesus se alejó de Nazareth, pronunciando aquellas palabras que han llegado á ser proverbiales en todo el mundo:

*Ninguno será profeta en su pátria.*

A su salida de Nazareth, Jesus tomó el camino de Cafarnaum; allí fué á reunirse con él su madre, que habia dejado el hogar, temblorosa como una paloma que abandona el nido por primera vez. Pero la estrella languidecia léjos del sol que le daba luz; María Cleofás la acompañaba y algunos discípulos legaron poco despues.

Entonces fué, cuando á la faz de los cielos y de sus fieles amigos en la tierra, María recibió el bautismo de manos de su propio hijo, y desde aquel dia fué en pos de él sin aventurar jamás una súplica ni una frase que descubrieran los temores que atormentaban su puro y amante corazon.

El milagro de las bodas de Canaan, verificado á ruegos de la santa Vírgen al principio de la predicacion, había sido seguido de

otros muchos, en número tan infinito de contar, como las estrellas del cielo. A la voz de Jesús se aplacaban las tempestades, y las turbas, atraídas por la sabiduría y hermosura del jóven profeta, elevaban á su paso murmullos de bendiciones y plegarias. Pero ¡qué extraño era! los cojos y paralíticos sanaban, los ciegos recobraban la vista, los leprosos la salud, los poseidos del demonio se veían libres de él y hasta la muerte abandonaba su presa ante la voluntad divina de Jesús.

Lázaro y la hija de Jairo unían sus voces á los ecos de la multitud y así como ellos publicaban su poder, la Cananea y la Samaritana alababan su misericordia.

En tanto, doce elegidos formaban en rededor de Jesus una cadena de corazones fieles y nobles sentimientos. Simon deja sus redes para seguirle; los hijos del Zebedéo se consideran dichosos, cuando el Señor les llama. Mateo abandona sus riquezas, y todos le tributan los más tiernos homenajes de respeto y amor.

Una noche cenaba Jesus en Betania, en casa de Simon el leproso, cuando una mujer jóven y hermosísima se llegó á él con un vaso de alabastro lleno de un precioso perfume, sacado de las espigas del nardo.

Arrodillóse ante el Salvador, y le bañó los piés en el costoso aroma mezclado con

sus lágrimas; despues trató de enjugarlos con su velo y sus destrenzados cabellos, rubios como el oro.

Los discípulos murmuraban entre sí:

—¿A qué fin este desperdicio? ¿no podía haberse vendido esa esencia á subido precio y darse de limosna á los pobres?

Jesus les reprendió con celestial dulzura:

—¿Por qué molestais á esta mujer? les dijo; lo que acaba de hacer conmigo es una buena obra, porque siempre tendreis á los pobres con vosotros; pero á mí no siempre me tendreis. El derramar ella este bálsamo sobre mí, es ungirme para ser sepultado. En verdad os digo, que donde quiera que sea predicado este Evangelio, se cantará tambien en alabanza suya lo que acaba de hacer (1).

Despues, dirigiéndose á la pecadora arrepentida, que era hermana de Lázaro y de Marta, y que sin levantar la cabeza lloraba sin consuelo, le dijo con majestuosa dulzura: te son perdonados tus pecados: tu fe te hizo salva: vete en paz.

Desde aquel dia, la hermosa Magdalena, la mujer frívola y vana, se convirtió en humilde y penitente; abandonó con desprecio las

---

(1) Evangelio de S. Mateo, cap. 26.

flores, las galas y las perlas; la que había sido el ídolo de todos, se humilló más que ninguna; descalza, cubierta con una túnica de lana grosera, envuelta la rica madeja de sus cabellos en una toca de lino crudo, Magdalena se presentó á María, y la Virgen purísima la amó como á una hija querida.

Cuando Jesús predicaba á las turbas, cuando les distribuía en admirables y sencillas parábolas el divino manjar del Evangelio, cuando acariciaba y bendecía á los niños, un grupo de cuatro mujeres atentas y silenciosas le escuchaban, guardando en sus corazones aquellas palabras consoladoras, en tanto que miraban la muchedumbre, temerosas de hallar en ella enemigos de Jesús.

Desgraciadamente estos temores eran muy justificados: los fariseos procuraban sembrar entre el pueblo el ódio que ellos tenían al profeta, y el pueblo, dócil siempre que se trata de hacerle servir de instrumento para el mal, murmuraba á veces; hasta que, un nuevo milagro de Jesús, volvía á llenarle de admiracion y á destruir los tenebrosos planes de sus enemigos.

En este tiempo Juan el Bautista, despues de llenar de santo entusiasmo con sus virtudes á las gentes de Betstabara, había sido preso por órden de Herodes, y para satisfacer el deseo de una mujer sin corazon, cor-

tada su noble cabeza, llevada al banquete del soberano, y ofrecida á la infame criatura que se atrevió á pedirla.

Esta noticia cubrió de llanto y luto los corazones de Jesús y María. El valle de Zabulon, el bosque de Efrain y las montañas de Gelboe conservaban aún las huellas del santo precursor de Cristo, y muchos desdichados lloraban por él, al par del Hijo de Dios y su madre.

María Cleofás, Magdalena y la otra María procuraron con su ternura consolar á la Santa Vírgen.

Las virtudes brotaban de María, como las rosas del rosal. En sus largas peregrinaciones, en sus continuas angustias, ella era la estrella del consuelo donde buscaban luz los corazones de sus fieles amigas, velados muchas veces con las sombras del desaliento y la afliccion.

—¿Es posible, Ángela, que nunca has de pedirme que cese de hablarte?

—¡Si no me canso de oírte! al contrario, quisiera saber en un dia todos los dolores de la Santa Vírgen, para en los siguientes rezarle mucho y consolarla de ellos con mis continuas oraciones.

—Dios conserve tus piadosos sentimientos y te haga comprender lo que la Vírgen

María te enseña hoy, y es que no debe ser perezosa el alma para seguir á Jesucristo. La pereza hace con las buenas resoluciones, lo que la humedad con el hierro: empieza por enmohecerle y acaba por inutilizarle.

La llegada de las montañesas interrumpió á María; cantaban el himno á la Vírgen y le continuaron arrodilladas en el umbral de la ermita.

Muy entrada estaba la noche y los pastores que guardaban sus ganados oían las religiosas armonías, que se elevaban al cielo, como un coro de espíritus misteriosos y celestiales.





## DIA XX.

—Vamos llegando, decía María, en esta tarde á las páginas selladas con la sangre de Jesus y el llanto de su bendita madre. Ellas te mostrarán lo que debemos á los dos: á el Verbo eterno por haberse sometido á sufrimientos horribles y sangrienta muerte por amor al hombre; y á la Santísima Virgen el haber padecido en el alma todos los martirios que Jesus en su cuerpo, y derramar gota á gota las lágrimas de su corazon, al par que El vertió la sangre de sus venas.

Oye, compadece y admira tanto dolor y grandeza á la vez.

## EL TRIUNFO DE JESUS.

Envuelta entre arreboles de oro y perfumada por áuras tibias y suaves, una ma-

ñana de primavera, engalanada como una vírgen el día de sus bodas, parecía esparcir la felicidad y la alegría en sus rayos de luz.

Jerusalén, la ciudad santa, despertaba perezosa como una sultana y bella como las primeras ilusiones de la vida. El pueblo vestido de fiesta y entregado á ruidosas exclamaciones de alegría, se agolpaba al camino de Betania. Las madres tomaban en brazos á sus pequeñuelos para caminar más ligeras y la ciudad quedaba desierta, cerradas las tiendas y talleres.

Estendíase la multitud en la campiña y se agitaba como el flujo y reflujo del mar, todos aguardaban con impaciencia y no había hombre que no llevase palmas ó ramos de olivo, ni mujer que no guardára en las puntas de su manto gran cantidad de preciosas y delicadas flores.

Medio ocultas al lado del camino bajo un grupo de higueras silvestres, cuatro mujeres miraban también á lo léjos y temblaban en sus ojos lágrimas que decían lo intenso de su dolor.

Eran la Madre amante y afligida, las dos Marías y Magdalena.

La bella pecadora de Magdala, medio arrodillada á los piés de María, ocultaba la cabeza bajo su manto y se estremecía sin acer-

tar con una palabra que llevára consuelos al lacerado corazón de la madre de su Señor.

—Animo, hermana, decía á ésta María Cleofás, desecha tus temores; ¿no ves ese inmenso pueblo cómo palpita por un mismo sentimiento, el amor que le inspira tu hijo? ¿qué puede valer contra ese torrente de cariñoso entusiasmo el ódio aislado de algunos infelices que se ocultan en la sombra temerosos de la luz del día?

María, sin responder, fijó en ella una mirada tan profunda y dolorosamente expresiva que la voz espiró en sus lábios y sólo pudo murmurar para sí:

—Dios eterno y misericordioso tenga piedad de Jesus y dé valor á su pobre madre.

Un largo y triste silencio siguió á estas palabras, cuando ruidosos clamores se oyeron de todos lados.

A lo léjos del camino había aparecido una modesta comitiva que lenta y solemnemente adelantaba á la ciudad.

Jesus, el hijo de Dios, el profeta admirable que sembraba por donde quiera mil beneficios y asombrosos milagros, cabalgaba en un asno sobre el que habian echado sus mantos algunos de los discípulos. Hermoso sobre toda ponderacion, brillaba su rostro con cuanta belleza se puede soñar en la criatu-

ra y majestad en Dios. A la derecha, apoyada su mano en la pacífica montura, iba Juan, casi adolescente con su cabellera rubia que en rizos naturales le caía sobre los hombros. A la izquierda Simon Pedro, grave, ceñudo, pero respirando franqueza y bondad. Jaime, hermoso, pensativo, negro como el ébano el cabello, partido sobre la frente y la barba que espesa y revuelta descansaba en su manto blanco. El otro Jaime, Felipe, Tadeo y algunos más, rodeaban al rey de los cielos y la tierra y parecían aspirar con su presencia y sus palabras, aquella fuerza maravillosa que fué asombro de las gentes y corona de su constancia.

Algo detrás de este grupo marchaba pensativo y cabizbajo, otro de los elegidos por *Aquel* que no puede equivocarse ni dudar. Júdas, cuyo corazón mordia las serpientes de la ambición y la envidia, bajaba sus ojos al suelo temeroso de que el sombrío fulgor que ardía en ellos, la contracción de su rostro y el temblor de sus labios, revelarían á el *maestro* ó á sus compañeros la odiosa traición que abrigaba ya en el alma.

Un gemido de María, al ver á Jesus marchar hácia la ciudad, hizo que Magdalena levantara sus ojos bañados en llanto. Las lágrimas corrían hilo á hilo por las mejillas de

la madre, mientras el pueblo se entregaba á los mayores estremos de alegría.

Las rosas, las palmas y las hojas de oliva alfombraban el polvo; los mantos de los hombres y los velos de las mujeres eran hollados por el asno que montaba el Salvador.

Cuando Jesus levantó su frente que se inclinaba en santa meditacion, Jerusalem estaba ante él hermosa, brillante, envuelta en los rayos del Sol como en un velo de oro, cercada de jardines, perfumada de flores y elevando al cielo los remates de su magnífico templo como símbolos de su grandeza y piedad.

El Redentor abarcó en una de sus miradas toda aquella hermosura; las lágrimas velaron sus ojos y descendieron como perlas por sus mejillas.

Vea la ruina de ciudad tan populosa, el fuego devorando sus murallas, el hacha que derribaba su templo, sus vírgenes profanadas, las madres exánimes, los hijos hambrientos y moribundos, las casas saqueadas y los hombres muertos ó esclavos.

Volvió á inclinar la cabeza y lloró en silencio.

Y los niños le presentaban coronas, las mujeres cubrian el suelo de una lluvia de flores, los hombres gritaban agitando sus palmas:

—Hossana! hossana! gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!!!

María habia contado una á una las angustias de su hijo y sentia desgarrársele el corazon, ocultóse aún más y no se presentó á Jesus; ¿á qué ofrecerle un nuevo martirio en el silencioso dolor de su madre?

La gran puerta de la ciudad apénas bastaba para dar paso á tantas criaturas; al fin, como en la garganta de un mónstruo gigantesco, desaparecieron todas en el sombrío laberinto de las calles, y el campo quedó desierto y silencioso. Sólo las áuras llevaban á oídos de la Vírgen y sus fieles amigas, el eco de las bendiciones y cánticos que acompañaban la marcha triunfal de Jesus.

Las profecías estaban próximas á cumplirse, el redentor habia entrado en Jerusalem.

Miéntras que lleno de celo por el nombre de su padre celestial arrojaba del templo á los mercaderes que le profanaban, daba salud y consuelo á cuantos se los pedian con fé viva y predicaba á la multitud que absorvia sus palabras, suaves como la miel perfumada de las sierras. Júdas, el discípulo traidor, marchaba hácia uno de los barrios más apartados de la ciudad, volviendo el rostro á cada instante como si temiera ser descubierta y seguido.

Se detuvo ante una puerta, donde sin duda era esperado, pues abrieron al punto; dijo algunas palabras misteriosas y fué introducido en un aposento donde muchos y graves personajes conferenciaban entre sí.

Eran los escribas y fariseos, miserables envidiosos que no podían perdonar á Jesus el amor del pueblo, la santidad de sus doctrinas, sus asombrosos milagros, el desprecio de las hipócritas virtudes que ellos aparentaban, el perdon de la mujer adúltera ni la resurrección de Lázaro.

¿Qué pasó entre aquellos infames de corazón tan negro como el fondo de un abismo y el discípulo traidor y miserable?

Solamente Dios lo supo entonces; pero al salir de la casa maldita, Júdas estrechaba contra su pecho un bolsillo con las monedas precio de su horrible traición; temblaba todo su cuerpo y el viento de la noche helaba en su frente las gotas de sudor que el espanto hacía brotar de la raíz de sus cabellos.

• • • • •  
—En el mundo, Angela, dijo la madre, es frecuente hallar traiciones á cada paso, pues parece que las criaturas en vez de tomar por modelo á Jesus, toman al discípulo traidor. Acariciar con una mano y con la otra buscar el sitio más seguro para que sea mor-

tal la herida, es el más repugnante y odioso de los crímenes: ¡librete Dios de cometer jamás accion tan deshonrosa y cobarde! Más bien deseo verte llorar las tristísimas lágrimas del desengaño, que sonreir despues de una traicion. ¡Desdichado el que la hace! si no ha muerto enteramente su corazon, ¡qué de remordimientos tan vergonzosos como inútiles! y si no los siente, aun más desdichado de él!

La noche y la soledad del campo daban una majestad inesplicable á estas palabras: Angela contemplaba á su madre llena de candorosa admiracion y en el fondo de su alma se estremecia al pensar en el discípulo que habia pagado con tan negra traicion las bondades de su Dios y su maestro.

—¡Virgen María! murmuraba, líbrame de parecerme á él jamás.





## DIA XXI.

—Todo el día de hoy me he llevado pensando, madre mía, cuál no debió ser el dolor de Jesús y su dulce madre al ver la conducta del infeliz que tanto debía al divino Nazareno.

—Sin duda, esta fué una de las espinas que más hirieron al Redentor durante su carrera mortal; amar con el extremo de un padre y la misericordia de un Dios, multiplicar los milagros, para que sus elegidos no careciesen del preciso sustento, enseñarles, corregirles, perdonarles, hacerse humilde como el más pequeño siendo inmenso como el infinito, y recibir este pago; ¡cuán terrible debió ser!

—Me estremezco solo de pensarlo.

—Pues bien, Angela, todos los cristianos dicen lo mismo; y muchos de ellos imitan á Judas, vendiendo á Jesús por las vanidades del mundo.

Escucha y juzga las consecuencias de esta traicion, cuya memoria hace diez y nueve siglos estremece todos los corazones verdaderamente leales y sensibles.

### LA NOCHE DE LA PRISION.

Las pocas horas de libertad que restaban al hijo de Dios las había dedicado á la cena pascual con sus discípulos amados.

La sala del convite se hallaba iluminada por muchas antorchas de odorífera cera y lámparas llenas de aceite aromático; pebeteros de oro esparcían suaves perfumes; el cordero tradicional humeaba en medio de la mesa; los servidores llenaban jarros y copas de un vino delicioso, y Jesús, humillada su dignidad ante el frágil polvo de la criatura, lavaba los piés á sus discípulos, para prepararlos al sagrado banquete.

La hermosa frente del Salvador, serena como un cielo despejado, no demostraba ni una sombra de sus dolorosos pensamientos. Profunda tristeza velaba todos los rostros; la traicion de Judas parecía esparcirse en el aire, y pesar como plomo en el pecho de los discípulos fieles.

Cuando Jesús ocupó su lugar en la mesa, permaneció absorto durante algunos momen-

tos. ¡Amaba tanto á las criaturas, que no quería separarse enteramente de ellas; y eran contadas las horas que le quedaban!

Entonces instituyó el augusto y admirable sacramento de la *Eucaristía*, extremo de su amor y grandeza á la vez. El pan y el vino, convertidos en sus divinas manos en su cuerpo y sangre, sólo por la omnipotencia de su voluntad, se repartió á los discípulos, que temblorosos y conmovidos se humillaban y recibían con lágrimas de reconocimiento este nuevo y asombroso favor.

Las palabras de Jesús, armoniosas y dulces como el canto del cisne moribundo, hacían latir de ternura todos los corazones; sin embargo, algunas de ellas estremecieron á cuantos las escuchaban.

—«En verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar.»

Y Judas, audaz como todos los traidores, tuvo valor para fijar sus ojos en los de *Aquél*, que leía en su corazón como en un libro abierto; y preguntarle, disimulando el temor que sentía:

—¿Soy quizás yo, Maestro?

—*Tú lo has dicho*, repuso el Salvador.

En tanto los demás, como heridos del rayo, se interrogaban, y á la vez recelaban unos de otros.

Concluida la cena, Jesús salió de la casa entre ellos; los despidió y retuvo consigo á Juan, Pedro y Santiago.

Iba á orar en el huerto de Getsemaní.

Judas miró la direccion que tomaban; separóse de sus afligidos compañeros, que ni aun repararon en él, y se fué á buscar á los fariseos para completar su infamia.

Como fantasmas envueltos en velos transparentes, los olivos del huerto destacaban su negra silueta á los pálidos rayos de la luna que brillaba en un cielo sin nubes; el aire cargado de penetrantes aromas rozaba los setos de zarzas floridas y oreaba la frente del Redentor y sus tres discípulos. El Hijo de Dios les mandó que esperasen; alejóse algunos pasos y se arrodilló sobre el musgo húmedo por el rocío.

Reinaba profunda quietud y la noche de primavera se mostraba en todo el esplendor de sus encantos. A pesar de sus angustias y celos los discípulos sintieron que la calma de la naturaleza llenaba de paz sus corazones; un sueño pesado les rindió y se durmieron, creyendo seguro á Jesús en aquella soledad.

Mientras, en las horas de tan dolorosa agonía, pedía Jesús á su Padre celestial hiciese pasar de Él sin beberlo el cáliz de su dolo-

rosa pasión; trataba de despertar á sus discípulos para que velasen y orasen, y el sueño volvía á rendirles; el ángel del Señor bajó del cielo á confortarlo y recojer el sangriento sudor que inundaba al Hijo de Dios.

¿Qué era entretanto de María? En la humilde morada, donde la caridad le daba generoso hospedaje, todos dormían menos ella. Agitada, llorosa, agonizante, sentía en el corazón todas las angustias que padecía Jesús en el huerto; lloraba con su llanto, suplicaba con sus ruegos, gemía con sus gemidos, y los ángeles se cubrían el rostro con las alas para no ver los dolorosos sufrimientos del hijo y de la madre.

Agrupadas en un extremo de la pobre habitación, María Cleofás y María Salomé disfrutaban algunos momentos de descanso: apoyada la cabeza en las rodillas de esta última, y el cuerpo en el húmedo pavimento, Magdalena dormía también. Una lámpara de hierro derramaba su ténue claridad sobre la hermosa penitente, cuyo sedoso cabello caía alrededor como una cascada de oro, y hacía destacar el perfil de su rostro pálido y enflaquecido y los grandes ojos entreabiertos. Al lado opuesto de ellas la Virgen, arrodillada, pasaba las horas de aquella dolorosa noche en un estado, que ni los

ángeles ni los hombres han podido comprender jamás.

De pronto, la puerta se abrió violentamente y entró Juan desconocido, pálido, cadavérico, con la vista extraviada, y bañada su frente con el sudor de la angustia; era imposible reconocer en esta criatura trastornada por el dolor á el hermoso adolescente que algunas horas antes inclinaba en el hombro de su divino Maestro la rubia cabeza, y se dormía con el tranquilo sueño del justo que descansa en el regazo del Señor. Miró á María, intentó hablar y sus labios no pudieron articular ni un sonido.

Acababa de ver la prision de Jesus; el beso del traidor que le habia entregado, la desolacion de Jaime y de Pedro, los insultos de la cohorte romana; y venia á prevenir á María, antes que otro, con menos amor que él, le comunicara la horrible nueva.

Pero ella no necesitó que el afligido joven pronunciara una palabra, sino que con un acento, que expresaba cuanto sufría, exclamó:

—¡Jesus ha sido preso!!!

Juan bajó la cabeza sin responder y gruesas lágrimas bañaron su rostro. Magdalena y las otras Marías bruscamente despiertas lloraban en silencio, al comprender la triste verdad.

—¿Y donde, donde está? balbuceaba la infeliz madre.

—Le han llevado á casa de Caifás!! pudo por fin articular el mancebo.

¡Entregarle á Caifás, el príncipe de los sacerdotes y el más terrible enemigo de Jesús, era lo suficiente para que ni un átomo de esperanza quedase á María! Secos los ojos, contenidos los sollozos y estremecido el pecho como un volcan próximo á la erupcion, dijo sencillamente á Juan:

—Llévame; quiero verle.

—Espera, María, espera, replicaba él; iré primero y veré si lo que quieres es posible.

Y Magdalena y las Marías unían sus ruegos á los de Juan y se arrodillaban ante la Virgen para impedirla salir.

—Vé, dijo ella al fin; vé, pero vuelve pronto.

Juan salió delirante, sin aliento ni fuerzas; llegó frente al palacio, habló con un guardia para que le permitiesen entrar, y en el momento en que iba á verificarlo, vió á un hombre, que envuelto en un manto lloraba silenciosamente.

Se acercó á él; era Pedro que anhelaba ver á Jesús sin esperanzas de conseguirlo; Juan le tendió la mano y el pobre anciano la estrechó tembloroso y angustiado.

Entraron juntos en el átrio, y separáronse para no excitar sospechas.

Apenas Pedro quedó solo, la indiscreta curiosidad de una criada hizo llamar la atención de todos sobre él; próximo á ser conocido aquel hombre valiente en el huerto hasta la imprudencia, tuvo un momento de incalificable debilidad, y realizó la profecía de Jesus negando con juramento ser su discípulo contra el testimonio de la mujer y de los soldados que le acusaban.

Pero, en el instante que calmadas las sospechas se alejaban, el gallo, centinela de las noches, vino á recordarle las palabras de Jesus; herido como por un rayo dirigió los ojos á su Maestro, y la dulce y piadosa mirada de Aquel le traspasó el corazón; el arrepentimiento llenó sus ojos de lágrimas y salió á llorarlas con una amargura tal, que es y será siempre ejemplo de verdadera contrición.

Juan, espantado al contemplar la conducta de Pedro, cuyo sincero amor hacía Jesus había admirado siempre, salió de casa de Caifás en pos de su divino Maestro y le faltó valor para seguir.

Transido de pena vió alejarse á la cohorte romana, colmando de insultos al hijo de Dios, que mudo y resignado iba entre ellos y sin atreverse á ser testigo, ni de los martirios

del hijo, ni de las angustias de la madre; empezó á vagar por la ciudad, sin saber á donde caminaba.

Pedro, ni aun reparó en él, hundido por decirlo así en el abismo de su pena; sólo tenía fuerzas para deshacerse en llanto. Al salir del huerto habia seguido de lejos á su Maestro, pero ahora le vió marchar sin moverse; parecía que sus piés habian echado raíces en el suelo y que el peso de su ingratitud le doblegaba hasta la tierra.

Jesús, entregado como un cordero en manos de sus enemigos, sin hallar una voz que tomara su defensa ni una mirada amiga, sufrió los interrogatorios de Anás y Caifás, las burlas de Herodes, los golpes de los soldados, las delaciones falsas, la cruel flagelacion y la impía burla de la corona de espinas.

Entanto María esperaba llorosa, estremecida, ansiosa, porque volviera Juan.

La luz del alba alumbró por fin el terrible dia del viernes. Cuando Magdalena miró á la madre de su Señor, nuevos sollozos agitaron su pecho; el dolor la habia trasfigurado durante aquella espantosa noche; era una estatua de alabastro, cuyos áridos lábios apenas podían proferir una palabra, y que solo demostraba vida en sus ojos llenos de continuas lágrimas.

. . . . .

—Las tuyas, querida hija, dijo María, deteniéndose para besar á la niña que lloraba, sean recibidas por la Santa Vírgen, como prenda de tu eterna felicidad.

Esta noche la oracion de ambas duró mucho tiempo; quizás con sus fervientes ruegos querian ofrecer á la Reina de los mártires un consuelo en sus maternales dolores.





## DIA XXII.

Por primera vez rodeaban las montañas esta tarde el grupo de la madre y de la hija; entre ellas estaba Rosa y Antonia; Angela se habia dado prisa en referir á sus amiguitas cuanto sabia, á fin de que estas pudiesen oír pronto tan interesante narracion, de los autorizados labios de su madre.

Atentas, inmóviles, apoyada la una en el cántaro que debia llenar en el próximo arroyo, y las otras en sus haces de yerba ó instrumentos de trabajo, dirigian miradas de candorosa admiracion, ya á la buena señora, ya á la Virgen de la *Coronada*.

—Hijas mias, les dijo la noble dama, Angela ha procurado haceros saber todos los títulos, que esta dulce Señora tiene á nuestro amor. Vais á escuchar angustias sin número y sufrimientos terribles; amadla tanto por ellos, como antes la habeis amado por sus virtudes, no solo en vuestro nombre, sino en el de tan-

tos infelices que ni la conocen, ni la aman.

Y despues de recogerse en meditacion algunos instantes, empezó así:

### CAMINO DEL CALVARIO.

¿Dónde estaban los habitantes de Jerusalem, que la gran ciudad parecía desierta?

Algunas mujeres, pálidas y aterradas, huian á refugiarse en sus casas; iban llorosas y afligidas; ocultaban á los hijos entre los flotantes pliegues de sus mantos y llenas de temor los estrechaban como si creyeran que habian de arrebatárselos.

El aire frio y seco, que silbaba con lúgubres gemidos, traia á veces el murmullo de clamores confusos, que parecian ahullidos mezclados de carcajadas.

Despues, volvía á reinar profundo silencio que oprimia el corazon dolorosamente.

Un jóven galileo y una mujer, en cuyo rostro se pintaba la más horrible de las agonías, desembocaron por una estrecha calle, que conducía á la puerta Judiciaria é iban á seguir, cuando los roncossonidos de una trompeta les hicieron quedar como petrificados de espanto.

Ruidoso y desencadenado como un torrente humano, Juan y María vieron entonces

precipitarse hácia ellos un pueblo réprobo que ahullaba, se retorció en carcajadas violentas, lanzaba silbidos y apuraba todos los medios que estaban á su alcance para hacer más cruel la agonía de la víctima que arrastraba al suplicio, doblegada con el peso de la cruz.

¡Dios de misericordia!! esa figura informe que lleva desgarradas las ropas, y va coronada de espinas, llena de polvo, sudor y sangre, hecho su cuerpo viva llaga, es Jesus, el hijo de Dios, el más hermoso entre los hijos de los hombres, el eterno amor, el corazón el alma de María.

Apénas la cohorte romana podia defenderle de las mil injurias que le hacían; séres odiosos, de esós que solo se ven en las conmociones del pueblo, aparecían por dó quiera como asquerosos reptiles. Sus gestos y sus gritos salvajes celebraban el triunfo de los fariseos; pero ¿dónde estaban los amigos de Jesus?

El huracan de la desgracia los había dispersado; el que recordaba los milagros del Profeta se escondía temblando, los demás habían olvidado los panes y los peces, la salud recobrada y la muerte vencida.

Al ver María á su hijo, adelantó hácia él, como un cadáver sometido á la accion del galvanismo; en aquél instante, Jesús cayó

pesadamente, y un grito inmenso, eco de mil bocas, expresion de la mayor ferocidad, resonó alrededor suyo.

Tenían miedo de que la muerte les robara su presa, antes de llegar al Calvario.

María no escuchaba ni veía más que á su hijo, herido, llagado, moribundo, y marchaba hácia él como el acero atraído por el imán, cuando un brillo extraño la detuvo.

Las picas y lanzas de los soldados formaban ante ella una muralla de acero; levantó los ojos, y su mirada expresó tal dolor que, dominados los crueles guardias, bajaron involuntariamente sus armas y la permitieron llegar junto á Jesús.

Un profundo silencio había seguido á los anteriores gritos y risas; el llanto de algunas mujeres era lo único que se percibía.

—¡Madre! murmuró Jesús con tan débil acento, que sólo pudo llegar á oídos de María.

Oprimióse la dolorida Vírgen el pecho para ahogar sus gemidos; inclinóse hácia él, separó los hermosos cabellos que la sangre y el sudor pegaban á sus sienes, y solo pudo exclamar: ¡Hijo!! pero con tan desgarrador acento, que los corazones más duros sintieron algo parecido á la compasion, y á muchos soldados se les llenaron los ojos de lágrimas.

Los sollozos de las compasivas mujeres, que seguían desde léjos la turba, llegaban al grupo del hijo y de la madre, moribundo el uno, aniquilada la otra por el dolor. Jesús, al oirlas, volvió el rostro, y con voz débil, pero que todos escucharon:

—«Mujeres de Jerusalem, les dijo, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos; si al árbol verde le tratan de este modo, en el seco ¿qué se hará?»

Los clamores de los fariseos, que temían se dejase dominar el pueblo por sentimientos más humanos, interrumpieron y ahogaron las palabras de Jesús; los golpes y las burlas empezaron de nuevo; separado con violencia de María, le arrastraron léjos de ella, y entónces la santa Vírgen se desplomó como un árbol cortado de raiz.

Juan, Magdalena y las Marías acudieron á levantarla, é iban á conducirla á su morada, cuando la afligida madre exclamó:

—Venid, hijos, vamos con *ÉL*.

Las súplicas y las lágrimas fueron inútiles; María marchó en pos de la sangrienta comitiva, rodeada de sus compañeras y de Juan.

Cuando llegaron á la montaña del Calvario, mientras que con barbárie sin igual desnudaban á Jesús y á los dos ladrones, sentenciados como el hijo de Dios al terrible supli-

cio de la crucifixion, Juan y las tres Marías condujeron á la madre casi sin aliento á un hueco que había entre las peñas, para evitarle al ménos el doloroso martirio de la vista.

Los golpes sordos y contínuos que se dejaron oír pronto, desgarraban las entrañas de María; temblaba todo su cuerpo, gotas de sudor helado brotaban de su frente; y sin embargo, no exhalaba ni un gemido; Juan se envolvía la cabeza en el manto para no oír, Magdalena y las Marías lloraban abrazadas y estremecidas.

Gritos de triunfo ahogaron los últimos golpes; María salió de la cueva y levantó los ojos á la cima del Calvario.

En aquel momento la cruz se elevaba lentamente; y en ella, desnudo, llagado, cárdeno el rostro, el hijo de Dios, bandera de paz ante la justicia del cielo, bastante para redimir á millares de mundos.

El corazon de los ingratos es un terreno árido, en que jamás fructifica la buena semilla; todos insultaban al Salvador, los hombres que le presentaron palmas y los niños que le ofrecieron coronas; el Profeta moría, sus milagros se habían olvidado.

Un grito ronco é inarticulado desgarró, al salir, la garganta de la madre; dominó, sin embargo, el inmenso dolor que la destroza-

ba, y subió la pendiente del monte seguida del jóven galileo y sus fieles compañeras.

¡Ay! la túnica del hijo, labrada con tanto amor por la infeliz Madre, se jugaba entre dos soldados, mientras los demás se repartían las otras vestiduras, manchadas de sangre y polvo.

La Vírgen separó de ellas sus ojos para fijarlos solamente en Jesus, y continuó ascendiendo: rígida y helada como una estatua de mármol, llegó á la cruz y se puso al lado derecho de *Aquel* á quien habia llevado en su seno y mecido tantas veces en sus brazos.

Juan quedó á la izquierda, mirando á su amado Maestro, y deshecho el corazon en lágrimas de sangre.

Magdalena se arrodilló al pié y se abrazó del sangriento madero. Las gotas de sangre, que derramaban las mil heridas de Jesus, caian sobre la mujer penitente, como rocío del cielo para purificar enteramente su alma.

Tan grandes eran estos dolores, dominados por los de María inmensos como la eternidad, que ni una voz se alzó para injuriosos.

En cambio los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, mezclados á las turbas, excitaban cuanto podian el ódio hácia Jesus, contando con la ale-

gría del triunfo los instantes de vida que le quedaban.

—¡Santa patrona mia! exclamó de repente Antonia; si yo hubiese estado junto á tí!!

Y su rostro inflamado, sus grandes ojos llenos de lágrimas y su nervudo brazo tendido como si amenazára á los enemigos del humilde Jesus, decían más que sus labios, cuánta impresion le hacía tan dolorosa narracion.

—¡Niña! repuso bondadosamente la madre de Angela; ¿crees tú que, si la fuerza hubiera servido de algo, el hijo de Dios no habria podido tener á su lado más de doce legiones de ángeles, para defenderle y deshacer á sus enemigos, como un puñado de aristas secas?

—¿Por qué no lo haria? murmuró Antonia, como si estudiara un problema; ¿no valía más, que hubieran muerto todos, que el Señor?

—Sin el sacrificio de Jesus no habia, segun los divinos decretos, redencion para las criaturas; la felicidad del cielo, perdida por la culpa del primer hombre, solo despues de la muerte de Jesucristo nos era permitido esperarla.

Pero venid, hijas mias: la Vírgen de los Dolores espera nuestros consuelos; vamos á llevárselos en la oracion esta tarde.



## DIA XXIII.

Con profunda atencion, que expresaba bien la ternura de sus sencillos corazones, aguardaban las montañesas, que anudara Maria su relacion del dia anterior.

Ella no las hizo esperar, sino que apenas hubo llegado empezó así:

### AL PIÉ DE LA CRUZ.

Miéntras que en medio de sufrimientos atroces derramaba Jesus gota á gota su purísima sangre, espesas tinieblas se esparcían rápidamente en el cielo, como un velo de luto, por la agonía de su creador.

El huracan, que desde el amanecer azotaba las ramas de los árboles y las hacía pedazos, habia calmado y una atmósfera pesada, ardiente, imposible de respirar, se condensaba, como una amenaza del cielo sobre aquellos séres desfigurados por espantosa alegría,

y cuyos rostros estaban encendidos de cólera como si los resplandores del infierno los ilumináran.

Cinco veces, en medio de sus dolores, los celestiales lábios de Jesús se entreabrieron para hablar; y el perdón de sus verdugos, los consuelos para el infeliz que moría á su lado, prometiéndole aquel mismo día la felicidad del paraíso, el legado de la humanidad entera á la santa Vírgen en la persona de Juan, la recomendación de aquella, que tan sola quedaba en el valle de la vida, al tierno corazón del amante discípulo, el gemido, en fin, de su intolerable agonía, en la sed que le aquejaba, todas sus palabras, aunque cortadas por su anhelante y ronco aliento, llenas de la más inefable dulzura, caían como gotas de plomo derretido en el lacerado corazón de María.

¿Qué pluma, ni qué pincel podrá jamás pintar la situación de la madre de Jesús? Su vidriosa mirada, tenazmente fija en aquel semblante, que las sombras de la muerte oscurecían por instantes, parecía ó querer absorber los dolores y tormentos de su hijo, ó comunicarle su vida; nunca mártir alguno, ni aún en medio de los mayores suplicios, ha sufrido tanto.

¡Madres que llorais al lado de la cuna

de vuestros hijos, al verles envueltos en el blanco sudario y coronados de flores, ó junto al lecho, donde tiernos adolescentes espiran con el crucifijo sobre el pecho y la sonrisa en los lábios, cercados de lágrimas y caricias! Cuando llenas de dolor mesais vuestros cabellos y os creéis las criaturas más desgraciadas de la tierra, ¿habeis pensado alguna vez en María al pié de la cruz?

No solo veía morir en un suplicio cruel y afrentoso al hijo de Dios, que era también su hijo adorado, el más humilde é inocente de los hombres, sino que asesinado y no juzgado por la implacable saña de sus enemigos, los insultos más groseros amargaban su dolorosa agonía, y cada una de sus angustias en vez de inspirar compasión daba lugar á burlas impías y carcajadas salvages.

Era cerca de la hora de nona, y las tinieblas descendieron del cielo como largos crespones; estrellas rojas brillaron semejantes á pupilas de fuego, y junto al sol sin rayos apareció cárdena y triste la luna.

La calma era completa y aterradora, ni una hoja se movía en los bosques; inmóviles las palmeras dejaban caer sus largas ramas como gigantes llenos de sombrío abatimiento. A lo léjos se oían los ahullidos de las fieras, que hacían resonar con ecos de terror el antro de sus soledades.

De repente la divina voz de Jesus exhaló un grito de suprema angustia.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó; ¿por qué me has abandonado?

Al oírle, María sintió que aun podía sufrir mas, y el llanto detenido en sus ojos descendió á raudales por sus mejillas.

Aquel gemido habia causado en todo el pueblo un estremecimiento doloroso; en vano los fariseos trataron de reanimar con sus palabras el fuego apagado de la cólera, muy pocos tuvieron el triste valor de reír y el sonido ronco y aislado de sus risas se estendió para aterrar á los mismos, que querian dar ánimo.

Triste y suave, como un suspiro, la última palabra del hijo de Dios brotó de sus cárdenos lábios.

—«¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!!!»

E inclinando la cabeza, espiró.

Un sacudimiento espantoso conmovió el monte Calvario; arrancadas las piedras de sus bases rodaban con estrépito al fondo de los abismos que se abrian en la tierra, cuyos estremecimientos amenazaban completa ruina; el fragor de los truenos, los estallidos del rayo, el huracan, que desencadenado de repente doblaba y rompía los árboles secula-

res, los clamores del pueblo que huía espantado, perseguido por el fulgor de los rayos mensajeros de la cólera del cielo, la horrible lucha, en fin, de todo lo creado, no habia sido bastante para llegar á María.

Inmóvil, mirando á su hijo con el mas inmenso y mudo de los dolores, solo á él veia y á cada movimiento del cadáver que oscilaba en la cruz por los contínuos temblores de la montaña, parecia que su corazon oscilaba tambien para arrancársele del pecho.

En medio de la densa oscuridad precipitábase el pueblo, sin saber á dónde iba; algunas voces trémulas murmuraban: «en verdad era este el Hijo de Dios;» y el choque de las piedras ahogaba estas confesiones tardías; para colmo de espanto, rotos los sepulcros y animados los cadáveres con un soplo de existencia, aparecian entre los vivos para reprehenderles su conducta.

En el primer momento de terror, Juan y Magdalena, arrebatados por el torrente humano que huía, bajaron á pesar suyo del Calvario; y en vano hacian esfuerzos por volver á él, los fugitivos los arrebataban en una carrera violenta y angustiosa.

La Vírgen María quedó sola al pié de la cruz; un viento de fuego que arrebatava su cabello y su manto, abrasaba en su rostro las

lágrimas; nada sentía, despues de muerto Jesus, ¿qué nuevo dolor podía herir á su madre?

• • • • •  
Angela y sus amigas estaban tan conmovidas que ninguna se atrevió á interrumpir el silencio que siguió á las últimas palabras de la señora.

—Hijas mias, les dijo ésta al cabo de algunos instantes; tened presente, que no solo la oracion al pié de los altares consuela á la Santa Vírgen. No hagais ofensa á su Divino Hijo; le ama tanto, que la más leve es para su corazon de madre una herida sangrienta y cruel. Sed humildes y buenas todos los dias de vuestra vida y así le evitaréis nuevos dolores.

Levantóse y se dirigió á la ermita, seguida de Angela y las montañesas.

¡Almas jóvenes y castas, orad ante la santísima Vírgen! la fuente de consuelos es fuente de amarguras! vuestra ardiente fé es el único alivio de la pobre paloma, que llora abandonada en la cima del Calvario.





## DIA XXIV.

«Venid á mí todos los que sufrís y yo os aliviaré,» dice el Señor.

Hé aquí nuestro verdadero y único amparo, continuó María. Él dió fuerzas á la dulce madre de las criaturas; ¿quién podia dárselas sino *Él?*

Oid como se acrecientan sus penas, y amadla por ellas cada vez con más ternura.

### AGONIA DE MADRE.

Cansados el agua, el aire, la tierra y el fuego, habian cesado de luchar, y reinaba profundo silencio, interrumpido á veces por algunos rumores subterráneos, ó el fragor ya lejano de los truenos.

Era de noche; triste como una lámpara encendida ante un sepulcro, la luna iluminaba el Calvario, las tres cruces, y rodeada de pálida y dulce aureola, la hermosa cabeza del hijo de Dios.

Con la expresion del arrepentimiento en el semblante, y cuajadas en sus ojos las últimas lágrimas, Dimas ya cadáver, vuelto en cuanto podia al divino Salvador de los hombres, aun mostraba en sus labios helados una leve sonrisa de esperanza. En el lado opuesto, el malhechor impenitente, torcido sobre el tronco, erizados los cabellos, vuelto el rostro para no ver á Jesus, tenia el aspecto más horrible y repugnante que es posible imaginar.

En cuanto alcanzaba la vista, todo presentaba el cuadro de la más espantosa desolacion; arrancados los árboles de raiz, revueltas las piedras, y lleno el suelo de grietas horribles; la Virgen se encontraba como en un espantoso desierto.

En medio de mil pensamientos que hervian en su cabeza, uno más desgarrador que los demás á vino aumentar su agonía. Era la víspera del sábado, y cabalmente de un sábado muy solemne; la ley prohibia que los cuerpos de los sentenciados quedasen en la cruz, y de un instante á otro podian venir, arrebatarle su hijo y arrojarle en el campo para pasto de los cuervos, que se cernian en numerosas bandadas, ó de los chacales, cuyos ahullidos se oian á lo lójos ante la maleza de los bosques.

—¡Discípulos amantes! mujeres piadosas! venid á mí! suspiraba María; vuestro Salvador ha muerto, ayudadme á honrar su cadáver!!

Solo el eco respondia á sus palabras, y ni una mano amiga llegaba para bajar de la cruz al hijo de Dios.

El que habia creado el cielo y la tierra, despues de no haber poseido nada en ella, iba á carecer hasta de un sepulcro. Su llagado cuerpo no tendria ni el sudario del cadáver, porque de todas las criaturas que con su muerte habia redimido, ni una parecia, en tan extrema necesidad.

Avanzaba el tiempo con increíble rapidez, y cada momento hacia crecer las angustias de la infeliz madre; fijos los ojos en Jesus, cruzadas las manos sobre su anhelante pecho, sin esperanza ya en los hombres, solo en el *Allísimo* aguardaba. Fatigada y ansiosa, las piedras que la rodeaban le parecian á veces séres animados. Temiendo entonces que fuesen enemigos de su hijo, se aproximaba á la cruz, como si intentase defenderlo; y los piés helados del cadáver al tocar en su abrasada frente, la hacian estremecer; besábalos con amorosos extremos y tornaba á mirar llorosa y suspirando, si acudían á darle consuelo.

Por una de las vertientes del monte subian lentamente dos hombres envueltos en mantos oscuros; pasando con fatiga los montones de piedras, Juan y Magdalena tambien se apresuraban á volver, y algo mas léjos, la luna reflejaba sobre las blancas tocas de dos mujeres.

Juan, el hijo adoptivo, fué el primero, que llegó junto á la Vírgen.

—¡Madre! exclamó.

—¡Hijo! repuso María.

Y nuevas y ardientes lágrimas surcaron sus mejillas, al verle arrodillado ante ella.

Á la vez que Magdalena, sin poder articular ni una palabra, se abrazaba á la cruz de su Maestro, los dos hombres llegaron tambien.

—María, dijo el más anciano, hemos logrado permiso del Pretor para enterrar á tu hijo; vamos á desclavarle de la cruz.

María dirigió al cielo una muda y ardiente plegaria de gratitud. Si el consuelo hubiera podido penetrar en su alma, el amor de aquellos fieles corazones lo habría conseguido.

Cuando apoyadas en la cruz dos largas escaleras, iban José y Nicodemus á bajar el sagrado cadáver, las dos mujeres llegaron á la cima del Calvario.

Mientras María Salomé procuraba contener sus sollozos, María Cleofás se acercó á la Vírgen.

—Hermana, la dijo presentándole un lienzo, hé aquí la mortaja de tu hijo. No tenemos aromas, pero lo ungiremos con nuestras lágrimas.

Entonces fué, cuando aliviada del horrible peso que sentía en el corazón, cayó María medio desmayada al pié de la cruz.

Juan, Nicodemus y José desclavaron al Redentor; envolviéronle en el lienzo, y le bajaron suavemente, hasta depositarle en los brazos de la desolada madre.

¡Con qué delirio de amor estrechó la infeliz aquel cuerpo rígido, que no sentía sus caricias! Sus besos y lágrimas ardientes como el fuego, se helaban al contacto del mármoleo semblante de Jesús. Magdalena besaba los sagrados piés del cadáver, y parecía deshacerse en llanto; las otras mujeres lloraban en silencio; Juan, transido de dolor, se apoyaba en la cruz, y los santos varones se cubrían los rostros con sus mantos, y ahogaban sus gemidos, para no aumentar con ellos el inmenso y silencioso dolor de María.

Y desde el cielo, ya enteramente puro, enviaba la luna torrentes de tranquila luz sobre este grupo de dolores, imposibles de explicar. ¡Triste y amargo sarcasmo era la calma de la naturaleza alrededor de aquel caos de trastorno y desolacion, y ante la tierna y

dolorida madre que, con su hijo cadáver en los brazos, presentaba á la faz de los cielos el sacrificio más terrible, comparable sólo con la inmensidad del Dios que lo había aceptado.

La campana de la ermita lanzó al espacio el grave y melancólico toque de la oracion.

María interrumpió su relato para rezar el *Angelus*, y un coro de voces armoniosas contestó á la suya, saludando á la Reina de los Mártires con el sencillo y dulcísimo *Ave María*.

—Y pensar, dijo Antonia despues de concluida la plegaria, que hemos vivido tantos años alrededor de esta ermita, sin saber quién era nuestra santa Patrona!

—No te extrañes de ello, repuso María; muchas jóvenes cristianas aman y respetan á la Santísima Vírgen; saben que es la Madre de Dios y de los hombres; pero ignoran, como ignorabas tú, los detalles de su dolorosa vida.

—¡Ay! suspiró Ángela, inclinando al suelo su cabecita rubia; si fuera posible que todas las criaturas la conocieran como nosotras, ¿dónde habría un corazon que no la amara?

Tristes y conmovidas separáronse las muchachas, ansiando porque llegara la tarde siguiente.



## DIA XXV.

Si los lábios guardaban silencio, los ojos de sus amigas interrogaban ávidamente á María.

Esta dijo así:

### ENTIERRO DE JESUS.

Algunas horas después, bajaba las vertientes del Calvario la modesta comitiva que conducía al Rey de los reyes.

Juan iba delante; buscaba el mejor camino, separaba los obstáculos y guiaba á los piadosos varones, que seguían conduciendo en hombros, envuelto, según la costumbre hebrea, el cadáver de Jesús. La Santa Virgen, sostenida por las Marías, iba en pos de él, como acostumbraba desde su marcha de Nazareth; en fin, la última de todos, con los ojos fijos en el inerte cuerpo de Aquél, que la perdonó en casa de Simon el leproso, iba Magdalena.

Envuelta en la bruma de la noche la ciudad deicida parecia desierta. Ni el mas leve ruido se percibia de tantas criaturas, como algunas horas antes atronaban el espacio con sus gritos de júbilo y delirantes amenazas.

Cuando al ver la Jerusalem de hoy, esclava, miserable y envilecida se recuerda aquella otra Jerusalem, rica y hermosa, cuyas vírgenes eran puras como la nieve de las montañas y sus hijos gallardos como el lirio de los valles y valientes cual los leones del desierto, se comprende en toda su estension el delito que ha trocado una de las ciudades mas bellas del mundo en grupo de ruinas, y ha dispersado su pueblo por toda la haz de la tierra, sin esperanza de que cese alguna vez su destierro.

Pesada y angustiosa era la marcha; fatigados á veces José y Nicodemus deteníanse á recobrar fuerzas, y entonces María lograba el doloroso placer de sostener algunos momentos á Jesus en sus amorosos brazos.

Mientras tenian lugar estas desgarradoras escenas, retirado Pilatos en su palacio se aislaba de todos, y procuraba en vano acallar los remordimientos de su conciencia.

—Juez cobarde, ¿qué has hecho? le gritaba una voz implacable en el fondo de su alma; tú conocias la inocencia de Jesus y no

has atendido, ni á la justicia de su causa, ni á las súplicas de tú mujer; le has atormentado y sentenciado solo por reconciliarte con un rey, á quien desprecias, porque es tan odioso y cruel, como tú mismo eres cobarde y miserable.

Y trémulo y agitado el pretor sufría horriblemente, cuando llegaron á decirle que el príncipe de los sacerdotes pedia verle.

Dominó Pilatos su amargura y cuando el anunciado entró, solamente la palidez que cubria su rostro podia delatarle.

—Pretor, dijo con altivez el sumo sacerdote; el impostor que hoy ha sido crucificado, profetizó que resucitaria al dia tercero de su muerte. Para evitar que los discípulos roben el cuerpo y sea el último engaño peor que todos, manda guardar el sepulcro por soldados fieles y aguerridos, que no se dejen cohechar, ni sorprender.

Pilatos respondió con desagrado.

—¿Y qué se me dá á mí de todo eso? guardias teneis, enviadlas allá.

—Herodes quiere que lossoldados de la legion romana sean los que vayan; si no es tu voluntad, mi deber es comunicártelo.

Por segunda vez, el pretor se doblegó ante el rey.

—Irán, repuso secamente.

Entretanto el cuerpo de Jesus, su madre y sus amigos, llegaban á un huerto pequeño, propiedad de José.

Un sepulcro nuevo, tallado en la peña, iba á recibir el sagrado cadáver. Miéntras su madre le estrechaba en sus brazos por última vez y le cubria de besos y de lágrimas, Magdalena y las Marias arrancaban algunas flores y plantas aromáticas y las arrojaban en el lecho de piedra de su amado Señor.

¡Ay! los ramos y capullos iban mas húmedos con el llanto de las pobres afligidas, que con el rocío del cielo.

¿Dónde hay dolor que iguale al de una madre, á quien arrancan de los brazos el hijo querido, para entregarle á las sombras del sepulcro? Cuando la piedra cubrió la entrada de la cueva mortuoria, María perdió toda su fuerza; cayó aniquilada entre los brazos de Magdalena y pareció morir á la violencia de su dolor.

Miéntras entre gemidos y caricias procuraban prestarle auxilios, pasos extraños resonaron en el huerto y la luz de la luna reflejó en los cascos y lanzas de los guardias que enviaba el pretor.

Juan se adelantó á encontrarlos y les dijo:  
—¿Qué nos quereis?

—Venimos de órden de Pilatos á guardar el sepulcro de Jesus.

Entonces el hijo de adopción volvió junto á su madre que recobraba el aliento y la ayudó á sostener; María dirigió la última mirada al sepulcro, salió del huerto, y cayó sobre una piedra, frente á la sepultura que cerraba todo su bien.

Magdalena y las Marías trataron de llevársela.

—Dejad, les dijo con voz de inefable dulzura, entrecortada por sollozos contenidos; dejad que vele su sueño de muerte, como le velaba de niño.

Sus fieles amigos se agruparon junto á ella y el llanto bañó aquellos rostros pálidos de sufrimiento, aunque llenos de humildad y resignación á los decretos del Altísimo.

Al llegar aquí la señora guardó silencio; levantóse y se dirigió con Angela á la ermita.

Las montañesas las siguieron, y los últimos reflejos del crepúsculo iluminaron sus frentes inclinadas ante el altar, donde la Virgen de la Coronada recibía en el cielo el premio de su largo y doloroso martirio sobre la tierra.





## DIA XXVI.

Notando María, antes de empezar su relato, que Rosa estaba preocupada, le preguntó el motivo.

—Anoche, repuso la niña, clareaba el alba, cuando me dormí; todo lo que os había oído contar, me zumbaba en los oídos; y donde quiera que volvía los ojos, me parecía ver el dulce rostro de la Santa Virgen, llorosa y afligida.

—Confío que, con lo que oirás esta tarde, tus pensamientos serán más consoladores; aunque los de ayer debes tenerlos presentes sobre todo en las ocasiones que asalte tu espíritu la tentación.

Y empezó de esta manera:

### RESURRECCION.

Entre nieblas de oro asomaba el alba del día tercero, llena de aromas y hermosu-

ra; parecía que la naturaleza se engalanaba ansiosa de olvidar los pasados horrores. Lucían las flores sobre el manto rojo, terciopelado, de sus hojas diademas de rocío, cuyo brillo hubiera oscurecido el diamante mas precioso; las aves alisaban sus plumages y modulaban suavísimos gorgoros, mientras el aura mecía las ramas de las palmeras y olivos, haciéndoles producir armoniosos rumores.

Al pié del sepulcro de Jesus los soldados velaban fatigados y soñolientos, y murmuraban entre sí por el inútil y penoso cuidado de guardar un cadáver.

—«Raya el alba, se decían; ¿veis cómo Jesus no era más que un falso profeta?»

Y se mostraban unos á otros la faja luminosa que se estendia en el oriente y el lucero precursor del dia, que destellaba vivísimos rayos sobre el azul carminoso del cielo.

De pronto, la pesada losa se levanta como impulsada por un brazo robusto; los soldados, medio muertos de espanto, caen con la faz en la tierra, temerosos de ver renovarse los terribles sucesos del viérnes; y el hijo de Dios, triunfante, vencida la muerte y redimida la humanidad, sale del sepulcro resucitado y glorioso.

Cuando los soldados alzaron sus fren-

tes pálidas y contraídas, miraron con asombro la cueva sepulcral, estaba vacía; entonces corrieron á la ciudad, convertidos en fervorosos creyentes y publicaron en alta voz la maravilla de que habian sido testigos y la verdad de las profecías de Jesus.

Magdalena y las Marías aprovechando un momento, en que juzgaron á la Santa Virgen demasiado abstraída en su dolor, para notar su ausencia, salieron de Jerusalem antes del dia con los preciosos aromas, que habian comprado para embalsamar á Jesus á la manera de los reyes de Judá, y llegaron al huerto al nacer el sol.

Tristes y abatidas adelantaban, aunque con la esperanza de que sus ruegos enternecieran á los soldados que guardaban el sepulcro, y les permitiesen cumplir su dolorosa misión.

—¿Quién nos levantará la losa? decían entre sí; ¡es tan grande y pesada!

Y llegando vieron un ángel, cuya blanca vestidura brillaba como la nieve bañada por los rayos del sol, que estaba sentado sobre la piedra, medio levantada, y las miraba con majestuosa gravedad.

—«¿Buscáis á Jesús Nazareno, el que fué crucificado? les dijo al verlas pasmadas y sin acertar á moverse ni á hablar; resucitó,

no está aquí; pero id y decid á sus discípulos, que él os precede, esto es, que vá delante de vosotros á Galilea, allí le vereis como os lo dijo» (1).

En el mismo instante, el ángel desapareció, y la inmensa alegría, que inundó las almas de las tres mujeres, secó rápidamente las lágrimas en sus ojos.

El primer pensamiento de Magdalena fué para la Santa Vírgen.

—¡Su madre llora todavía!! exclamó.

Y delirante de una felicidad, que daba alas á sus piés, salió del huerto para ir á su morada y con esta revelacion enjugar aquellas lágrimas, que parecian caerle una á una en el corazon.

Pero á algunos pasos de allí, la encontró sentada en el tronco de un olivo centenario. Magdalena iba á decir: ¡Jesus ha resucitado! pero, al ver la espresion de amorosa alegría que iluminaba el semblante de la Vírgen madre, sus manos cruzadas en éstasis y el afan con que parecia buscar en el espacio el hijo que habia llorado cadáver, cayó de rodillas ante ella y la contempló palpitante de ansiedad.

—Le he visto, dijo lentamente María,

---

(1) Evangelio de San Márcos, cap. 16.

apoyando su mano delicada en la cabeza de Magdalena; hace un momento estaba ante mí.

Guardó silencio y se abismó en su dulce y dichosa contemplacion.

Cuando las dos Marías iban á salir del huerto, Pedro y Juan llegaban á él; pero al ver la losa caida, el sepulcro vacío y la alegría que brillaba en los rostros de ellas, detuviéronse anhelantes y conmovidos.

—¿Qué es esto, mujeres? exclamaron: ¿Qué habeis visto?

—La gloria de Jesucristo crucificado, respondieron; acabamos de ver un ángel, los paños y el sudario en que estaba envuelto el Nazareno, que son otros tantos testigos de su resurreccion. Sabemos que ha triunfado de la muerte, y que irá delante de nosotros á Galilea.

Los discípulos, llenos de alegría, iluminadas sus inteligencias con la sublime antorcha de la fe, animados con destellos de esperanzas divinas y ardiendo sus corazones en el sagrado fuego del amor de Dios, emprendieron la vuelta á Jerusalem, que se agitaba ya estremecida, al escuchar á los soldados romanos, que publicaban las glorias del Redentor.

Algunos dias despues, dos de los discí-

pulos de Jesus iban á una aldea cerca de Jerusalem llamada Emaus, y hablaban entre sí del triste acontecimiento que á todos consternaba.

Un viajero se les reunió y caminando con ellos, les dijo, ¿qué os aflige?

—Ay! repuso el uno, sin duda eres extranjero cuando ignoras el motivo de nuestro dolor. Por envidia de sus virtudes han hecho morir en la cruz á Jesus Nazareno, profeta admirable y consuelo de todos. Unas mujeres de Galilea, su madre y algunos discípulos dicen que ha resucitado; pero la muerte no abandona jamás su presa y Jesus ha muerto.

Entonces el viajero empezó á explicarles las sagradas escrituras, en todo lo que se refería al Mesías prometido; y al escucharle, aquellos corazones se encendian de amor divino, la fé alumbraba sus almas y se olvidaban de sus tristezas para tratar de comprender los misterios que el viajero les revelaba.

Al llegar cerca de Emaus; fingió que iba á seguir y ellos lo detuvieron por fuerza y le dijeron.

—Quédate con nosotros, porque se hace tarde y va á cerrar el dia.

—Ven á nuestra morada, hermano, le decian; el dia más feliz del hombre es aquel,

en que puede compartir su pan y su hogar con el extranjero.

La mesa esperaba á los fatigados caminantes; sentáronse á ella, cedieron el puesto de honor al viajero desconocido, y éste tomando en sus manos el pan lo bendijo, partió y les dió de él; la venda, que cubria la inteligencia de los dos hombres, se rasgó de repente.

—Es Jesus resucitado!!! exclamaron entonces; ¿no ardián nuestros corazones cuando nos declaraba las escrituras y nos hablaba en el camino? Pero Jesus habia desaparecido.

Salieron de su morada y se volvieron á Jerusalem, para referir el milagro que acababan de presenciar y aumentar el número de los discípulos de Jesus (1).

Entre tanto, el hijo de Dios multiplicaba sus apariciones para consolar á su bendita madre, engrandecer la fé de sus apóstoles y acrecentar la naciente Iglesia con el celo de un profeta y la grandeza de un Dios.

.....  
—Por la alegría que siento esta tarde, creo comprender algo, de la que debió ser la de la Virgen Santísima.

—¡Buena rabia pasaría Júdas al ver resucitado á su maestro! añadió Antonia; y de-

(1) Del Evangelio de S. Juan cap. 24.

cidme, señora, cuando Jesucristo le vió, no le hizo nada, sino dejarle que siguiera tranquilamente comprando y vendiendo á todo el que tenia la desgracia de fiarse de él?

—¿Cómo podré hacerte comprender, repuso María, que Jesucristo era Dios y que no podia sentir ódio, ni deseo de venganza hácia el átomo de tierra que le habia vendido? Además, me habia olvidado decirlos que al ver Júdas sentenciado á muerte á su maestro, se ahorcó desesperado de alcanzar perdón, y á las convulsiones de su agonía respondieron las carcajadas del infierno.

—Algo bueno habia de haber hecho durante su vida y fué ahorcarse, murmuró Antonia. ¡Compañeras, si lo veo, qué soberbio tiron le doy de los piés!

—Jesucristo condenó la venganza, pidiendo en la cruz á su padre celestial por los que le crucificaban, dijo severamente María. Los cristianos, si queremos seguir su ejemplo, debemos perdonar á los que nos ofenden: más aún, devolverles bien por el mal que nos hacen. No olvidéis esto, y especialmente tú, Antonia, que debes trabajar mucho en vencer tu carácter y tener caridad de todos tus prójimos, amigos ó enemigos.

Antonia bajó la cabeza avergonzada y murmuró algunas frases para prometer enmienda. ¿Sería capaz de cumplirlas?



## DIA XXVII.

—¿Sabes, querida madre, que Rosa acaba de referirme un hecho, el cual prueba bien la impresion que hacen en Antonia tus consejos?

—¿De veras? preguntó María con la triste y dulce sonrisa que le era habitual.

—Escúchame y juzgarás: en la hacienda, donde sirve, hay otra moza, que siempre busca los medios de hacerla sufrir. Antes de ahora los puños de Antonia la imponian respeto; pero desde que esta, gracias á tí, y tratando de moderar su carácter, ha dejado de amenazar, abusa de su moderacion y cada dia inventa algo nuevo para mortificarla.

No contenta con diabluras más ó ménos graves, de que siempre se disculpa en perjuicio de su compañera á la que suelen valer frecuentes reprensiones, esta mañana trató de hacer creer á la capataza, que mi pobre amiga robaba los huevos del gallinero.

Probó de entrar sin ser vista para ocultarlos, y subió por una tapia medio arruinada. El castigo de su mala accion no se hizo esperar, pues se cayó, y Antonia la encontró en el corral sin sentido y con una gran herida en la cabeza.

La excelente muchacha la llevó en brazos á su lecho, la curó, y cuando volvió en sí, fué tal su arrepentimiento, que empezó á llorar, lo confesó todo y si ha quedado en la hacienda, lo debe á los ruegos de Antonia.

La montañesa llegaba en este instante ceñuda y bondadosa como siempre; María la recibió con un abrazo, y cuando la muchacha sorprendida, no sabia que hacer, la dijo:

—Jesus, hija mia, comparó una vez las palabras de verdad que enseñaba, con las semillas que esparce la mano del labrador. Si caen, decia en una de sus hermosas parábolas, fuera de los surcos del arado y á orillas del camino, los pájaros las comen; si en terreno pedregoso, no nacen; las que brotan entre abrojos y espinas, no adquieren perfecto desarrollo, y solo las que tienen una buena tierra, prevalecen y dan ciento por uno. Tu corazon es la buena tierra, que indica el divino Maestro; así no estrañes que, cuando pones en práctica las lecciones que te doy y haces florecer las virtudes cristianas en tu

conducta, te trate como á una hija querida.

—¿Pues no decias, que eras capaz de tirarle de los piés á Júdas? murmuró Ángela besándola tiernamente.

—Del dicho al hecho vá mucho trecho, repuso enternecida la excelente muchacha. Así es que, en la primera ocasion que he visto en peligro un Júdas, hice lo que pude por socorrerlo.

Risas y besos interrumpieron á Antonia; cuando la calma se restableció, María dijo así:

## ASCENSION DEL SEÑOR.

### DESTIERRO DE MARÍA.

La inmensa felicidad que disfrutaba la Santa Vírgen, al ver á su hijo triunfante de la muerte y el pecado, el inefable consuelo de que se llenaba su alma cuando aparecía ante ella glorioso, como le vieron los discípulos en la cima del Thabor, iba á trocarse por la amargura de la más dolorosa soledad.

Fortalecida la Iglesia con la presencia y auxilios del hijo de Dios, extendíase la fé, como un torrente impetuoso que nada puede detener. En nombre de Jesus crucificado, los Apóstoles verificaban los milagros más asom-

brosos; y en balde los sacerdotes, los fariseos y los ancianos procuraban ahogar las centellas, que amenazaban convertirse en incendio.

La mision de Jesus sobre la tierra estaba cumplida; sus apóstoles y discípulos habian recibido la semilla de verdad, que debia conmover el mundo y convertir las naciones con la divina luz del Evangelio. El cuadragésimo día de su gloriosa resurreccion salió de Jerusalem con su madre y los ciento y veinte discípulos, que debian presenciar su milagrosa ascension.

La primavera vestía los campos con un tapiz de flores y de hojas: un sol magnífico embellecía con reflejos de oro las tristes é inmóviles olas del mar Muerto, y salpicaba de brillantes las espumas del Jordan. En las llanuras de Jericó las palmeras cargadas de fruto oscilaban mecidas por la brisa; así como toda la naturaleza habia parecido desquiciarse cuando espiró el Redentor, ahora elegia sus galas más preciosas para ser testigo de su gloria.

Jesus subió á la alta montaña, desde donde se descubria el inmenso panorama que hemos tratado de bosquejar; separóse un poco de los que le seguian y alcanzó lo más elevado de la cima. Allí fijas las miradas en su madre y en los discípulos amados de su cora-

zon, levantó las manos al cielo, y la última bendición del hijo de Dios descendió sobre aquellas criaturas que llenas de profundo respeto y ardiente amor, se postraron para recibirla hasta tocar con sus frentes la rojiza tierra de la montaña.

María con una ternura y dolor infinitos le vió luego transfigurado, glorioso, estendidas sus manos celestiales sobre los que acababa de bendecir, fijar en ella sus ojos por la última vez y ascender á su Eterno Padre, elevándose lentamente seguido por las ansiosas miradas de sus discípulos; hasta que una blanca nube, interponiéndose entre la tierra y el Salvador, le ocultó á su vista.

¿Y María? acostumbrada desde su niñez á las maravillas de Dios, veía á su hijo, mucho despues que los Apóstoles le buscaban vanamente en el espacio. Enriquecida por el *Altísimo* con dotes superiores á todas las criaturas, elevábase su espíritu de la tierra y palpitante de amor divino penetraba en las regiones de la eterna felicidad, para ver á los ángeles prosternados al paso de su hijo y el trono de gloria y de luz, que debía ser tambien suyo por toda la eternidad.

Mientras que, derramando llanto de dolorosa alegría, no se resignaban los discípulos á separarse del lugar, en que por última

vez habia estado Jesus entre ellos, dos hermosos mancebos vestidos de blanco aparecieron.

—«Varones de Galilea, exclamaron; ¿por qué os entreteneis en mirar al cielo? Ese Jesus, que al separarse de vosotros se ha elevado en los aires, volverá del mismo modo que le habeis visto subir.»

(Actas de los Apóstoles cap. 1.º)

Los apóstoles bajaron los ojos ante la radiosa mirada de los mancebos. Cuando los levantaron, éstos habian desaparecido; entonces volvieron á la ciudad con las almas llenas de consuelo.

La morada de Juan, que debía ser de allí en adelante la de María, recibió á ésta conducida por su tierno hijo de adopcion. Magdalena la acompañaba, y tanto ella como el fiel discípulo multiplicaron sus cuidados y consuelos para enjugar las lágrimas que de continuo vertía la Santísima Virgen.

En cumplimiento de los mandatos de Jesús, los apóstoles, despues de recibir con María el Espíritu Santo, se esparcieron para predicar el Evangelio y los milagros con que confirmaban la verdad de sus doctrinas, estremecían los tronos y hacían temblar á los ídolos y á sus falsos sacerdotes.

A el pasmo que habían experimentado al principio los enemigos de Jesús y de su

Iglesia, sucedió bien pronto la más terrible tempestad de cólera que puede imaginarse. Estéban, jóven diácono y ardiente confesor, fué el primero que regó con su sangre el naciente árbol de la Religion de la cruz, y cada gota de ella, al caer en la tierra, hizo brotar un mártir dispuesto á derramarla de nuevo por Jesucristo.

La primer persecucion suscitada contra los cristianos y especialmente contra María, que era la estrella radiante de las almas, el áncora de salvacion de todos, y la fuente en que buscaban consuelo los peregrinos y fortaleza los débiles, hizo que Juan tratara de sustraer á la madre de la saña de los que crucificaron al hijo.

En medio de una lóbrega noche, zarpó ligera y silenciosa nave tripulada por cristianos fieles. Concha de la más preciosa de las perlas, María enviaba desde la popa de ella tiernísimos adioses y lágrimas de dolor á la tierra de sus padres; Juan y Magdalena, silenciosos y tristes, acompañaban á su madre adorada y se desterraban con ella á Efeso.

· · · · ·  
¡Pobre madre mia! dijo Ángela; ¡cuán escasos fueron sus instantes de felicidad sobre la tierra!

—Y sin embargo, respondió la señora,

ansiamos hallar en este valle de lágrimas, lo que no halló la mas pura y bendita de las criaturas. Manchados por mil culpas queremos no sentir jamás pesares, cuando ella modelo de virtudes, jamás vivió sin ellos. ¡Ojalá el ejemplo de la Santa Vírgen nos haga llevar con resignacion los males de la vida, para que haciéndonos ejercitar las dulces y sencillas virtudes cristianas, se conviertan en bienes á los ojos de Dios!





## DIA XXVIII.

—Cuando pienso, que solo me quedan cuatro dias de visitarte, adorada madre mia, siento una afliccion tan grande, que desearia fuera eterno el bendito mes de Mayo.

—¿Acaso no verás á la Santa Virgen en todas partes? le contestó su madre, que la escuchaba conmovida. Si no en el misterio de su gloriosa coronacion, sus imágenes te la mostrarán purísima y adorable en su concepcion inmaculada, con su divino hijo en los brazos, como una rosa con su capullo, ó al pié de la cruz, pálida como un lirio, dolorida y angustiada.

—Pero esta ermita y este cielo, no se ven en la ciudad.

—Cada vez que te encierres en el santuario de los recuerdos, le verás claramente como en este instante. Cuando una idea dulce y piadosa domina el alma, aunque esta se

halle cercada de todos los ruidos del mundo, tiene espacios de aislamiento para poder disfrutar de ella.

Salieron de la ermita y se dirigieron á las gradas de la cruz, donde las montañas aguardaban.

—Hoy, les dijo la buena señora, vais á saber cual fué la existencia de

### MARÍA EN EFESO.

Las costas del Asia Menor eran jardines de delicias comparadas con las desnudas montañas de Palestina.

El mar Icario sembrado de plátanos y arrayanes, terso como la plata, rodeado de arena fina y suave, y lleno siempre de naves griegas cargadas de riquezas y preciosidades, hacía suspirar á la Santa Virgen, que solo veía en sus aguas el camino más breve de volver á la tierra, donde reposaban las cenizas de sus padres y en que se había regado la preciosa sangre de su Hijo.

Siempre rodeada de pobres y afligidos, como en Jerusalem, atenta al bien de todos y olvidada de sí; pronta para acudir junto al lecho del enfermo y endulzar su agonía con divinas palabras de eterna y celestial esperanza; animaba á Juan en sus trabajos evangé-

licos, hacía florecer la religion de la cruz, que se extendía con la rapidez, con que cruzan las nubes por el cielo, arrebatadas del viento impetuoso, y procuraba infundir valor á Magdalena que languidecía como una planta, que no halla en estraño suelo la savia necesaria para nutrir su vida.

No léjos de la pobre morada, donde Juan habia establecido á su madre adoptiva, y al pié de una escarpada montaña habia un valle agreste y solitario, rodeado de cañadas ásperas y pedregosas. Corpulentos robles y frondosos lentiscos eran la única vegetacion de aquel inculto parage, apenas hollado por la planta del hombre. En uno de los lados del monte se abria una cueva, que Magdalena descubrió en sus tristes paseos, y á ella se retiraba todo el tiempo que juzgaba no eran necesarios sus cuidados á María.

Allí, entregada á la penitencia y los recuerdos, lloraba sus yerros pasados, abrazada á una cruz toscamente labrada por ella; suplicaba llena de humildad, y ponía ante Dios por medianera, entre sus faltas y la justicia del cielo, la sangre de Jesucristo, que la habia inundado, cuando al pié de la cruz veia agonizar á su Maestro y Salvador.

Esta lucha eterna entre el espíritu que se consumia en el fuego del amor divino y el

cuerpo que le retenia en sus lazos mortales, iba minando sin cesar la débil naturaleza de Magdalena. Pálida, enflaquecida, marcados en sus mejillas los encarnados surcos de las lágrimas, apenas si alzaba su cabeza para buscar luz y fuerzas en el hermoso semblante de María. Y sin embargo, aunque doliente y entristecida la belleza de Magdalena era cada dia mayor. Transfigurada con la esperanza de ver en breve plazo la pátria celestial, que Jesus le habia enseñado á conocer y desear, brillaban sus ojos con tan santas y sublimes inspiraciones, que cuantos la veian, se admiraban y aun acudian á ella para pedirle oraciones ó acojerse por su medio á la proteccion de la Madre del Redentor.

Cada nueva aurora acrecentaba los sufrimientos físicos de Magdalena. Su mayor placer habia sido traer de la rivera de los arroyos frescas y aromáticas flores, con que adornar todos los dias la cruz, que veneraba en la solitaria cueva. Al fin tuvo que privarse de ellas por la extrema fatiga que le causaba buscarlas, pero una mañana cuando subia trabajosamente las pendientes del monte, halló gran cantidad de las más bellas y delicadas.

Algunas pobres mujeres que habian adivinado el pesar de la jóven penitente, se

apresuraron á llevárselas, depositándolas en la entrada de la cueva.

Magdalena recogió las flores y alzó los ojos al cielo en accion de gracias; desde aquel dia siempre las halló en el mismo sitio. ¡Tan grande fué su consuelo, como antes lo era su afliccion!

Una tarde, María y Juan seguian con la vista las naves griegas, que surcaban como gaviotas las azules ondas del mar. Ni el tiempo, ni los dolores, ni los trabajos habian desfigurado á la madre de Jesus; bellísima y pálida, con el candor de la niña y la pureza de la Vírgen, reflejaba en sus ojos las divinas inspiraciones de que se hallaba poseido su espíritu; el manto caido alrededor del cuello y los rizos de su cabellera sobre él, estaba tan celestial, que más que criatura parecía espíritu de las regiones de luz. Su hijo adoptivo, afligido por mil tristes presentimientos, cayó ante ella de rodillas.

—¡Madre! murmuró. ¿Te vas á separar de la tierra?

Arrancóse María de su éxtasis y le miró que lloraba transido de dolor.

—Juan, le dijo; cuando tanto me amas, ¿has de afligirte porque cese mi destierro?

El jóven apóstol inclinó la frente con indecible amargura, y guardó un triste y prolongado silencio.

Aproximábase la noche y María emprendió con el hijo de adopción la vuelta á su morada. Cuando llegaron, la soledad que reinaba en ella, les afligió profundamente.

—Magdalena no está aquí, suspiró la amorosa madre; vamos á buscarla.

Y se dirigieron á la cueva guiados por una inspiración del cielo.

¡Qué triste espectáculo se ofreció á sus ojos!

La hermosa pecadora, que había abandonado su patria y familia para acompañar en el destierro á la madre de su Señor, de rodillas y reclinada en una peña, medio cubierta con los rizos de su rubia cabellera y abrazada á la cruz, dormía el eterno sueño rodeada de las flores que llevó, frescas todavía; en sus labios parecía vagar una dulce y amorosa sonrisa de felicidad.

El alba del siguiente día sorprendió á la madre y al hermano de adopción velando al lado de Magdalena; durante aquella larga y dolorosa noche, las lágrimas de la Reina de los Angeles descendieron muchas veces para refrescar y embellecer aquella pobre flor, que la intensidad del amor había agostado.

Una sepultura humilde en el fondo del valle, casi al pié de la solitaria cueva, recibió

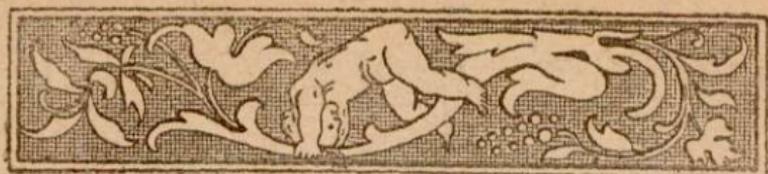
en su seno de tierra los frios despojos de la más acabada hermosura que pudo verse; un montecillo, que la primavera vistió de flores y musgos, se elevaba solamente del suelo para indicarla; pero bien pronto fué objeto de continuas y piadosas peregrinaciones.

María la visitaba diariamente, y las pobres mujeres de Efeso acompañaban á la Santa Vírgen.

De todos los que habian estado ligados á ésta durante su larga y dolorosa existencia, sólo le quedaba Juan. Los dias se le hacian eternos, privada de tan dulce y amorosa compañera, y en sus noches de meditacion, el recuerdo de la que tanto la habia amado consolaba su soledad.

· · · · ·  
Era ya anochecido y la luna debía tardar en aparecer. Lo largo del camino hizo que esta noche la oracion fuera más breve y que todas reunidas emprendieran la vuelta de sus hogares.





## DIA XXIX.

Cuanto más trataban Ángela y su madre á Antonia, más simpática se les hacia por la bondad de su alma, oculta bajo la rudeza de sus modales, como un diamante escondido en el corazon de una roca.

Pobre, huérfana, sin tener en el mundo mas que el pan que trabajosamente ganaba, nadie se habia interesado jamás por ella; y sin embargo, la flor de sus virtudes crecia magnífica y brillante, como un rosal en medio de un seto de abrojos y de espinas.

María habia interrogado con reserva á la dueña de la hacienda donde trabajaba, y supo que, recogida Antonia por caridad á la muerte de sus padres, se habia hecho amar de todos por su infatigable actividad, pero que su existencia era una carga impuesta á séres, poco menos pobres que ella misma.

Entónces solicitó llevarla consigo á la ciudad y encargarse de su suerte. La pro-

posicion fué aceptada, y cuando se la comunicaron, Antonia no supo qué hacer ni qué decir para demostrar su alegría. Amaba tanto á Angela y á su madre, que le habia costado muchas lágrimas el pensar en separarse de ellas, así es que el vivir siempre á su lado le parecia un sueño, del que temía despertar.

Aquella tarde rezó mucho tiempo ante su santa Patrona; al salir de la ermita lloraba y María le preguntó la causa.

—Señora, le respondió, cuando era tan pequeña que apenas levantaba dos palmos del suelo, me pegaban frecuentemente, y mi único consuelo era venirme á llorar delante de esta imágen. Crecí, y los alhagos me han faltado, pero no los golpes; pues bien, en todos mis apuros, en todos los sufrimientos que he tenido corria aquí; me arrodillaba ante la Virgen, le hablaba primero llorosa, y despues de verla un rato acababa por hablarle riéndome; tanta era la tranquilidad que lograba mi corazon. Jamás he sabido rezarle sino el Ave María, y no he tenido más amiga, ni más consuelo que mi Patrona. ¿No he de llorar, cuando acaso no la vea más?

—Te prometo, repuso enternecida la buena señora, que, si no puedo traerte, te enviaré á visitarla todos los años.

Estas palabras disiparon las leves sombras que oscurecían la frente de la montañesa, y la sonrisa apareció entre sus lágrimas, como el arco iris en medio de la lluvia.

Angela, al verla tranquila, rogó á su madre que continuára, y esta dijo así:

### VUELTA DE MARÍA Á JERUSALEM.

¡Que largo es para el desterrado el tiempo que pasa léjos de la tierra bendita, donde sus ojos vieron la luz por primera vez!

Si á este dolor se reúne el de la soledad moral que sufría la Santa Virgen, la frialdad del sepulcro es templada en comparacion del frio que sentiría su alma, al recorrer tan sola los senderos de la vida. Y sin embargo, instantes de consuelo llegaban á María, como esas brisas perfumadas, que son mensageras de la estacion de las flores. La religion de su divino hijo perseguida y triunfante en todas partes, crecía asombrosamente. Las nuevas que enviaban los Apóstoles, conmovian hasta el fondo de su alma á la madre y al hijo adoptivo; la cruz, objeto despreciable hasta entonces, se engrandecía por momentos, como signo de la redencion del hombre sobre la cima del Calvario.

La aurora del cristianismo anunciaba

hermosos días de fé: tranquila entónces por los hijos que habia adoptado, María volvió sus ojos al cielo, y como el ciervo desea la fuente cristalina durante los calores del estio, ella anheló la tranquilidad del paraíso, y la dichosa vista de su hijo adorado.

El Señor tuvo piedad de la amorosa madre y le envió, en el silencio de la oracion y del retiro, misteriosas revelaciones que le hicieron saber su próximo fin; pero, ansiosa de morir entre sus hermanos y sobre la tierra, donde aún estaban impresas las huellas de Jesus, pidió á Juan la condujese de nuevo á Jerusalem.

Juan, para quien era una órden el menor deseo de su madre, se apresuró á tomar passage en una nave griega, y al nacer el alba de un día puro y hermoso, la galera se alejó á fuerza de remos del puerto de Milete.

Las costas, donde hallaron los desterrados un asilo y donde quedaba el sepulcro de la hermosa y penitente Magdalena, se perdieron á lo léjos; nuevos paisajes surgian de las aguas durante la larga y penosa travesía. Montañas siempre verdes, ciudades rodeadas de jardines, templos soberbios á cuyos falsos ídolos amenazaba completa ruina la naciente religion del Crucificado, aparecían bañadas por un sol de fuego y se confundian en el es

pacio, como los grupos de nubes se pierden en la estension del firmamento.

La galera tocó al fin el deseado puerto, y María pisó la arena del suelo natal. No estaba enferma, pero su alma desataba lenta y dulcemente los lazos que la unian al cuerpo, y su rostro se transfiguraba, al aproximarse la hora de su eterna felicidad.

Las persecuciones contra los cristianos habian calmado algun tanto, y Juan pudo sin riesgo conducir á su madre á Jerusalem. Al aparecer en ella, muchas personas la reconocieron, y se prosternaron á sus piés para besar humildemente la orla de su túnica.

María recibió estas muestras de amor y respeto con la sencilla dulzura que le era habitual. ¿Y cómo nó? Los que la rodeaban, habian rodeado á su hijo, recibido sus bendiciones disfrutado sus beneficios, admirado sus milagros y llorado su muerte. Los ingratos no la hubieran reconocido.

Juan dejó á María en la misma casa, donde el Espíritu Santo habia descendido sobre ella y los elegidos de Dios, y fué á participar á Santiago, primer Obispo de Jerusalem y á los demás Apóstoles y cristianos, que María iba á morir y deseaba verlos.

• • • • •  
—¿Por qué guardas silencio, querida ma-

dre mia? dijo Ángela; ¿es que vas á concluir ya?

—Preciso será, repuso la señora; nos queda muy poco tiempo que permanecer aquí, y hay muchas lágrimas que enjugar, miserias que socorrer, enfermos que nos esperan, y á más de todo, tendremos que adornar la ermita, para despedirnos de la santa Patrona.

Al bajar la colina encontraron una mendiga anciana y ciega, y junto á ella echado un perro, tan flaco y miserable como su dueña.

—Buenas almas, exclamó, cuando el ruido de los pasos le advirtió la llegada de María y sus compañeras; soy forastera y no tengo, ni un techo que me cobije, ni un pedazo de pan que llevarme á la boca. Apiaaos de mí en nombre de la Virgen de la *Coronada*.

María se detuvo, y las montañesas la imitaron.

—¿A dónde vais ciega y sola, hermana? le dijo.

—Al pueblo de\*\* donde tengo una hija casada, que me llama á su lado. Es la única que me queda de ocho que he criado; pero como tiene niños pequeños, no ha podido venir á buscarme, y este pobre perro es mi sola guia.

—Hijas, dijo la buena señora, en nombre de Dios y de la santa Patrona por quien pide, es preciso auxiliar en lo posible á esta infeliz.

—Yo, dijo Rosa adelantándose colorada, como la flor cuyo nombre tenía, la llevaré, si V. me lo permite, á que pase la noche en la cabaña de mi padre, que la recibirá con gusto, y agradecerá encima que se le proporcione hacer esta obra de caridad.

—Y yo, añadió otra que era casi niña, rogaré á mi hermano Pablo que la lleve al pueblo en un asno muy grande que tenemos, y la acompañe en su viaje.

—Yo le pediré á mi madre una telera acabada de cocer, y fruta de nuestro huerto.

Antonia sacó gravemente de su bolsillo algunas monedas, y las entregó á la mendiga.

Tomad, hermana, le dijo, os doy mi último salario, que es todo cuanto poseo.

Las otras á porfía ofrecieron despues el óbolo de su caridad, segun sus fuerzas permitían.

Las lágrimas brotaban de los secos ojos de la anciana; tambien María estaba conmovida, al escuchar á las montañesas.

—Es verdaderamente una satisfaccion para mí, les dijo, cuando la última guardó silencio, ver cómo procurais imitar á Jesus y

María. La caridad fué continuamente practicada por ambos durante su vida mortal; ejercida siempre, pero conforme y sometida á la voluntad de vuestros padres: amaos unas á otras, sed humildes y sufridas, y tendré el consuelo, de que mi paso por estas sierras deje más huella que deja la estela luminosa de la barca sobre las aguas, y que la semilla de virtud, que he procurado sembrar en vuestras almas, haya caído en buen terreno y dé espigas de verdadera piedad.

Ahora, retiraos en paz, esta anciana queda confiada á nosotras; al pediros que le diéseis socorros, solo traté de sondear si la caridad tenía profundas raíces en vosotras; gracias á Dios y á la Santa Vírgen, sois verdaderamente caritativas, y vuestra limosna de voluntad es tan aceptable á los ojos de Dios, como si verdaderamente se hubiera hecho.

Al concluir su madre estas palabras, Angela tomó la mano de la mendiga, y continuó su marcha hácia la hacienda; mientras, las muchachas la bendecían, deseándoles mil felicidades.

Hasta el perro parecía participar de la esperanza, que iluminaba el semblante de la pobre anciana, tan abatido poco antes; caminaba moviendo la cola, mientras hacia fiestas á Angela y daba saltos y ladridos de alegría.



## DIA XXX.

Tres grandes canastos de flores y plantas aromáticas estaban colocados en medio del círculo, que formaban las montañas al pié de la cruz.

Se habia trabajado todo el dia en el adorno de la ermita para el siguiente, y aún quedaba tánto que hacer, que determinaron concluir y armar los ramos y las guirnaldas, mientras les contaba María la historia de la Santa Virgen.

Llegó en esto la hermosa narradora, y mientras Angela, confundida con sus jóvenes compañeras, empezaba su tarea, la buena madre tomó asiento y anudó así su narracion del dia anterior:

### MUERTE DE MARÍA.

La noticia de la llegada á Jerusalem de la madre de Jesus y de su próxima muerte se

estendió con la rapidez de una chispa eléctrica; todos los apóstoles acudieron presurosos, y con ellos sus discípulos y algunas mujeres cristianas, que, ya que no habían tenido la dicha de conocer á Jesus, querían guardar en sus corazones la memoria de su Santísima Madre.

En la misma estensa habitacion que había santificado con su presencia el espíritu de Dios, reclinada sobre un pobre lecho y vestida con el humilde traje de la mujer del pueblo, estaba María, más hermosa que nunca, porque en su semblante irradiaban ya los resplandores de la eterna bienaventuranza.

Varias lámparas pendientes de la techumbre esparcían su roja luz sobre esta imponente escena; á la cabecera del lecho estaba Juan, que transido de pena, contemplaba á su madre adoptiva, sin cuidarse de ejujar las lágrimas, que le inundaban el rostro, con las puntas de su manto griego; Santiago y Pedro, arrodillados y cubiertas las cabezas con los talehs, procuraban ahogar sus sollozos para no interrumpir el tranquilo éxtasis de María; Felipe, Tadeo y Márcos algo más léjos lloraban en silencio. Las mujeres miraban á la Sta. Vírgen con una ternura y dolor infinitos, y ni el más leve rumor revelaba la presencia de tantas criaturas.

Sobre el lecho de María proyectaban espesa sombra las anchas cortinas de una ventana; el rayo de luna que penetraba entre ellas, bañaba con su pálida aureola el divino semblante de la Sta. Vírgen y aumentaba, si posible fuera, el brillo de su casta y suavísima belleza.

¿Qué lengua humana podrá explicar jamás los sentimientos de María en estos últimos momentos de su vida? Cuando separaba los ojos, llenos de lágrimas, de sus hijos para dirigirlos á la eternidad, las puertas de brillantes del Paraiso se abrian ante ella; los sistros y arpas de los serafines exhalaban armonías desconocidas á los mortales; ángeles coronados de rosas y con palmas de luz en las manos se arrodillaban, entonando cánticos de infinita dulzura, y en medio de ellos, desde su trono de gloria, Jesus decía á la elegida por Dios, para ser su madre en la tierra:

—¡Ven!!!

Deshecho el corazon de amor y reanimada milagrosamente María, se incorporó en el lecho y exclamó con vibrante voz, melodiosa y llena de encantos, de majestad y de sagrada inspiracion:

—«El Señor me tuvo consigo desde el principio de sus obras, me poseyó y me amó antes de que criase cosa alguna. Desde la

eternidad tengo yo el principado de todas las cosas, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra: no existían los abismos, y ya estaba yo concebida: ni habían brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban todavía formados, ni aún había collados, cuando yo había ya nacido; aún no había criado la tierra, ni los rios, ni los ejes del mundo. Cuando estendía los cielos, estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito; cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas; cuando circunscribía al mar en sus términos é imponía ley á las aguas, para que no traspasasen sus límites; cuando asentaba los cimientos de la tierra, estaba yo con Él disponiendo todas las cosas. Y me deleitaba todos los dias, jugando continuamente delante de él, y holgándome en la creacion del universo; siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ¡oh hijos! escuchadme: bienaventurados los que siguen mis caminos, oid mi doctrina, sed sábios y no queráis desecharla. ¡Bienaventurado el hombre, que me escucha y vela continuamente á las puertas de mi casa, y está en observacion en los umbrales de ella! El que me hallaré, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvacion. (Ep.<sup>a</sup> de la

I. Concepcion.) (Leccion del libro de la sabiduría.)»

Al escuchar las palabras sublimes y proféticas de su madre, los pobres aflijidos juzgaron que Dios, compadecido de ellos, iba á permitirles conservarla á su lado. La animacion que mostraba el semblante de María suavemente coloreado, el brillo de sus ojos y despues la firmeza de su voz justificaban esta esperanza; tendió las manos hácia ellos, y todos se prosternaron con la faz en la tierra.

—¡ Hijos!! exclamó con voz sonora y vibrante; os adopté al pié de la cruz, y os bendigo y os amo por toda la eternidad.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. Juan levantó la cabeza, y un gemido se exhaló de su pecho: María acababa de espirar.

Llantos y suspiros se escucharon en todos lados; las mujeres, los Apóstoles y los discípulos, sentian con la misma intensidad á aquella, que era la luz de sus almas, y la más firme columna de la Iglesia de Jesus.

Dormida en el eterno sueño, conservaba María la misma suave y amorosa sonrisa que encantaba á sus hijos; su hermosura resplandecía más que en vida, y los fieles que sufrían sin palidecer los mayores tormentos, abatidos y sin fuerzas, sólo las tenían para llorar á la que tanto amaban.

—Queridas hijas mías, dijo la buena señora suspendiendo su relato al llegar aquí: el llanto, que os arranca la muerte de nuestra dulce madre, es el más precioso rocío de los ramos que habeis formado. Ahora vuestra ofrenda vale mucho más á los ojos de *Aquella*, en cuyas benditas manos todas las lágrimas que derrama la piedad ó el arrepentimiento, se convierten en perlas, para la corona que han de ceñir los justos en el Paraiso.

Venid mañana temprano; es preciso adornar la capilla despues de misa, pues á la tarde solo tendrémos tiempo de concluir la historia de la *Vírgen* y despedirnos de ella.

Las montañas ofrecieron hacerlo así y separáronse hasta el siguiente dia.





## DIA XXXI.

Parecía imposible sin el auxilio de una varita mágica haber podido transformar para esta tarde la inculta cima de la colina en un delicioso jardín.

La fé cristiana habia realizado este prodigio en algunas horas.

Guirnaldas de rosas mecidas suavemente por la brisa cubrían la cruz y la envolvían en una red; hojas de yedra y naranjo alfombraban el suelo y árboles pequeños, cubiertos de tiernos frutos ó de brillantes flores, trasplantados durante la noche, rodeaban la ermita y formaban delante de la puerta como un arco de triunfo. De árbol á árbol pendían las mismas guirnaldas que rodeaban la cruz, mezcladas con ramos de jazmines y azahar, formando todo una perspectiva tan deliciosa, que el espíritu más abatido hubiera encontrado consuelo y recreacion.

Iba á ponerse el sol, cuando María, An-

gela y las jóvenes montañesas subieron la colina, vestidas éstas con sus trajes más bellos y envueltas en sus mantellinas de franela. Madre é hija tomaron asiento; sus amigas las rodearon, y la primera dijo así:

### EL SEPULCRO DE FLORES.

Era una noche de verano; las auras que perfumadas y tibias penetraban por las abiertas ventanas, acariciaban suavemente el bellísimo semblante de la Virgen María y hacían mover los rizos de su cabello. La lámpara de difuntos iluminaba ténue y dulcemente el sagrado cadáver, rodeado por una multitud llorosa y anhelante.

Una aureola de gloria pura y diáfana le cercaba, y durante aquella tristísima velada mezclábanse á los cantos fúnebres ecos admirables, suaves y desconocidos, que penetraban con los rayos de la luna y el perfume de las flores. Todos guardaban silencio para escucharlos, y sólo cuando las arpas celestiales enmudecían, tornaban á empezar los cantos de las criaturas.

Al día siguiente, ungida María según los usos de su pueblo, por las vírgenes cristianas, envuelta en un sudario de lino de Egipto, ceñida de bandas empapadas en los aro-

mas más preciosos, y cubierta enteramente con un velo de gasa de oro, fué puesta en un lecho portátil, y al caer el sol, la triste comitiva salió de la casa; los apóstoles conducían en sus hombros el féretro y se dirigieron al huerto de Getsemaní.

Delante iba Juan con una hermosa palma en las manos, como símbolo de la perfecta y gloriosa virginidad de su Santa Madre. Las doncellas, con ramos de rosas y azucenas, rodeaban el cuerpo de la Santísima Virgen vertiendo amargo llanto, y entre sus lágrimas entonaban dulces y tiernísimas melodías. Los cristianos de Jerusalem, con antorchas encendidas, seguían despues y unían sus cantos á los de las mujeres, llorosos y abatidos como ellas.

Llegados al huerto, donde Jesús oró y sufrió angustias de muerte la noche de su prision, detúvose el triste acompañamiento; y miéntras los apóstoles bajaban el féretro y se arrodillaban alrededor de él, las doncellas y matronas arrojaron sus ramos al interior del sepulcro, perfumado ya con mil costosas esencias y lleno de hojas y flores de suavísima fragancia.

Entónces, de enmedio de aquella multitud afligida y silenciosa, se alzaron hombres llenos de fé, que al referir las glorias de su

excelsa Madre, parecían ser presa de un verdadero delirio de amor; sus palabras, conmovedoras y sublimes, arrancaban lágrimas y gemidos, y cuando el exceso de sus mismos sentimientos sellaba los lábios de uno, otra voz potente y sonora derramaba raudales de elocuencia y ternura á la vez.

Tristísimos adioses y cánticos de despedida acompañaron el cuerpo de María al depositarle en su lecho de piedra; pusieron luego la pesada losa y el sepulcro de flores guardó la más preciosa de todas ellas, que durante tantos años había perfumado la tierra con el aroma de sus virtudes.

La noche era tranquila y pura, y en el espacio el canto de los ángeles continuaba uniéndose al de los hombres.

Tres dias habian pasado y ni el sol ardiente de las mañanas, ni el rocío de las noches, apartaban á aquellos hijos del sepulcro de su Madre. Si elevaban sus ojos al cielo, juzgaban verla vaporosa como una nube, coronada de estrellas y vestida con túnica de resplandores; si los dirigian á la tierra, el mas leve rumor les hacia estremecer de alegría, pues esperaban hallarla otra vez.

Ansioso y fatigado un hombre entró la tarde del dia tercero en el huerto de Getsemaní; su frente cubierta de sudor, los pies

heridos y el trage lleno de polvo, demostraban lo apresurado de su marcha. Al verle, enmudecieron los cantos y llenóse el aire de suspiros de dolor.

Era Tomás que venía de muy léjos para ver á la Madre de su Señor, y que al saber la triste verdad, se deshacia en llanto y bebaba con delirio la fria losa del sepulcro.

¡Hermanos, hermanos! repetía; en nombre de Dios, y por la muerte de mi divino Maestro, permitidme que la vea por última vez. Y se arrastraba de rodillas y contenía sus sollozos para ensayar nuevas súplicas.

Conmovidos Pedro, Santiago y Juan, accedieron á sus deseos y levantaron la losa.

Tomás y todos los que estaban en el huerto adelantaron sus cabezas, conteniendo las lágrimas y sollozos para no turbar el eterno descanso de María.

Un grito de Juan rompió bruscamente el silencio.

Sobre las flores frescas aún estaban las bandas y cintas perfumadas con que habian envuelto á María. La Reina de los ángeles y de los hombres, la Madre purísima del Verbo de Dios habia subido á los cielos.

—Vedla, hijas mías, dijo la señora levantándose y señalando á su auditorio, el

cuadro de la ermita iluminado con los muchos cirios que ardan en el altar: ved á la Santísima Vírgen en su mística coronacion. El Eterno Padre la recibe y corona como á su Hija querida y la más inocente de las criaturas. El Hijo como á la más humilde y amorosa de las Madres, y el Espíritu Santo como á la más casta y pura de las Esposas.

Vamos á repetir á sus pies una y mil veces la dulce promesa de amarla, despues de Dios, mas que á todas las cosas, de propagar, por cuantos medios nos sean posibles, el culto y el amor que le deben todas las criaturas.

Diciendo así María se dirigió á la ermita, en la cual desde su trono de flores, la Santa Vírgen parecía bendecirlas. Gran número de lámparas y cirios esparcian una alegre luz. El anciano sacerdote majestuosamente cubierto de una capa blanca entonó la «Salve Regina» y las voces de Angela y su madre mezcladas á los acordes del piano, siguieron el hermoso y devoto himno.

Dichosa y tranquila escena de purísima fe y ardiente amor! ¿Cómo pintar esos dulces sentimientos que conmueven el alma, y la elevan de su corteza mortal á las regiones de la eterna luz, para hacerla gozar consuelos inefables y delicias infinitas, que la sostienen y la animan en su peregrinacion por

este valle de lágrimas?

La noche extendía sobre los campos, su manto de sombras y el soplo del Altísimo encendía en el cielo esas chispas luminosas, que guían á los viajeros y navegantes. Las vibraciones del piano se perdían como suspiros en el aire y en lontananza las repetían los ecos; el aroma de las flores embriagaba dulcemente, y las nubes de incienso formaban como un velo á la Santa Imágen.

Solemne, majestuosa, llena de ferviente ruego acabóse la Salve, y por mucho tiempo, las frentes permanecieron inclinadas. Cuando se levantaron, no habia un rostro que no se hallase conmovido, ni unos ojos, que no brilláran al través de las lágrimas.

—Hijas mías, dijo la noble dama, mostrándoles la Imágen; cuando la tribulacion os cerque, llegaos á ella; cuando la alegría os consuele, traedla á sus pies; cuando el peso del pecado os abrume, venid, á la Santa Vírgen. Es la ESTRELLA DE LOS MARES, el faro que guia las almas á Dios, la medianera en fin mas preciosa entre la miseria del hombre y la grandeza del Altísimo.

Amadla, amadla, con todas las fuerzas de vuestros corazones; es una Madre llena de piedad para sus hijos. ¿Qué pedireis á Dios por su mediacion, que no os conceda?

—Mañana me alejo de aquí: acordaos durante toda vuestra vida de consagrar el mes de Mayo á la memoria de las virtudes y dolores de la Vírgen María; trasmitid á los niños el amor que he procurado inspiraros, y rodead el altar de la Vírgen con esas tiernas flores, que pueden dar algun dia magníficos perfumes de piedad. Si vuelvo á estas tierras, mi mayor placer será acompañaros en las prácticas de amor que la consagreis; pero si no vuelvo, tened presente que la fé no muere con la criatura, sino que vive por toda la eternidad.

—Adios, patrona mia de la Coronada!!  
—dijo Angela, llenos sus ojos azules de lágrimas, y tendiendo los brazos hácia ella.

—Adios, Madre mia,—exclamó Antonia, no ménos conmovida que la niña;—aunque me voy, mi corazon se queda junto á tí.

—Compañeras,—añadió;—abracémonos para sellar la promesa de amarla, y procurar que todos la amen como nosotras.

Y estrechos abrazos reunieron á los piés de la Vírgen de la Coronada á todas aquellas criaturas, pobres las unas, ricas las otras, pero iguales ante Dios por la pureza de su fé y su tierno amor á la Madre del humilde y divino Jesús de Nazareth.

# ÍNDICE.

Páginas.

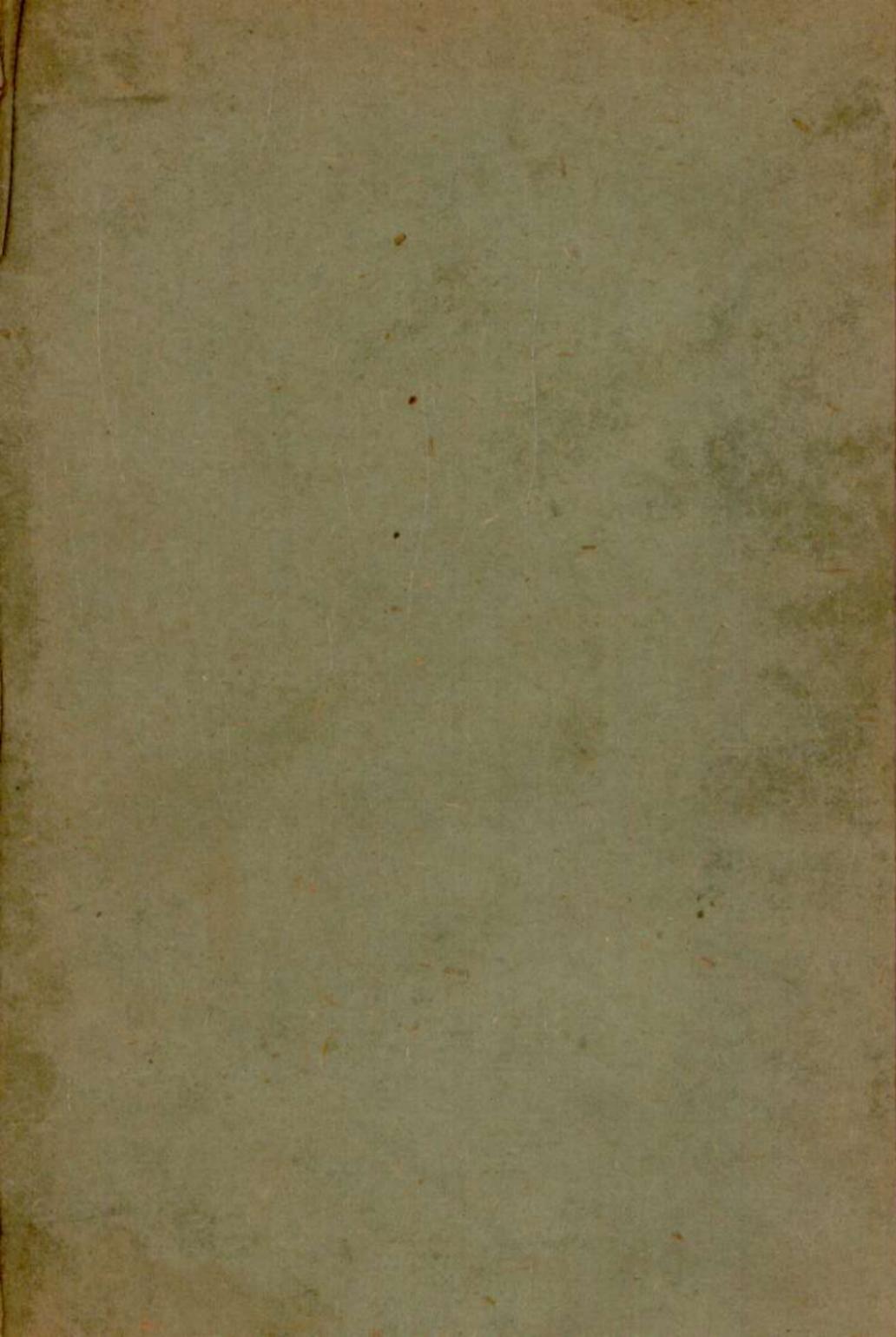
INT RODUCCION . . . . .	7
DIA I.—Concepcion. . . . .	14
» II.—Natividad. . . . .	19
» III.—Infancia de María. . . . .	24
» IV.—Presen tacion. . . . .	31
» V.—La Virgen en el Templo. . . . .	39
» VI.—Muerte de Joaquin y Ana. . . . .	44
» VII.—Desposorios. . . . .	48
» VIII.—La casa de Nazareth. (Anunciacion.). . . . .	58
» IX.—Visitacion. . . . .	65
» X.—Camino de Belen. . . . .	77
» XI.—Nacimiento. . . . .	88
» XII.—Adoracion de los reyes. . . . .	96
» XIII.—Presentacion del niño en el templo. . . . .	105
» XIV.—Huida á Egipto. (Degollacion de los inocentes). . . . .	109
» XV.—La santa familia en Egipto. . . . .	120
» XVI.—Vuelta de Egipto. (Pérdida del niño Jesus) . . . . .	126
» XVII.—Muerte de S. José. . . . .	136
» XVIII.—Despedida de Jesus y María. . . . .	147
» XIX.—María durante las predicaciones de Jesus. . . . .	155
» XX.—El triunfo de Jesus. . . . .	160
» XXI.—La noche de la prision. . . . .	169
» XXII.—Camino del Calvario. . . . .	179
» XXIII.—Al pié de la Cruz. . . . .	184
» XXIV.—Agonía de madre. . . . .	192
» XXV.—Entierro de Jesus. . . . .	198
» XXVI.—Resurreccion . . . . .	203
» XXVII.—Ascension del Señor. (Destierro de María). . . . .	213
» XXVIII.—María en Efeso. . . . .	220
» XXIX.—Vuelta de María á Jerusalem. . . . .	228
» XXX.—Muerte de María. . . . .	234
» XXXI.—El sepulcro de flores. . . . .	240

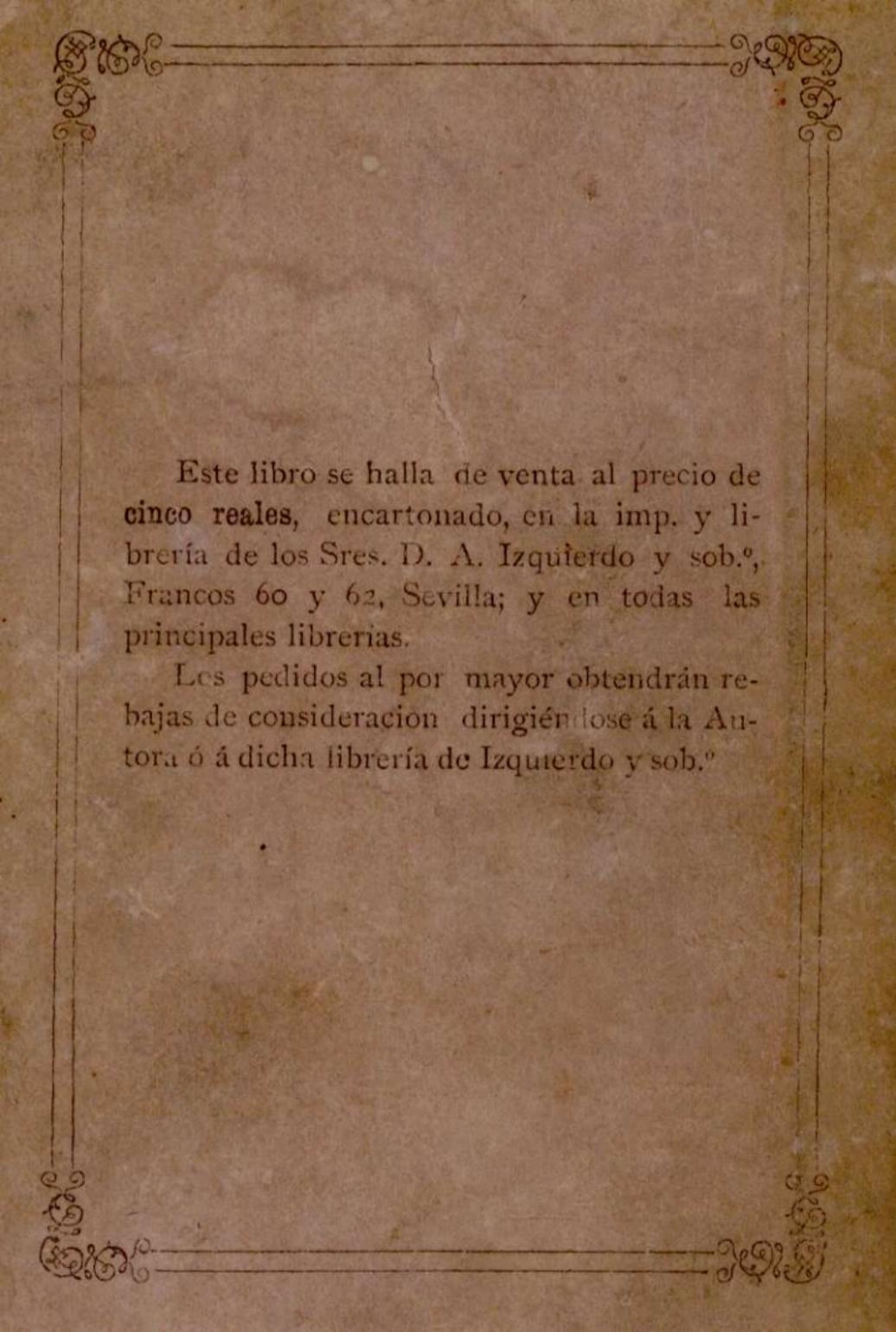


Facultad de Teología de Granada  
Compañía de Jesús



1040443





Este libro se halla de venta al precio de cinco reales, encartonado, en la imp. y librería de los Sres. D. A. Izquierdo y sob.<sup>o</sup>, Francos 60 y 62, Sevilla; y en todas las principales librerías.

Los pedidos al por mayor obtendrán rebajas de consideracion dirigiéndose á la Autora ó á dicha librería de Izquierdo y sob.<sup>o</sup>

ESTRELLA DEL M. R.

HISTORIA

DE

LA VIRGEN MARIA

INSTRUCCIONES FAMILIARES

DEDICADAS A LAS NIÑAS

POR

D.<sup>A</sup> ISABEL CHEIX Y MARTINEZ.

Obra declarada de texto para las Escuelas.

SEGUNDA EDICION.



SEVILLA: 1884.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. D. A. IZQUIERDO Y SOC.<sup>o</sup>

Francos, núms. 60 y 62.